

# **EL SEXO: HISTORIA DE UNA IDEA**

**E. Amezúa**



- *Pensar el sexo: qué cosa tan curiosa. No es lo mismo que pensar en el sexo.*
- *Ninguna realidad es experimentada en vivo y en directo sino a través de las ideas que nos hacemos de ella. De ahí el interés de las ideas.*
- *Si es preciso poner un poco de orden en todo esto, habrá que empezar por las ideas, o sea, el pensamiento.*
- *El sexo, como concepto que es, tiene su razón de ser y por eso es razonable.*
- *El sexo sólo es inteligible a través de los sexos; y éstos sólo se explican en referencia a él. De ahí el interés de pensar el sexo.*

(Tomado del acervo común y de autores varios)

A los grandes teóricos de la modernización sexual y, de un modo especial, a Havelock Ellis, Magnus Hirschfeld e Iván Bloch, de la primera generación de sexólogos; a Alfred Kinsey, Williams Masters y Virginia Johnson, de la segunda. A los que forman hoy la tercera generación.



## INDICE GENERAL

|   |     |
|---|-----|
| Nota preliminar .....                                   | 6   |
| Introducción .....                                      | 7   |
| Primera parte. Bases .....                              | 13  |
| I. La episteme .....                                    | 15  |
| II. El paradigma .....                                  | 27  |
| III. Las teorías .....                                  | 45  |
| IV. Los conceptos .....                                 | 63  |
| V. La disciplina .....                                  | 83  |
| Segunda parte. Propuestas .....                         | 95  |
| VI. La dimensión sexual humana .....                    | 97  |
| VII. Los modos .....                                    | 107 |
| VIII. Los matices .....                                 | 117 |
| IX. Las peculiaridades .....                            | 125 |
| X. Las dificultades comunes .....                       | 135 |
| Tercera parte. Consecuencias .....                      | 153 |
| XI. Afirmaciones .....                                  | 155 |
| XII. Problemas antiguos e inquietudes nuevas .....      | 173 |
| XIII. La Reforma sexual y el sexo como valor .....      | 189 |
| XIV. La asignatura de los sexos .....                   | 205 |
| XV. El <i>nuevo ars amandi</i> y su asesoramiento ..... | 221 |

## NOTA PRELIMINAR

El interés por la tesis central que se plantea en este libro ha ido creciendo en las últimas décadas de forma espectacular. Creo que la razón principal reside en la evolución de la sociedad en todos los órdenes y, al contrario, el estancamiento en una idea de sexo que no ha evolucionado, que no corresponde con el tiempo actual y que resulta ya inservible: en definitiva, que no da más de sí y que, por lo tanto, necesita un replanteamiento hoy ya inaplazable y acorde con la época actual.

He tratado de exponer la historia y la actualidad de esta idea en dos trilogías de obras: *La letra pequeña de los sexos* (1999-2001), dedicada a público universitario; y *El libro de los sexos* (2002-2003), escrita en formato de libros de texto para los niveles de Educación Primaria, Secundaria y Bachillerato-Ciclos Formativos.

— ¿Por qué no condensas y resumes las ideas centrales de esos libros en uno breve?—, me dijo Alex en una de nuestras conversaciones de Madrid.

El presente ensayo quiere ser, pues, un resumen de esas trilogías. Y mostrar su hilo conductor, así como las cuestiones más generales, sin entrar en aspectos técnicos y empíricos. Como todo resumen, éste puede tener una ventaja: es afirmativo y radical. Y una desventaja: puede prestarse a interpretaciones diversas. Se trata de debate.

He suprimido las notas bibliográficas y dejado algunas muy generales, por estar ya en las obras anteriores de las que, insisto, ésta se plantea como una condensación.

Quiero dar las gracias a los profesores y alumnos de los *Estudios de Posgrado de Sexología* del Instituto de Sexología y la Universidad de Alcalá por sus sugerencias. A todos ellos mi reconocimiento y admiración. Sólo yo me hago responsable de los posibles errores o desaciertos que, una vez más, someto a discusión.

Madrid, septiembre, 2003

## INTRODUCCIÓN

La idea moderna de sexo está hecha del material de los sexos; la idea antigua gira en torno a los genitales. Frente al avance de la idea moderna, la antigua se resiste a desaparecer. En la actualidad se están viviendo graves problemas que pueden ser explicados desde este planteamiento en el que la idea antigua trata de sobrevivir en medio de sus escombros.

Este ensayo está dedicado a la idea moderna de sexo, a contar su historia y su actualidad frente a la idea antigua y sus esquemas periclitados que no dan más de sí. También es una invitación a plantear los problemas desde esta idea, capaz de ofrecer soluciones que no puede ofrecer ya la otra.

### 1. La situación anacrónica

No se trata de elegir entre la idea moderna y la idea antigua. No hay tal opción. Sucede algo parecido como con el cambio de moneda. Estamos en el euro. Y desde la Época Moderna estamos en la idea moderna de sexo. Quienes hoy se empeñan en pensar el sexo desde los genitales se parecen a quienes se empeñan en seguir pensando en la antigua moneda: las disonancias cognitivas se multiplican.

Este retraso en la modernización de los sexos arrastra una serie de problemas cada vez más insostenibles. Se ha preferido despachar estos problemas sea como asuntos de cama o de moral de la entropía, sea como cuestiones propias de la naturaleza y sus instintos zoológicos, con un gigantesco *laissez faire* de cada cual con su conciencia. Pero es evidente que una sociedad del conocimiento no puede seguir confundiendo los asuntos del conocimiento con los problemas de la conciencia.

Se ha despachado la educación de los sexos, organizada y sistemática, poniendo en su lugar unas limosnas informativas puntuales para la higiene de

los genitales y su ejercicio, como una prolongación de las ideas antiguas que tratan de estirarse y mantenerse siguiendo los mismos criterios de los viejos tiempos. Y, también como en los viejos tiempos, los hombres y mujeres de hoy siguen sin disponer de servicios de atención y asesoramiento sexual donde exponer y resolver sus dificultades sin que éstas sean tomadas como trastornos, patologías o enfermedades, en lugar de ser consideradas situaciones comunes y propias de los sujetos de hoy, muy distintas a las de otro tiempo.

Igual que en los viejos tiempos —léase los del *Ancien Régime* de la historiografía—, se ha tratado de resolver otra serie de problemas de las mujeres con planes y programas proteccionistas, reforzando su imagen victimaria. Y, a su vez, se ha actuado contra los hombres con la misma actitud de persecución que se usó para los antiguos maleantes, sospechosos por definición y haciéndoles, por lógica, verdugos y criminales, lo que, aparte de ser un anacronismo, contribuye a crear una gran cantidad de tensiones añadidas que causa, a su vez, muchos otros problemas para el entendimiento que se desea entre los sexos.

## **2. El pesimismo creciente**

Estas y otras contradicciones refuerzan la ignorancia sobre el sexo, por un lado, y la confrontación entre los sexos, por otro. Es decir, la resignación con una idea que no da más de sí y, con ello, la renuncia al conocimiento, al diálogo y a la convivencia, posiblemente los valores máximos de nuestro tiempo.

Los datos ofrecen una subida notoria del pesimismo sobre la posibilidad de un entendimiento en pareja. El aumento de las separaciones y divorcios ha hecho afirmar que, ante cualquier dificultad, se piense en esos recursos antes que en otros. De igual modo, haciéndose eco de eslóganes preventivos, otros renuncian a la seducción y a la aventura ante el protagonismo de los riesgos y complicaciones que trae consigo una relación y se cierran cada vez más en la idea antigua de aliviar sus necesidades por las vías del aislamiento, léase del mercado o el autoservicio.

Ante el retraso en el planteamiento de una ética de los sexos —una ética cívica y laica en el lugar de la moral antigua— muchos prefieren optar por una vuelta a la antigua seguridad, basada en la coacción y sustituida hoy por el recurso al código penal.

En lugar de facilitar las relaciones, se incita a que sospechen y desconfíen los unos de los otros; y, sobre todo, a que denuncien. De esta forma se criminalizan hechos y situaciones que no tienen nada que ver con la criminalidad sino con los deseos comunes y razonables de sujetos de hoy que requieren otra organización y otra forma de gestión y, por lo tanto, otra educación: otras ideas.

### **3. La idea moderna**

La idea moderna de sexo, surgida de la Ilustración en el siglo XVIII, a raíz del gran debate sobre la cuestión de los sexos, si bien fue planteada por las mujeres para resolver sus problemas, ha tenido una profunda significación para el replanteamiento de ambos. Esta idea representó el corte más importante con los anteriores planteamientos y, sobre todo, el comienzo de un nuevo paradigma que se ha constituido en la base de las nuevas identidades de hombres y mujeres y sus relaciones. También, pues, en sus nuevos problemas.

La articulación de esta idea fue desarrollada por los sexólogos de la primera generación correspondiente al final del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Su proyección social ha sido plasmada en el movimiento de la *Reforma sexual*, la primera y mayor acción con consistencia de esta modernización. Tras la segunda Guerra Mundial el núcleo de la segunda generación de sexólogos ha llevado adelante sus principales aplicaciones, lo que se ha traducido en el planteamiento de un *nuevo ars amandi* de los sexos en las sociedades avanzadas que es en donde hoy nos encontramos.

A pesar de las dificultades e intentos de neutralización; incluso, a pesar de la aparente lentitud de sus avances, la idea de los sexos, como paradigma de modernización, sigue adelante y en la actualidad se presenta como el proyecto más logrado y coherente abierto hacia el futuro.

### **4. El debate**

Plantear la idea moderna del sexo frente a la antigua equivale a abrir un debate sobre los restos de las viejas ideas que miran hacia atrás frente a la fuerza de las nuevas que siguen adelante. Este ensayo no quiere ser un libro de

denuncia sino de aportación. No es un libro sobre el pasado sino sobre el presente y el futuro, pegado a una memoria histórica de aportaciones.

La envergadura de algunos problemas relativos al sexo ha llegado a ser tal que se hace ineludible recurrir a una fuerza teórica organizada para un replanteamiento a fondo y radical. Las cuestiones que se juegan con el sexo requieren hoy un debate general para salir del retraso acumulado mirando a un futuro diferente. Algunos se preguntan si esto es posible. No sólo es posible. Es una realidad. Todos los indicadores apuntan en esa dirección. Sólo hace falta mirarlos con detenimiento y conocerlos.

La tesis de este libro puede ser llamada idealista. Lo cual es lógico, puesto que se basa fundamentalmente en ideas y conceptos. Ser idealista no es ser iluso. Los datos de las consultas nos han sobrepasado de problemas. Siguiendo el axioma de que una buena teoría es la mejor fórmula para una buena práctica, este ensayo trata de ofrecer el cuerpo teórico del sexo tal como ha sido elaborado en la Época Moderna a través de sus principales líderes teóricos.

## **5. El plan de esta obra**

En la primera parte se exponen las *bases* de la idea y su articulación a través de una serie de dispositivos como son la episteme y el paradigma, los conceptos y las teorías, para terminar con la disciplina que las ofrece su cohesión.

En la segunda parte se ofrece la *propuesta* de un mapa general del sexo en términos teóricos y una serie de despliegues de este mapa: los modos, matices y peculiaridades de los sujetos sexuados, así como las dificultades comunes a todas sus variedades.

En la tercera parte se ofrecen algunas *consecuencias*, entre las cuales cabe destacar un repertorio de afirmaciones sobre los principales puntos de anclaje de la idea central así como un balance de los grandes temas procedentes de la época antigua frente a la moderna. Finalmente, tras el plan de la *Reforma sexual* y el análisis del sexo como un valor, se presentan dos fórmulas de acción para la actualidad: una dedicada a la asignatura de los sexos y la otra al *nuevo ars amandi* y su asesoramiento.

Continuando con las fórmulas de acción se ofrecen, en *Addenda*, un *Corolario* con ideas para la elaboración de un libro de estilo de los sexos, así como un *Epilogo* dirigido expresamente a políticos y ejecutivos, es decir, a directivos y responsables de la Enseñanza y el Bienestar social, con propuestas concretas para su realización; y, finalmente, un *Apéndice* con observaciones sobre algunas ideas expresadas a lo largo de la obra que, por su carácter chocante o sorprendente —a juicio de algunos—, han requerido algunas precisiones.



## PRIMERA PARTE

### BASES

La idea moderna de sexo es la que explica los sexos y se compone de un conjunto de dispositivos teórico-prácticos a través de los cuales ésta nace, crece y se desarrolla. Como todo producto de cultura, la idea de sexo, o sea, de los sexos tiene una fecha de comienzo y por eso es un producto histórico, no de la naturaleza.

Decir que es un producto histórico y no de la naturaleza equivale a decir que no es una cosa dada y, por lo tanto, cerrada, sino creada por los seres humanos y, como tal, abierta a sus cambios y transformaciones.

Decir que la idea de los sexos nace y se desarrolla equivale a decir que se configura y emerge, toma cuerpo, lo que, tratándose de una idea, es un fenómeno que requiere estudio y dedicación como sucede en cualquier campo de conocimiento. Todo esto sucede en una serie de circunstancias. *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn es aplicable en este caso.

La idea de los sexos ha constituido una de esas revoluciones lentas pero estelares de la modernización de los sujetos y sus identidades y, por lo tanto de sus relaciones. Empecemos, pues, por sus bases: su episteme y paradigma; luego, sus principales conceptos y teorías; y, finalmente, su disciplina como marco de cohesión y coherencia.



# I

## LA EPISTEME

Hace ahora dos siglos nacía la episteme de los sexos. Episteme es un término de origen griego que quiere decir estudio, tratado, discurso o, por extensión, lo principal de una materia, el nudo de la cuestión, lo esencial, etc.

Si la idea de los sexos es genérica, su episteme es esta misma idea organizada y desarrollada en un marco lógico y concreto. La episteme es, pues, la reflexión ordenada sobre las bases del conocimiento; lo que equivale a las condiciones de su discurso. De ahí, la epistemología de los sexos.

### 1. Atreverse a pensar

Cuando decimos que hace dos siglos —doscientos años— nacía la episteme de los sexos pensamos en la Ilustración, en su época, y entendemos por Ilustración, siguiendo los términos de Kant, ese período de la historia en el que la humanidad llega a su madurez reflexiva y se atreve a pensar —*sapere aude*— y plantear la fuerza de la razón por encima de cualquier otro móvil para buscar la explicación de los fenómenos.

En la Ilustración empezaron a ser pensadas y planteadas de forma sistemática las cuestiones de la naturaleza y la sociedad, la ciencia, la cultura, la ética, la religión, etc. Pensar, atreverse a pensar con la cualidad de la razón fue desde entonces organizar el mundo desde ella con todas las consecuencias.

Muchos recordarán —aquí— a Fernando VII, el Rey que se destacó por frenar el progreso de la España moderna y liberal en los comienzos del siglo XIX. De él quedó para la posteridad aquella sentencia sobre “el funesto vicio de pensar”. Pero, al margen, los pensadores se atrevieron a pensar. Y pensaron. Entre los planteamientos nuevos inaugurados en la Ilustración y continuados luego con sus criterios de razón se sitúa uno rezagado que es el de los sexos.

Pensar los sexos no es lo mismo que calificarlos o normativizarlos, designar sus funciones o atribuciones. Pensar qué son no es lo mismo que

---

marcar qué deben ser sino buscar o mostrar lo que pueden llegar a ser. Los librepensadores franceses de esos años eran optimistas por definición. Los *disenters* ingleses hablaban de la perfectibilidad de la condición humana, y creían en el desarrollo del ser humano y sus capacidades. En este marco, el pensamiento de los sexos dio como resultado su propia episteme, es decir, el pensamiento de los sexos desde ellos mismos.

Si antes estos habían sido pensados desde sus funciones o asignaciones según otros fines, tales como la reproducción de la especie o las leyes naturales, ahora empezaron a ser pensados en y desde sus propias identidades, lo que equivale a decir, desde los mismos sujetos como tales sujetos sexuados. De ahí la idea nueva, distinta de las anteriores. Era el comienzo.

## 2. La cuestión de los sexos

La necesidad visiblemente social y política —pragmática y vital— surgió de las mujeres y de las preguntas que éstas se planteaban relativas a su exclusión de la condición humana. ¿Por qué las mujeres no tienen derechos, los mismos derechos, por qué las mujeres son unas permanentes menores de edad como sujetos de derechos.

¿Son las mujeres tan distintas de los hombres que constituyen otra especie, otra raza, otra categoría, otra condición humana distinta? ¿Qué son las mujeres con relación a los hombres o a la inversa? ¿Cuál es su identidad? ¿Cómo se definen las mujeres dentro del género humano? ¿Quiénes son esos seres que componen media humanidad con respecto a la otra media?

Estas y otras preguntas, formuladas de muy distinta manera, con más o menos acierto, en ocasiones cortésmente y en otras no tanto, con más simpatía o antipatía, etc. constituyen el repertorio de donde nace la misma cuestión conocida desde entonces como *la cuestión sexual*, es decir, la cuestión de los sexos.

Cuando leemos hoy a Mary Wollstonecraft, por ejemplo, o a Olympe de Gouges, por aludir a dos nombres bien conocidos de esos últimos años del siglo XVIII, podemos entender que están continuamente planteándose estas preguntas. Fue, pues, en sus comienzos, en su origen, una cuestión de las mujeres. Y terminó siendo una cuestión de los hombres y las mujeres por ser

ambos los que necesitaron replantearse nuevos criterios de definición y nuevos criterios de explicación y entendimiento.

### **3. La cuestión de las mujeres**

La cuestión de los sexos se planteó, pues, por la vía de la cuestión de las mujeres. Fueron las mujeres las excluidas de la dimensión de ser sujetos y de sus consecuencias. Por eso la cuestión empezó por esa vía. Pero, si ése fue el problema, la solución requería plantear el problema de los sexos. Por eso la cuestión principal no fue, ni es, la cuestión de las mujeres sino la cuestión de los sexos.

El retraso en la asunción de este planteamiento constituye un gran pleito histórico y actual en el que, desde uno u otro lado, ambas partes tratan de culparse o disculparse. Pero, más allá de estas circunstancias, la cuestión central y de fondo era y sigue siendo la cuestión de los sexos.

Si formulamos esto en términos políticos y no ya epistemológicos se podrá ver una gran cantidad de estrategias y acciones referidas a los problemas de las mujeres y sólo de las mujeres o de éstas en primer lugar. No es necesario señalar que la política necesita de la epistemología no sólo para ser coherente sino eficaz.

Uno de los efectos indirectos de la *historia de las mujeres*, promovida y realizada por los distintos feminismos de las últimas décadas —acabando el siglo XX—, ha sido que las mujeres requieren ser estudiadas desde la cuestión de los sexos en la cual éstas como, por otra parte, los hombres, se enmarcan y encuentran su identidad lo mismo que el desarrollo de sus biografías y las consecuencias que se derivan de sus encuentros y desencuentros.

Plantear la cuestión de los sexos —la cuestión sexual— nos lleva, pues, directamente a su referente: el sexo.

### **4. El gran ausente**

El término sexo —lo mismo que su concepto— ha sido de muy poco uso hasta la Época Moderna, es decir hasta que se plantea el gran debate de la cuestión sexual. No lo encontramos ni en los libros de Medicina, ni en los de Moral ni en los de Derecho, por citar las tres grandes instituciones de la tradición en las que fueron tratadas todas sus cuestiones.

Tampoco lo encontramos en los escritos lúbricos o libertinos, hoy llamados pornográficos y menos aún en los poéticos o literarios. Las situaciones relativas a la reproducción o al placer fueron designadas mediante el uso de términos de órganos o conductas explícitas o alusivas, pero nunca antes había sido usado el sexo como una referencia conceptual.

Por otra parte, las funciones genésicas o hedónicas habían sido relatadas y presentadas —conceptualizadas— siempre por sus funciones o efectos, pero sin referencia al sexo. Por ejemplo, cuando se aludía o hablaba directamente de ellas se usaban expresiones tales como la madre, el padre, los casados, los solteros, el matrimonio, la vida conyugal, los esposos, los novios, los amantes, los adúlteros, etc.

Igualmente han sido muy usuales expresiones tales como macho o hembra; poco frecuentes, hombre o mujer; y escasas, uno y otro sexo. Es conocido el uso del sexo en singular para designar únicamente a la mujer: el bello sexo, el sexo débil o, ya en el siglo XX, el segundo sexo, tras la célebre obra de Simone de Beauvoir con el mismo título.

Estos breves apuntes nos llevan a concluir que el sexo es un término y un concepto inédito y ausente, o sea, sin interés, hasta que aparece la episteme de los sexos en su sentido y significado propio y teórico. Hay, pues, motivos, para hablar de un gran ausente hasta que irrumpe y se hace presente.

## **5. El descubrimiento moderno**

Se habla hoy o se escribe con excesiva facilidad sobre el sexo en fases anteriores a la Época Moderna. Cuando se analizan con detenimiento los documentos y se trata de entender el discurso de otras épocas puede verse que

nunca se trata de sexo. Esos textos o testimonios, esos discursos, hablan de lujuria o castidad, de obscenidad o recato, de vicios o virtudes, de instintos de apareamiento o de amor —léase, de pasiones—, pero no hablan de sexo.

Mientras una realidad no se nombra formalmente, esa realidad —ese valor, esa dimensión— no tiene forma ni existencia. Si no hay término o palabra, no es pensable. Y, si no es pensable ni decible, nada podemos saber de forma articulada. Si esto resultó claro para filósofos desde hace tiempo, hoy es un hecho para científicos y epistemólogos desde los estudios del lenguaje y sus relaciones con el pensamiento.

Por eso es importante no llamar sexo a cualquier cosa —a “todo ese barullo”— sino a lo que la episteme moderna ha dado acceso y forma con su clave. De lo contrario, creemos entendernos y resulta que no nos entendemos porque no hablamos de lo mismo. Simplemente hablamos de lo que cada cual imagina que hablamos, no de lo que acordamos para entendernos en lógica con un pensamiento articulado.

La afirmación de la novedad de la episteme puede parecer exagerada. Sin embargo no resulta tan extraño comprender que hay descubrimientos o valores que han emergido a la conciencia y a la sensibilidad humana en unas épocas y no en otras. Tomar por sexo o llamar sexual a un invariante intemporal o afirmar que el sexo ha existido desde siempre porque los seres se han reproducido o se han amado es situarse en un magma verbal y preconceptual en el que no podemos articular un discurso coherente.

La episteme del sexo y su derivado, el adjetivo sexual, no son un simple sinónimo de “todo eso” preconceptual y caótico. Es la que aparece en el pensamiento y se articula en el lenguaje en esta época y no en otra. El sexo es, pues, un descubrimiento moderno.

## **6. El tiempo fundacional**

Por otra parte, también por primera vez, se planteó en serio, o de forma organizada, la cuestión de los derechos humanos y desde ellos los derechos de uno de los sexos: las mujeres. Ello, como es sabido, hizo surgir, a su vez, un nuevo orden basado en los sujetos humanos como tales sujetos humanos: es lo

que se conoce como el gran paso de la consideración de machos y hembras de la especie a la de los hombres y mujeres de la condición humana.

Momento histórico éste, por ser el fundador y constitutivo de un nuevo orden teórico y de innovación epistemológica así como de ruptura con planteamientos anteriores de grandes consecuencias. No es lo mismo decir hembras que mujeres, y tampoco es lo mismo decir hombres que machos.

Se ha descrito este momento fundacional como una gran ruptura epistemológica entre un antes y un después, entre un orden de la naturaleza y un orden de la historia, entre un orden de las funciones y un orden de las identidades. O también entre un orden dictado por las necesidades de la naturaleza o la especie y otro orden elaborado por los mismos sujetos y sus proyectos, es decir, sus libertades. Es la gran ruptura operada entre el mundo antiguo y el moderno.

Esta ruptura epistemológica es de una gran envergadura y supone un cambio general en muchos órdenes y con muchas consecuencias. La que aquí se plantea puede verse como una consecuencia de otras rupturas o, al revés. Sea como fuere, la ruptura general incluye ésta que no es precisamente baladí.

## **7. El nuevo horizonte**

La episteme del sexo, o sea, de los sexos abre, pues, un campo de discurso y entendimiento desde el cual son pensados los sexos. Los sexos no pueden pensarse sin el sexo; y el sexo, a su vez, sólo tiene sentido en el marco de los sexos.

Si nos preguntamos qué es el sexo en términos modernos, más allá de la cantidad de cosas que se ha pretendido hacer de él, la respuesta es: la episteme que hace inteligible los sexos. De ahí la necesidad de articular esta episteme para hacerse con ella y, desde ella, explicar el fenómeno de los sexos, uno de los más intrigantes e interesantes de la condición humana.

Este horizonte abierto por la episteme moderna plantea una transformación o, si se prefiere, una revolución conceptual en los sujetos por ser relativa a sus identidades. Por un lado se sitúa el antiguo orden —el Antiguo Régimen de la historiografía— con sus referencias y, por otro, este nuevo horizonte que

plantea sujetos totalmente nuevos por ser nuevas sus maneras de verse y entenderse entre ellos. Pero las consecuencias no quedan en sus identidades sino que se extienden a sus manifestaciones y a la organización general de sus relaciones.

## **8. Algunos equívocos y miedos**

Como es bien sabido, este nuevo planteamiento creó —y sigue creando— miedo a los cambios. Frente a la claridad de las funciones anteriores asignadas a uno y otro sexo se plantearon temores y confusiones, por otra parte explicables. Resulta más fácil explicar los genitales y sus funciones que los sexos y sus identidades.

El miedo a la confusión de los sexos y el miedo a la guerra de los sexos son los dos grandes vértigos producidos por el nuevo planteamiento: pensando los sexos y organizándolos desde su coherencia fueron alteradas algunas doctrinas que sustentaban los principios rectores anteriores.

Esto fue la materia del gran debate de *la cuestión sexual*. Y, tras él, se produjeron tomas de postura muy diversas. Por resumir: unos reforzaron los planteamientos antiguos y otros siguieron el horizonte abierto por la episteme moderna.

Pero conviene no confundir en los debates y, sobre todo, en los miedos, la cuestión de los sexos con la cuestión de las mujeres, por más urgente que sea ésta. Precisamente porque la cuestión de las mujeres ha sido y es cada vez más inaplazable, la de los sexos resulta ineludible. Tampoco puede confundirse la cuestión sexual con una cuestión de genitales, tal como con frecuencia ha sucedido. Situar fuera de la idea de los sexos es renunciar a la episteme y sus razones, la gran adquisición que ha hecho posible pensar conjuntamente los sexos: uno y otro, hombres y mujeres.

## **9. La razón de sexo**

Se podría resumir diciendo que todo ha sucedido por haber dado ese paso: que el sexo ha podido ser pensado. La cuestión básica del sexo es, pues, su

epistemología y razón: la razón de las mujeres y la razón de los hombres de forma conjunta. Ésa es la fuerza y la innovación de la razón de sexo.

Más allá, pues, de unos u otros usos del sexo y, más allá de su equívocidad o polisemia, cuando hablamos de sexo hablamos de la cuestión de los sexos y de cómo explicamos ese hecho a través de su razón de ser. Cuando el sexo se reduce a lo que se reduce es útil recordar su razón de ser y su innovación moderna. Abordar la razón de sexo constituye uno de los interrogantes más atractivos y seductores abiertos en la Época Moderna.

A partir de ahí puede entenderse el simplismo que supone explicar a los hombres como machos y a las mujeres como hembras, al estilo antiguo. O la reducción del sexo a los genitales y su ejercicio, así como los típicos estereotipos que se invocan con tanta frecuencia desde perspectivas morales, biológicas, psicológicas, etc. Todos estos aspectos son sin duda interesantes pero con excesiva frecuencia no han servido sino de distracción con respecto a la cuestión sexual, abierta de la razón de sexo.

Por otra parte, al plantear la razón de sexo por encima de otras, las principales preguntas no son ya por esos aspectos sino por el mismo sujeto epistemológico. El sujeto del discurso no es tanto el sexo sino qué es y cómo es el sujeto atravesado por su sexo, es decir el sujeto sexuado: un sujeto nuevo y distinto precisamente por la razón de sexo.

## **10. De nuevo, la cuestión de las mujeres**

El caso bien conocido, por no decir emblemático, del sexo femenino que accede a la categoría de sujeto con todas las consecuencias, precisamente por la razón de sexo, muestra en toda su viveza el interés de este nuevo sujeto, recién estrenado.

Al margen de un planteamiento epistemológico la cuestión de las mujeres ha sido planteada como una cuestión moral: las mujeres *deben ser consideradas* iguales a los hombres. Pero no es una cuestión moral ni política. Es una cuestión primariamente epistemológica que no se resuelve con afirmar que las

mujeres son iguales a los hombres. Para evitar susceptibilidades puede que resulte más clara esta otra formulación: uno y otro sexo son diferentes, no son iguales.

No puede plantearse la igualdad entre seres diferentes. Es éste un lapsus que colea por un planteamiento equívoco y falaz desde el cual las discusiones no suelen tener fin. Corregir este error nos lleva directamente a la razón de sexo y a su episteme: ¿de qué se trata aquí?. Se trata en definitiva de los hombres con relación a las mujeres como de éstas con relación a aquéllos. El caso de las mujeres, como hecho anecdótico, se convierte, decíamos, en el caso de uno y otro sexo como eje troncal de referencia.

No es, decíamos también, una cuestión de las mujeres sino de los sexos. Por eso sus preguntas y problemas no pueden responderse o resolverse desde planteamientos de las mujeres sino desde el de los sexos. Y a ese planteamiento nos invita la episteme del sexo, o sea, de los sexos. Es ella la clave de acceso.

## **11. El largo camino**

No haber prestado a la epistemología de los sexos el interés que tiene puede explicar el largo y tortuoso camino del acceso de las mujeres —y de los hombres— a la condición de sujetos en sus relaciones.

Se ha tratado de la dignidad de la mitad de la humanidad a través de su consideración como sujetos de derechos. Primero, de los derechos civiles y políticos; luego, de los sociales y culturales; más adelante, de las aplicaciones de unos y de otros.

Asimismo se han tomado medidas contra su discriminación, primero; a favor de la “discriminación positiva”, después; y, finalmente, se ha recurrido a la toma de posturas tales como la decisión de su presencia en todos los ámbitos. Todo ello, en medio de luchas con sus respectivos costos.

El camino ha sido, pues, largo y tortuoso. Y, sin duda, muy costoso. En él no han faltado los enfrentamientos. Y —es preciso decirlo—: los ataques y la violencia. No faltan quienes hablan del fracaso de la razón. Sería más exacto hablar del poco caso prestado a la razón: a la razón de sexo. En definitiva, a la epistemología de los sexos por ser ésta la base sobre la que encuentran

sentido muchos fenómenos de otra forma descolocados y que no pueden entenderse y ordenarse sino desde su propia coherencia.

## **12. Dar al sexo lo que es del sexo**

Para mantener las referencias anteriores, los seguidores de los genitales, más que del sexo, empezaron a llamar sexo al genital. Resulta curioso leer bajo esta clave las obras en que este fenómeno se produce en ocasiones para aparentar una modernización de lo antiguo y otras para contrarrestar el avance de la nueva episteme de los sexos.

Este uso de la denominación sexual para expresar contenidos genitales es un recurso actualmente en vigor y puede servir como indicador del peso que sigue teniendo el mundo anterior a la episteme de los sexos. Por eso, dar al genital lo que es del genital ayuda a dar al sexo lo que es del sexo. Por ejemplo, ¿por qué hablar de relaciones sexuales cuando se quiere decir conductas copulatorias?, ¿por qué hablar de infecciones de transmisión sexual cuando se trata de infecciones genitales?, ¿por qué hablar de órganos sexuales cuando se trata de órganos genitales?

Otras expresiones acentúan sombras morales de indignidad y abyección de forma gratuita, como es la connotación sexual de los abusos o las agresiones por el hecho de estar por medio los genitales y sus entornos. En otros casos no se tiene ningún reparo en dar el nombre de sexual a lo que es obsceno o pornográfico... ¿A qué llamamos sexual? ¿Qué entendemos por sexo?

Con frecuencia se responde que viene a ser lo mismo, que se trata de sinónimos, que queda mejor y más actualizado: menos antiguo. Es importante afirmar con toda claridad que no es lo mismo, ni se trata de sinónimos. Tampoco es, como se dice con frecuencia, una *mera* cuestión semántica. Es una cuestión epistemológica puesto que dice relación a aquello de lo que se trata con la mayor precisión posible y en sus mismos planteamientos para poder entenderse.

Estas expresiones de uso constituyen, de hecho, los dispositivos reforzadores y perpetuadores de planteamientos pre-epistémicos. Es bien sabido que la inercia continuadora del antiguo sistema y sus criterios se ha servido de estos recursos para mantener su pulso y desafío entre el antiguo sistema y el

moderno. Si el antiguo sistema fue construido sobre los genitales, el moderno gira en torno al sexo. Para entrar en uno es preciso abandonar el otro. Y, a la inversa.

Hay, no obstante un punto muy importante: el concepto de sexo moderno incluye los genitales, pero no a la inversa: los antiguos genitales no incluyen el sexo. Las consecuencias de estos dispositivos verbales no son, pues, banales, sino de un gran interés. Se trata de términos y palabras que son los instrumentos del pensamiento y, por lo tanto, de la idea que nos hacemos del sexo, o sea, de los sexos. Es decir, de dar al sexo lo que es del sexo.

### **13. La entidad propia del sexo**

Del mismo modo, pues, que no hay que confundir, como acabamos de señalar, la cuestión de los sexos con la cuestión de las mujeres ni la cuestión sexual con la cuestión de los genitales, dar al sexo lo que es del sexo requiere también separar y distinguir el sexo de la reproducción y del placer, otros dos grandes subterfugios bajo los cuales el sexo ha sido frecuentemente camuflado y diluido. Si este intrincado laberinto tiene su hilo de Ariadna, ése es precisamente el sexo. De ahí el interés de su episteme.

Si, en efecto, el sexo no es sinónimo de reproducción —lo que es afirmado ya a todas luces—, es importante saber que tampoco es sinónimo de placer. Así como la reproducción y el placer corresponden a fenómenos claros y distintos entre sí, el sexo también corresponde a un fenómeno claro y distinto de los otros dos.

Con frecuencia hemos afirmado que sexo, placer y reproducción son tres conceptos y no dos. Con frecuencia se usan esos tres términos —sexo, reproducción y placer— para hablar sólo de dos fenómenos. Aquí hablamos, sobre todo, del primero y, sólo tangencialmente de los otros dos. Está claro que lo propio de la reproducción es reproducir y que lo propio del placer es disfrutar. Lo que aquí nos interesa como episteme del sexo es que lo propio del sexo es *sexuar*. El verbo *sexuar* —y sus derivados, entre otros, la *sexuación*— nació para dar cuenta de este fenómeno. El hecho de que este verbo no haya sido objeto del interés general ha representado una de las mayores carencias conceptuales para hacerse una idea de que el sexo no es un supuesto o una excusa que sirve para hablar de reproducción o placer.

Si los sujetos procrean o disfrutan entre ellos es porque son sexuados. Y si son sexuados es porque se sexuan. El sexo, pues, tiene su entidad y sus consecuencias en los sujetos. La entidad propia del sexo es la sexuación y ésta tiene sus consecuencias sobre la reproducción y el placer; pero, sobre todo, en las identidades y en la organización de sus deseos; en definitiva, en sus relaciones como sujetos sexuados, lo que abre un horizonte nuevo y distinto a los planteamientos anteriores.

Esto es lo que ha puesto de manifiesto la episteme del sexo. Pensar el sexo es, pues, dar cuenta de este fenómeno por el cual se sexuan los sujetos, es decir, se hacen sujetos sexuados y de las consecuencias que se derivan de ello. Es lo que veremos en el capítulo siguiente.

## II

### EL PARADIGMA

El desarrollo de la episteme de los sexos y su nueva sensibilidad dio origen a un nuevo paradigma. Se entiende por paradigma el conjunto de criterios o marco epistemológico (por ser derivado de la episteme) desde el cual un fenómeno (en este caso el sexo) es considerado y estudiado.

En la Época Moderna los seres humanos no son sujetos que tienen unos u otros genitales y a quienes, a partir de ahí, les son asignados unos u otros papeles en función de esos genitales. Son sujetos sexuados y, dentro de sus consecuencias están, entre otras muchas, los genitales. Este ha sido el gran cambio de la epistemología de los sexos con relación al anterior sistema de pensamiento que giraba en torno a los genitales. Y éste es el gran cambio que dio origen a la formulación del nuevo paradigma.

#### 1. La evidencia básica

Que la humanidad ha pasado a través de su evolución a estar compuesta por hombres y mujeres —y no por machos y hembras— se ha convertido desde la Época Moderna en una evidencia pero de la que es preciso extraer sus consecuencias. Decir, por otra parte, que hombres y mujeres son tales por el hecho de ser sexuados equivale a formular esta evidencia que necesita ser organizada en el orden del pensamiento. Françoise Héritier ha analizado esto con detenimiento. (*Masculino /Femenino*, Ariel, 1997).

Tras la ruptura con el Antiguo Régimen de las leyes de la Naturaleza, los hombres y las mujeres no son ya machos y hembras sino sujetos humanos con todas sus consecuencias. Esa es la diferencia o el salto que les ha hecho pensarse y expresarse como tales. Y también les ha llevado a ser comprendidos y explicados como tales. Incluso, como la misma Héritier ha probado, el

distintivo bajo el cual estos se desarrollan y organizan, sin menoscabo de que, en ocasiones, recurran a ilustraciones comparativas con las otras especies vecinas o, dentro de la suya, con unas u otras épocas en la escala evolutiva. Es éste uno de los puntos más centrales de esta evidencia básica.

En los últimos años Arsuaga, el paleontólogo de Atapuerca, especialmente interesado por las cuestiones cognitivas, ha puesto una vez más de relieve las diferencias entre el *neandertal* y el *cromañón* o, dicho de otra forma, entre los homínidos y los humanos, sobre los vestigios de esa cualidad simbólica o salto cualitativo propio de los seres humanos y no de otras especies. La clave reside en el pensamiento y el lenguaje articulado; y son éstos los que, en su evolución y progreso, permiten descubrir nuevas dimensiones y valores. La de los sexos y su evolución es una de ellas.

Desde la antropología a la ontología —o a la inversa— el debate moderno no ha cesado. Por poner algunos ejemplos del siglo XX, frente a Heidegger que ofreció su *Das Sein* de forma neutra en su clásica obra *El ser y el tiempo*, Sartre proporcionó las más agudas descripciones del ser sexuado en su no menos clásica obra *El ser y la Nada*. Nada en la existencia humana es neutro. Esa es la cuestión de entrada, el punto de partida.

## **2. El quicio del paradigma**

En nuestros días se ha convertido en un lugar común afirmar la igualdad de hombres y mujeres o, mejor dicho, de mujeres y hombres, de homos y heteros siempre con el mismo argumento: con independencia del sexo, prescindiendo del sexo, dejando el sexo aparte. Como si los sujetos pudieran ser, prescindiendo del hecho de ser sexuados.

El paradigma del sujeto sexuado afirma la diferenciación y la diversidad. Frente al objetivo de igualar, con independencia del sexo, el paradigma del sujeto sexuado plantea la diferenciación precisamente sobre la base del sexo. No se trata, pues, de suprimir las diferencias sino de considerarlas a fondo para valorarlas y extraer sus consecuencias.

Excluir el sexo de los sujetos para dejar a estos asexuados ha sido una operación que se ha hecho de muy distintas formas y ha traído tal cúmulo de contradicciones que han llegado a ser no sólo desbordantes sino también

insostenibles. Al confundir el sexo con los genitales mediante un subterfugio cognitivamente falaz, el sexo ha sido excluido de la troncalidad de los sujetos en nombre de creencias, morales o ideologías. El paradigma del sujeto sexuado afirma la imposibilidad de explicar a los sujetos sin sexo. Por eso éste habla de la sexuación de los sujetos.

Éste es, pues, el quicio del paradigma y su innovación. Pero es preciso detenerse primero en el paradigma antes de ir a sus consecuencias. El paradigma no es una simple afirmación.

### **3. El kilómetro cero: otra forma de decir lo mismo**

El significante de la diferenciación sexual —escribe Hérítier— estructura y organiza la simbólica general de la vida social. Y por eso sirve de orientación a todas sus articulaciones desde las más visibles a las más sutiles.

Si en nuestros días el pensamiento de la igualdad —por ejemplo en el feminismo que lleva su nombre— ha luchado contra dichas diferencias por razón de sexo es porque las ha visto como un obstáculo político. Por su parte, si el pensamiento de la diferencia ha tratado de destacar las identidades propias y exclusivas de las mujeres con relación a las igualmente propias y exclusivas de los hombres para afirmarlas y diferenciarse de éstos es porque han tratado de afirmar qué tienen unos y otros de distinto.

Pero ni la eliminación de las diferencias ni su exaltación pueden ser confundidas con la base del nuevo planteamiento. Éste no reside en la prevalencia del masculino o el femenino ni en su alternancia. La base epistemológica del paradigma moderno reside en la sexuación de los sujetos y por lo tanto en su interacción. Se trata, pues, del comienzo de lo que tienen en común, precisamente porque son distintos. Es decir, porque no son iguales.

La sexuación de los sujetos es el kilómetro cero de cualquier proceso capaz de explicar los sexos. Afirmer el paradigma del sujeto sexuado es contar con el dispositivo de la sexuación y seguir sus consecuencias. Frente al neutro o lo mismo como neutro, la sexuación es el comienzo de la diferenciación simbólica y real de todo ser humano con relación a otros seres humanos, lo que equivale a decir de unos sujetos sexuados con otros sujetos sexuados. Los

sujetos humanos son sexuados y no pueden no serlo. De ahí la necesidad de explicar ese fenómeno.

#### **4. La necesidad de la gramática**

Hay evidencias que son inutilizadas mientras perseguimos otras que no son tan importantes. La desidia en torno a esta evidencia de los sexos en la condición humana ha hecho progresar el conocimiento de la fisiología mucho más que su gramática.

Es importante pasar los datos de las ciencias experimentales por el filtro de la gramática y su sintaxis para desarrollar y articular los materiales capaces de hacer esta evidencia cognitivamente significativa. O, dicho de otro modo, para que la misma fisiología pueda ser pensada desde el paradigma moderno de los sexos y no desde el antiguo de los genitales. De lo contrario se seguirá haciendo fisiología de los genitales y de su ejercicio, fuera o al margen del sexo de los sujetos.

Pensar los sexos, o sea, pensar los sujetos como tales sujetos sexuados, es una de las tareas que han llegado a ser imprescindibles para entenderse y organizarse en coherencia con su episteme y su paradigma. Para pensar se necesitan términos y conceptos. De este modo se ahorrarían muchas llamadas patologías o disfunciones inútiles que no son sino resultados de equívocos del pensamiento, algunos ya epidémicos —por no decir enquistados— y, por lo tanto, necesitados de una acción conceptual y verbal urgente.

Analizar y ordenar las palabras para entender sus significados resulta en ocasiones una obra de higiene básica más elemental que otras acciones preventivas o terapéuticas incapaces de actuar a estos niveles cognitivos y, por lo tanto, ineficaces; lo que equivale a decir no asumidas, inutilizadas, puesto que, como es sabido, lo no entendido ni asumido sólo puede ser impuesto y, por lo tanto, contraproducente.

Cuando se encuentran colegas de las Ciencias bio-sanitarias con otros de las Ciencias humanas y sociales este debate de la prioridad de la gramática con relación a los otros datos parece no tener fin. Y siempre tercia alguien para traernos a la razón y no oponer o excluir sino jerarquizar. Para lo cual

necesitamos empezar por la gramática y el pensamiento para entendernos sobre el objeto del que tratamos.

### **5. El efecto conjugación**

Un ejemplo privilegiado del interés de la gramática sobre la fisiología lo ofrece la conjugación del verbo *sexuar(se)* para poder hacerse una idea de cómo se *sexuan* los sujetos y lo que significa ser *sexuados* no sólo en unos aspectos más o menos locales o puntuales—léase biológicos— sino por entero, es decir como tales sujetos: de la raíz a las puntas, o sea, biográficos. Dar cuenta de este fenómeno requiere esa acción radical que es obra del léxico y la educación. A falta de esta educación se piensa en que es un efecto de las hormonas o de otros elementos que, aunque sean importantes, no llegan a la magnitud de aquél ni pueden sustituirle.

En *El Libro de los sexos* hemos expuesto en qué consiste la conjugación del verbo *sexuar* como estrategia para esta cognitividad o conceptualización de la *sexuación*. El hecho de que no figure en los principales diccionarios de la Lengua no es obstáculo; hay términos que no estuvieron y que luego están. El sustantivo o el adjetivo pueden dar unos conceptos, pero la acción de *sexuar(se)* sólo es dada por el verbo. En este caso un verbo pronominal y reflexivo, lo que quiere decir que en él su complemento directo o indirecto es un pronombre personal de la misma persona que el sujeto. La experiencia docente y de trabajo grupal nos ha mostrado que esta acción suele sorprender. También que se suele prestar a gracias y chistes diversos. Lo importante es que, tras lo divertido o anecdótico, el *efecto conjugación* ofrece resultados.

Con todo ello, la conclusión es que, a través de la conjugación del verbo, se puede llegar a hacerse con términos expresivos sin los cuales es imposible hacerse con dichas realidades y procesos. Por ejemplo, decir yo me *sexuo*, tú te *sexuas*, él se *sexua*, nosotros nos *sexuamos*, vosotros os *sexuais*, ellos se *sexuan*... y continuar en las distintas modalidades del verbo —algunas inimaginables— suponen un ejercicio a través del cual damos cuenta y nos damos cuenta de esos procesos en los que se suele pensar muy poco pero que, pensados, dan, en efecto, cuenta de cosas sucedidas: *sexuarse*, sentirse, vivirse y expresarse como sujetos *sexuados*.

Muchos usos del adjetivo sexual se convierten en diferentes por el simple hecho de usar, en su lugar, su participio; es decir, sexuado. Por ejemplo, se dan relaciones y conductas sexuadas; los deseos de los sujetos se sexuan y, por eso, son sexuados; las sensaciones y emociones son sexuadas; los sentimientos entre los sujetos sexuados, son sexuados; los estados afectivos, son sexuados, etc. En este orden de cosas las hormonas son elementos sexuales, como otros muchos elementos. El *efecto conjugación*, ofrece, pues, datos y contenidos que no son lo mismo que sin él. Sus análisis son también distintos.

## **6. El género humano y los dos sexos**

Decir que la humanidad es sexuada equivale a decir que el género humano se compone de dos sexos. Si la noción de género es un compuesto abstracto que da cuenta de todo lo humano en su sentido genérico, la noción de sexo es el universal concreto en el que éste se fragua de forma individualizada para los sujetos. El sexo es, pues, ese universal concreto que necesitamos entender por ser el que contiene esta noción diferencial por excelencia.

Para indicar esto hemos usado con frecuencia la expresión siguiente: El otro más otro de todos los otros es el otro sexuado. En otras obras hemos usado más la terminología de uno y otro sexo, lo que ha dado pie a algunas confusiones. Decimos el otro sexuado —y no sólo el otro del otro sexo— porque las formas de sexuación son de los sujetos sexuados. El otro del otro sexo suele entenderse bajo el equívoco de algunos aspectos y, con frecuencia, excluir otros. El otro sexuado es la expresión que trata de dar cuenta del fenómeno troncal. Por eso puede explicarse, por ejemplo, la atracción entre personas del mismo sexo y no sólo de diferente sexo.

Decir, pues, sujeto sexuado es más amplio; y, sobre todo, troncal, al mismo tiempo que incluye el contenido de la expresión de uno y otro sexo. Este pequeño equívoco suele producir otros equívocos. Como veremos más adelante, el sexo no diferencia sólo modos (masculino-femenino), sino matices (hetero-homo) y una gran lista de peculiaridades.

## **7. La condición sexuada del ser humano**

Por otra parte, es importante no confundir o tomar como sinónimos una serie de fórmulas conceptuales de uso común tales como género humano, especie humana, naturaleza humana o condición humana. Cada época ha privilegiado a una de ellas por encima de las otras. Es bien conocido el uso de naturaleza y especie humana por parte de los naturalistas o de género humano y condición humana por parte de humanistas. Unos y otros usos remiten a concepciones y cuerpos teóricos distintos.

En la Época Clásica encontramos el uso frecuente de la condición mortal de los humanos con relación a la intemporalidad de los dioses. O la condición de esclavo con relación a la de libres. Más clara aún es la condición social para indicar ricos y pobres, nobles o plebeyos... El caso de las mujeres es especialmente indicativo por *no ser* sino en la medida en que recibían un status de los hombres a través de la sangre o el matrimonio.

Tampoco es lo mismo hablar de *historia* que de *evolución*, aunque ambas nociones tengan elementos en común, tienen otros muy distintos que los hacen diferentes. Desmond Morris, el célebre autor de *El mono desnudo* (vers. cast. Plaza & Janés, 1969) hizo en su capítulo sobre el sexo la afirmación siguiente: “Es la naturaleza biológica de la bestia la que moldeó la estructura social de la civilización y no a la inversa”. Treinta años después, en su *The human sexes*, traducida en castellano por *Masculino y femenino: claves de la sexualidad* (Plaza & Janés, 2000), ha repetido la misma tesis con más fuerza.

Lo que se plantea en la Época Moderna con el planteamiento del uso de la razón —de la razón de sexo— es el cambio de ese gran principio tocando precisamente algunas de esas fórmulas cómplices. Sin duda puede pensarse que el objetivo era inmenso, incluso, exagerado. Pero hoy sabemos que ése fue uno de los intentos propuestos por la Ilustración. Y, desde él, la fórmula de la condición sexuada de todo ser humano ha cumplido ese objetivo. Ella es la que mejor ha permitido reunir los datos de la biología y la cultura, la ciencia y la sociedad —la clase social, el linaje o la sangre, la riqueza, la raza, etc.— en un tronco o estructura común a todos. Es esta estructura la que permitió situar a ambos sexos al mismo nivel en su condición humana.

Por eso puede afirmarse que la base de los derechos y obligaciones —y en definitiva, de las relaciones entre los sexos— no reside tanto en el allanamiento de las diferencias cuanto en la comprensión de las diferenciaciones por razón de sexo. Es de ahí de donde surgen las relaciones. Y de ahí la necesidad de

pensar el sexo en serio no como un añadido sino en la estructura del mismo ser humano: en la misma condición humana que es sexuada y no puede no serlo.

En las últimas décadas Geneviève Fraisse ha puesto de manifiesto el contenido de lo que ha denominado *filosofema de la diferenciación de los sexos* en el orden del pensamiento y ha señalado su presencia a lo largo de la historia, si bien no en sitios de interés sino en la periferia, como escolios de otros temas, más que en el desarrollo del discurso general.

Es preciso afirmar —insiste la historiadora y filósofa francesa— que ese filosofema se hace presente de un modo especial desde la modernidad. El problema no es, pues, su inexistencia sino su sitio y su entidad. Formular con claridad el filosofema de los sexos —concluye Fraisse en una de sus últimas obras (*La controverse des sexes*, PUF, París, 2001)— es la forma de aclarar la sexuación de los sujetos para poder ver ésta en sus manifestaciones y extraer sus consecuencias.

## **8. La biografía sexuada**

Si el rasgo más importante para que el filosofema de los sexos se haga presente —y cuente— es el de la historicidad, es decir su carácter de ser histórico frente a una pretendida naturaleza invariante y difusa —siempre, todo, nunca, nada—, el que ofrece el paradigma, tras la episteme de los sexos, es el de la biografía. Frente a la naturaleza *dada*, la historia de los sujetos *se hace*. Ése ha sido el gran cambio: el mayor cambio. Y la biografía de los sujetos hace que estos sean comprensibles y se organicen entre sí como sujetos sexuados.

Los filósofos han planteado la historicidad del filosofema; los sexólogos han propuesto la sexuación biográfica. En ambos casos el paradigma sigue a la episteme. Fue Magnus Hirschfeld el que, junto con otros sexólogos de la primera generación, perfiló esta noción de biografía sexuada que iba a convertirse en referencial a partir del primer tercio del siglo XX.

Estas indicaciones nos llevan a algunas de las afirmaciones principales del paradigma: el sujeto humano es, por definición, un sujeto sexuado: se hace sexuado a lo largo de su biografía. Es bien conocida la expresión con la que Simone de Beauvoir abre su segundo volumen de *El segundo sexo*: “La mujer no nace mujer, se hace”.

Tampoco se nace hombre, se llega a serlo. Y el dato más relevante: ni uno ni otro se hacen sexuados de forma independiente, sino en mutua interacción y connivencia. Para entenderlo he aquí una serie de nociones, tal como fueron planteadas por los sexólogos de la primera generación.

### **A. El continuo de los sexos**

El mismo Hirschfeld enunció, también en los primeros años del siglo XX, su formulación de la noción de continuo de los sexos. Al considerar a estos como un continuo y no por separado, la hipótesis de trabajo de Hirschfeld, así como de la mayor parte de los sexólogos de la primera generación, dejó de lado la antigua forma de considerar a cada sexo independiente y primó la referencia de las gamas y los grados entre ellos. Muchos de estos materiales fueron publicados en el *Anuario de los estados intersexuales* que con regularidad apareció desde 1898.

Ninguno de los dos sexos —escribió repetidamente Hirschfeld— es puro o completo al cien por cien, sino que uno y otro forman un continuo único del que emergen los dos sexos por combinación a través de sus gamas y variedades. Dejando estas variedades para más adelante (véase el capítulo VI) sólo pretendemos poner de relieve esta noción nueva del continuo de los sexos.

El principal efecto de esta nueva noción fue el perfil de la expresión sujeto sexuado en términos operativos y empíricos. Sin duda la aparente complejidad se aclara al poner de manifiesto que ésta no parte del *locus genitalis* de los machos y las hembras sino del paradigma de los sujetos sexuados en el que ese *locus genitalis* deja de ser el criterio básico para convertirse en un elemento más de otro conjunto.

La aparente complejidad del continuo de los sexos ofrece, a cambio, la contrapartida de explicar muchos fenómenos diferenciales sin perder la identidad de cada sexo y, sobre todo, sin tener que recurrir con tanta frecuencia como se ha hecho a la noción de trastorno o anormalidad, léase de patología para explicar lo que, de hecho, no es sino diversidad y riqueza.

### **B. Los caracteres sexuales**

En esos mismo años Havelock Ellis —recuérdese su *Man and Women* de 1894— enunció su fórmula de reparto en el continuo de los sexos a través de la triple noción de los caracteres o rasgos de uno y otro sexo. Esta noción de los caracteres sexuales no era nueva. Otros la habían usado antes para describir los dos grupos de caracteres desde el sistema antiguo. Lo nuevo del sexólogo inglés fue su enunciado desde los mismos sexos y no desde los otros criterios, lo que daba la prioridad al sujeto sexuado sobre las otras consideraciones.

En efecto, frente a los criterios centrados en la reproducción o el placer, desde los que habían sido formulados los caracteres sexuales primarios y secundarios —primarios: los genitales; secundarios: sus efectos—, Ellis planteó los tres grupos de caracteres primarios, secundarios y terciarios en clave de sexuación y no desde las funciones antiguas de los machos y las hembras sino desde la construcción de las identidades de los sujetos modernos como hombres y mujeres, es decir, no ya desde el criterio de la reproducción o el placer sino desde la sexuación. La pregunta era, pues: cómo se sexuan estos, cómo se hacen sujetos sexuados de forma tan semejante y, sin embargo distinta.

Los seguidores de las nociones genitales por encima de la episteme de los sexos siguieron enunciando los rasgos o caracteres primarios y secundarios en clave de machos y hembras —no de hombres y mujeres—; y los caracteres terciarios fueron desperdigados bajo otros nombres, tales como los roles o papeles sociales, separados de la clave de la sexuación. Los tres, sin embargo, constituyen el más avanzado intento de dar cuenta de la biografía sexuada desde el paradigma de los sexos.

Del mismo modo, los que han tratado de mantener el orden antiguo del *locus genitalis* frente al sexo han continuado con las socorridas nociones de los llamados aspectos biológicos del sexo, por un lado y los aspectos sociológicos, por otro. De esta forma han dejado de lado la clave de la sexuación, más compleja ciertamente, pero también más rica y coherente para explicar a los sujetos como tales sujetos sexuados y sus complejidades. Digamos también las cualidades y riquezas que proceden precisamente de la sexuación.

### **C. La intersexualidad**

Junto a las nociones descritas, la de intersexualidad, puesta en rodaje como las anteriores por estos sexólogos de la primera generación, no surgió para

explicar la patología hacia la que, con frecuencia, ha sido desviada, sino precisamente para dar cuenta de la riqueza epistemológica de la variedad y diversidad de los sujetos, construida a través de su sexuación.

Decir intersexualidad fue, desde comienzos del siglo XX, explicitar lo implícito de los sexos que son ambos, por definición, relativos y referenciales entre sí. Equivalía —y equivale— igualmente a decir que ambos se construyen con los mismos materiales; que están hechos de la misma madera o condición y que sólo la distribución individualizada de estos y, sobre todo, su pensamiento de ser tales, los dota de una u otra identidad: los sexua en una u otra dirección.

Así, pues, el masculino y el femenino no responden a definiciones independientes o autónomas —cada uno por su lado— sino a la referencia que los define en el mismo continuo como uno u otro de los dos extremos que forman una misma realidad diferenciada. Los sujetos de uno y otro sexo no son especies ni naturalezas distintas, tampoco clases sociales; son modalidades diferentes de la misma condición humana.

Cuando los distintos investigadores han tratado de buscar elementos distintivos, según sus muestras y objetivos distintos, no han encontrado distintas estructuras sino las mismas con rasgos de mayores o menores intensidades en el reparto. Es lo que se expresa mediante la metáfora de las gamas. En gramática se habla de intertextualidad; en sexología, hablamos de intersexualidad.

#### **D. La compa(r)tibilidad**

Con la introducción de estas nociones se explicó, pues, el reparto de las semejanzas y diferencias bajo el criterio de la compa(r)tibilidad de las estructuras de los sexos desde un concepto de sexo que, al contrario de la tradicional división desde los genitalia, ponía de manifiesto una serie de realidades que no habían sido consideradas precisamente por haber dado más importancia al *locus genitalis* que al sexo.

A medida que los sexólogos fueron profundizando y perfilando en estas nociones —y, de un modo especial, Hirschfeld con el continuo de los sexos y la intersexualidad— los caracteres sexuales fueron, a su vez, enriqueciendo el

espectro de elementos que en la construcción de uno y otro sexo marcan la biografía sexuada de cada sujeto.

El antiguo criterio de los genitalia y la reproducción quedaba cada vez más reducido a una de sus funciones y no a la explicación de su conjunto. Fueron nuevos e importantes pasos en el perfil del paradigma de los sexos. ¿Cómo explicar sus rasgos diferenciales sin perder su unidad de su referencia? ¿Cómo explicar sus semejanzas y diferencias? Las nociones, pues, de sexuación biográfica y de diferenciación, así como la del continuo de los sexos y la de intersexualidad constituyeron las principales innovaciones.

No hace falta indicar que si de las estructuras de los sujetos sexuados pasamos a su aplicabilidad —por ejemplo, en la atracción, léase en las relaciones en general o en las de pareja en particular— estas nociones ayudan a comprender una gran cantidad de situaciones. También de sus problemas y de sus correspondientes claves para la intervención en ellos.

Pero sin duda el punto más importante de este proceso de análisis con la introducción de la noción de compa(r)tibilidad fue la sustitución del planteamiento del antiguo *pathos* —de la pasión— con el que había sido explicado toda relación amorosa y ante el cual cualquier otro planteamiento había sido rechazado. El acceso a este núcleo, cerrado a todo análisis y definido como mágico y misterioso, cambiaba las tradicionales preguntas sobre la pasión o el amor por otras operativas y centradas en *qué comparten o no comparten* los sexos, qué hace que se atraigan o no entre sí, qué pueden compartir o no. Son preguntas teóricas de una gran practicidad a la hora de la convivencia entre los sexos.

## 9. Los rasgos de cada sexo y el continuo de los dos

A diferencia, pues, de la clasificación antigua, la propuesta de los sexólogos plantea, en primer lugar, los caracteres sexuales terciarios; a continuación, los secundarios y, finalmente, los primarios. Esta distribución tiene la ventaja de explicar mejor las semejanzas y diferencias —a través del fenómeno de la sexuación—, al mismo tiempo que las identidades en términos de compa(r)tibilidad, acorde con el paradigma de los sexos, es decir, con su continuo.

En el esquema adjunto (*Véase el cuadro*) se representa esta formulación en la que puede verse cómo la mayor parte de sus rasgos y componentes son compa(r)tibles; no autónomos o independientes y lo que, bajo criterios anteriores, constituyó un gran objeto de interés como fue el caso de la separación entre lo que era innato y lo que era adquirido en cada sexo —el conocido debate entre lo biológico y lo social para definir su naturaleza—, ha sido desplazado por la interacción biográfica entre uno y otro: en su continuo. El paradigma de los sexos ha cambiado, pues, la construcción de éstos.

**GRUPO 1º: CARACTERES SEXUALES TERCARIOS**

**M** .+.+.+.+.+.+.+.+. / +.+.+.+.+.+.+.+.+. **F**

en el que todos los rasgos o caracteres son *totalmente* compa(r)tibles en ambos sexos (por ejemplo: emociones, deseos, sentimientos, conductas, hábitos o mores, profesiones, etc.).

**GRUPO 2º: CARACTERES SEXUALES SECUNDARIOS**

**M** .....++++ / .....+++++ **F**

en el que algunos rasgos son *predominantemente* de un sexo más que del otro, aunque no sean exclusivos de ninguno de los dos (por ejemplo: tamaño, apariencia, modales, andares, vello, grasa, musculatura, etc.).

**GRUPO 3º: CARACTERES SEXUALES PRIMARIOS**

**M** ..... / ++++++ **F**

en el que algunos son *exclusivos* de cada sexo y no del otro (por ejemplo: genitales externos e internos: sus funciones y dimensiones).

*Los caracteres de cada sexo en el continuo de los dos*  
(Esquema de distribución)

## **10. El paradigma y los pares de nociones**

Si el paradigma moderno de los sujetos sexuados ofrece sujetos compa(r)tibles, es decir, intersexuales por definición, algunos pares de nociones circulantes y en vigor —y que son en su mayor parte procedentes de los antiguos criterios— resultan especialmente portadores de dificultades para pensar los sujetos como sujetos sexuados por sus contradicciones y, en ocasiones, auténticos equívocos, por no decir juegos de palabras que contribuyen a mantener en vigor muchos malentendidos procedentes de planteamientos anteriores.

El sujeto sexuado siempre constituye pares, pero es inevitable plantear estos de otra forma.

### **A. El par de la diferencia y la igualdad**

Uno de los ejemplos más socorridos de estos pares de nociones es el de la igualdad y diferencia —“somos iguales, somos diferentes”—. Si ser iguales y diferentes es una contradicción, ésta necesita ser pensada de otro modo: “somos parecidos, somos diferentes”. Decir esto sería más exacto por corresponder mejor al continuo de los sexos y al reparto de sus características por razón de sexo. El miedo a la desigualdad no debe ser confundido con el hecho de la similitud diferencial. El miedo a aquélla impide ver el valor de ésta.

Oponer, pues, la diferencia a la igualdad no cuadra ni con la episteme de los sexos ni con su paradigma. Sencillamente no entran en él. Y, finalmente, no es lo mismo hablar de diferencias que de la diferenciación, lo que, a veces se confunde. De lo que aquí se trata no es de comparar diferencias sino de explicar la diferenciación entre los sexos.

Por otra parte, si de lo que se trata es de afirmar la igualdad de derechos, las fórmulas que han servido para este fin han sido “iguales ante la ley”, “igualdad de derechos”, etc. Pero no “iguales” ni “igualdad”.

### **B. El par de la fuerza y la fragilidad**

En el paradigma de los sujetos sexuados la fragilidad no es propiedad o rasgo de un sexo ni la fuerza, de otro. Ambos caracteres son de los dos desde sus mismas identidades hasta las últimas y más nimias ramificaciones.

Esta noción intersex, de nuevo, propia de la episteme y del paradigma del sujeto sexuado resulta así una invitación a la complejidad y, por tanto, a la aventura de todo sujeto, tanto en su construcción como en su relación. Es un error, por ser una dislocación, separar el rasgo de la fuerza física y situarlo con independencia de los otros. Ningún rasgo es inteligible fuera de su conjunto, so pena de alterar éste. Lo mismo puede decirse de otros rasgos o elementos de ellos.

Dentro de este par de la fuerza y la fragilidad, merece una especial mención, por su gran eco, el de la actividad y la pasividad. Su desproporción ha sido utilizada hasta la desmesura, por no decir hasta la caricatura. Pero el planteamiento de los sexos reparte ambos polos y los redistribuye de otra forma. No es un sexo, el fuerte y otro el frágil; no es uno, el activo y otro, el pasivo. Son los dos, a la vez, fuertes y frágiles. Es, como se recordará, el continuo de los dos en interacción.

### **C. El par de los sexos y la relación**

Como en la ley de vasos comunicantes, nada sucede en un sexo que no repercuta en otro. Y, obviamente, a la inversa. El ejemplo más palpable es el de la díada humana por excelencia: la pareja. Pero es importante no atribuir esto a un buenismo ingenuo y voluntarioso. Es importante no olvidar que el mismo hacerse de un sexo está en referencia al otro, y viceversa, en sus mismas estructuras que, al sexualizarse, hacen que la misma individualidad sea, a su vez, sexualizada. De ahí el carácter relacional que por definición impronta la sexualización en los sujetos.

Desde los más mínimos elementos a los más grandes suceden a través de mecanismos de encuentros y desencuentros. Se ha pensado poco, aunque resulte un lugar común, que los sexos constituyen el par privilegiado y paradigmático de la condición humana hasta el punto de que uno de sus conceptos está formado por ellos: el de la pareja.

En este sentido el fenómeno de la pareja —como veremos más adelante— es un descubrimiento de la Época Moderna y coincide en el tiempo con la emergencia del paradigma del sujeto sexuado. Su irresistible atractivo en competencia con el matrimonio la ha convertido en uno de los fenómenos más codiciados de los sujetos modernos.

Frente al matrimonio por otras razones como la conveniencia, la prole, etc., la pareja en términos modernos es una relación por razón de sexo y en ella se ofrece en miniatura el gran laboratorio de la sociedad.

#### **D. El par de “lo innato” y “lo adquirido”**

Dentro de estos pares de nociones circulantes por doquier hay uno que se ha extendido entre los científicos lo mismo que en la divulgación y que puede ser formulado bajo los dos conocidos parámetros de “lo biológico” y “lo social” a través de los cuales se contempla el sexo lo mismo que los sexos, dejando de lado la episteme central.

Esta socorrida división de nociones tuvo otras denominaciones anteriores, tales como la materia y la forma. Recuérdese la sentencia de Aristóteles definiendo al macho y a la hembra —ésta es un macho que no ha llegado a serlo, que no ha tomado forma, que no se ha completado— bajo estos conceptos y que han transmitido sus equívocos a hombres y mujeres.

En la actualidad esta vieja versión ha sido puesta al día por los formuladores de la doble realidad del sexo por un lado y el género por otro. De esta manera el paradigma de los sujetos sexuados ha tratado de ser neutralizado y su referencia relegada por esos aspectos.

#### **E. Los pares y la paridad**

La transcendencia del paradigma del sujeto sexuado ha llegado hoy a unos planteamientos que a algunos les parecen desbordantes pero que no es sino una de las consecuencias lógicas de su base y contenido epistemológico.

En este sentido el debate sobre la paridad, que ha terminado introducida en la Constitución de la República Francesa y que algunos han contemplado *sólo* como una política de mujeres, resulta una de las grandes consecuencias del paradigma del sujeto sexuado y de su traducción en una política que toma a fondo la episteme.

La participación de hombres y mujeres en la vida pública es una de las muchas sorpresas que depara el paradigma de los sujetos sexuados y de pensar el sexo desde su propia coherencia. No hace falta decir que las transformaciones de las relaciones de las identidades de los sujetos sexuados como tales sujetos sexuados en las relaciones diarias son, en los niveles que cada cual los vive, ejemplos de esta paridad extendida en un sin fin de retículas y detalles de la vida general.

La condición sexuada —y, por lo tanto, el ser en relación de los sujetos— ha dado como resultado que estos vivan, piensen, se sientan y se expresen como tales sujetos de relación.

### III

## LAS TEORÍAS

La progresiva innovación de la episteme de los sexos y, sobre todo, de su paradigma, plantea la necesidad de recapitular y hacer un balance de las distintas teorías que sustentan los contenidos de la idea de los sexos.

Si repasamos la historia de Occidente nos encontramos con una serie de teorías que han tratado de responder de muy distinta forma a cuestiones tales como el por qué, el para qué y el cómo de los sexos. Y éstas, obviamente, desde sus propias elaboraciones no siempre coincidentes entre sí.

#### 1. Las distintas teorías

El recuento de estas teorías ofrece dos grupos claramente diferenciados: uno formado por las grandes teorías y otro compuesto por las pequeñas. A los efectos de esta división, se denominan grandes teorías a las que han tratado de responder a cuestiones mayores e importantes. A su vez, se denominan pequeñas, a las que responden solamente a cuestiones menores y secundarias.

Las cuestiones mayores son fundamentalmente explicativas, es decir, epistemológicas; y las cuestiones menores se refieren a otros órdenes, tales como justificaciones morales o políticas relativas al desempeño de las distintas funciones individuales o sociales.

Ni los sujetos ni las organizaciones sociales que estos componen orientan sus deseos o se comportan sin sentido o, como algunos mantienen, “siguiendo sólo los bajos instintos de la naturaleza”. Los sujetos tienen sus propios motivos y sus razones para organizarse o desorganizarse, para cumplir o transgredir y, en todo caso, piensan y elaboran.

Dicho de un modo más general, el *homo sapiens*, al contrario que otros seres de la naturaleza, viven y hacen lo que hacen o no hacen en virtud de un pensamiento y en coherencia con él. A eso, en definitiva, solemos dar el nombre de teoría.

## **2. Las teorías mayores**

Las tres grandes teorías que han tratado de explicar cada una a su manera los principales dimensiones de los sexos, es decir, sus grandes puntos de interés, han sido la antigua teoría del *locus genitalis*, la clásica teoría erótica y la moderna teoría de los sexos.

### **A. La antigua teoría del *locus genitalis***

La formulación de la teoría del *locus genitalis* corresponde a la Época de los grandes naturalistas: Aristóteles, Hipócrates y Galeno, entre ellos. Y planteó como clave explicativa el fenómeno reproductor de machos y hembras por ser el orden genital de estos la base de sus distintivos principales. Los continuadores en el tiempo llegan a nuestros días a través de los actuales etólogos, sociobiólogos, etc.

Suponer que el planteamiento de la reproducción es combinable con el del sexo, así como confundir los machos y las hembras con los hombres y las mujeres constituyen hoy supuestos que contribuyen a crear un gran número de equívocos tanto con respecto al concepto de sexo como con respecto a las identidades masculinas y femeninas. He aquí algunas aclaraciones.

#### **a. Replanteamientos**

La teoría del *locus genitalis*, en vigor durante muchos siglos, ha sido objeto de una revisión y adaptación de acuerdo con las otras teorías mayores. Y hoy no puede ser usada tal como fue formulada en sus orígenes. Si la exactitud de su formulación la ha hecho perdurar en su aplicación a todas las especies vivientes, el equívoco ha surgido cuando la condición humana ha sido

introducida como una más. Una serie de datos ha hecho, pues, necesarias las matizaciones, en ocasiones difíciles, por el predominio de la tecnología sobre una humanística, capaz de alterar aquélla.

Aunque la magnitud de este planteamiento pueda parecer enorme, importa, al menos, no perderlo de vista por las consecuencias que se derivan de él. En efecto, la teoría del *locus genitalis* es la que ha explicado —y explica— los machos y las hembras por su conducta copulatoria según el principio reproductor básico y general. Ha puesto el quicio de su pensamiento en la cópula como dispositivo sobre el cual hacer girar todo el conjunto.

### **b. La cópula y el coito: dos nociones diferentes**

Pero conviene no perder de vista que la Época Moderna ha alterado definitivamente ese quicio poniendo en su lugar el encuentro de los sexos que no es necesariamente para la reproducción sino para la convivencia y *también*, pero no sólo, para el placer, léase el orgasmo. De esta forma, tras alterar de forma copernicana el principio reproductor, ha desplazado su quicio de la cópula, poniendo en su lugar el coito. No es ya necesario indicar que, a pesar de las confusiones, el coito no es sinónimo de cópula.

Es, pues, importante separar estas dos nociones que, aunque han sido asimiladas, son, de hecho, diferentes. Quienes con más tesón han tratado de distinguir las han sido los sexólogos de la segunda generación y, en especial, Masters y Johnson, al basar una de sus conocidas estrategias de tratamiento de las dificultades comunes de los encuentros entre los sexos en la supresión metodológica de la cópula para poder descubrir la novedad del coito como encuentro mediante el conocido recurso de la *focalización sensorial*, estrategia metódica que consiste en la puesta en común de todos los deseos con la expresa prohibición de la misma cópula.

Como veremos más adelante, estos experimentos dieron lugar no sólo a una de las formas terapéuticas de más eficacia con respecto a ciertas dificultades sino al nacimiento del nuevo *ars amandi* como forma nueva de encuentro entre los sexos. Tras las muestras de casos tratados sobre esta base, el cuestionamiento de la teoría del *locus genitalis* pasó de ser una simple hipótesis especulativa de trabajo a una tesis experimentalmente probada y definitivamente constituida.

Estos experimentos de Masters y Johnson han mostrado que la noción de penetración resulta, en ocasiones, no sólo inútil sino nociva; es decir, un obstáculo para la vivencia del placer de los amantes y que la noción de cópula que obsesivamente se ha tratado de mantener resulta igualmente un impedimento para el desarrollo de la noción de coito y encuentro. Es, pues, importante admitir que los deseos propios de la condición humana no coinciden con los supuestos de la teoría del *locus genitalis* formulada y válida para todas las especies pero no sólo inútil para la humana sino fuente de muchas contradicciones que se traducen en infelicidad.

### **c. La antigua noción de machos y hembras**

La teoría del *locus genitalis* no es ya sostenible como finalidad categórica en la condición humana, aunque los criterios de las Ciencias Naturales la usen para las otras especies y, de paso, se siga manteniendo dicha confusión. De hecho, una gran parte del modelo de conducta llamado masculino, luego conocido como sexual, no es estrictamente hablando sino un rebufido de esta antigua teoría del *locus genitalis* sin modificar. La tan criticada actividad y agresividad masculina enfrentada a la igualmente supuesta pasividad femenina, llamada en ocasiones ternura o fragilidad, no son sino trasposiciones de los modelos de machos y hembras a hombres y mujeres a través de esa vía sutil pero real de la confusión entre la noción de cópula con la de coito.

Por otra parte, la noción de placer ha ocupado el sitio del dispositivo reproductor y perpetuado así la vieja noción de descarga cuando ya no se trata ni de cópulas reproductoras ni de descargas orgásmicas, sino de encuentros entre los sexos en una nueva episteme y un nuevo paradigma. Frente a la noción de cópula, la de coito es un concepto de nuevo cuño por ser nuevo su contenido.

### **d. La vieja noción de carga y descarga**

Sin embargo, la antigua teoría del *locus genitalis* ha sido reabsorbida por las teorías menores (de ellas nos ocuparemos a continuación) y los restos o vestigios de la cópula han servido para alimentar su permanencia por encima del coito.

En efecto, esos restos y vestigios han servido para mantener y expandir la llamada vida sexual sana —con su vieja noción de carga- descarga— bajo la

---

práctica de la cópula en sus nuevos parámetros de funciones-disfunciones, hoy ya divulgado por las Instituciones como salud sexual. Esos mismos restos y vestigios son los que siguen sirviendo, a su vez, para desarrollar, en paralelo, la industria pornográfica basada en el uso de las erecciones y vulvas, penetraciones y orgasmos, léase *performances* del uso de los genitalia.

A falta de otra teoría, la presencia de estos restos y vestigios del antiguo *locus genitalis* han hecho de la pragmática su propia teoría, bajo la misma acepción de la vieja noción machista —y hembrista, puesto que son dos caras de la misma moneda— de carga-descarga.

Desde el interior de la clínica puede afirmarse que este modelo, por otra parte tan difundido en las campañas centradas en el “sexo seguro” — cópula protegida—, crea cada vez más problemas de los que trata de prevenir. En efecto, puesta de lado la función reproductora, la teoría del *locus genitalis*, en su versión más cruda y tradicional, se encuentra hoy en una deriva irremediable y a la espera de ser reconvertida y reciclada. Pero ya nunca podrá tener su protagonismo propio como sucedió en el *Ancien Régime*. El reinado de la cópula ha terminado y, con él, el de la teoría del *locus genitalis*.

## B. La clásica teoría erótica

La teoría erótica o de Eros tuvo su origen en la Época Clásica de nuestra cultura y fue esbozado por Platón en sus *Diálogos* como primera gran elaboración de los deseos y sensaciones, los sentimientos y las ideas que llevan a los seres humanos a sus atracciones recíprocas y por lo tanto a sus encuentros. Las imágenes a través de las cuales Platón presenta el contenido de estas atracciones son bien conocidas: por un lado, el deseo de una unidad común, tal como es señalado en *El banquete*; por otro, el anhelo de búsqueda y encuentro con el otro, un ideal similar al de los dioses, como se describe en *El Fedro*.

Desde su creación, la teoría erótica no ha cesado de inspirar exégesis y comentarios por parte de las distintas formas de pensar desde las que ha sido leída o invocada a lo largo de los siglos. De ahí la existencia de una gran cantidad de doctrina producida por estas distintas corrientes y la tensión entre las formulaciones de Platón y otras bajo los grandes términos y conceptos en litigio con la cultura de la *Christianitas*, tales como el amor, el *ágape*, la *caritas*, etc.

### a. Transformaciones

Lo mismo que sucedió con la teoría del *locus genitalis*, un hilo ininterrumpido y lleno de confluencias atestigua la presencia de la teoría erótica también de forma constante, a pesar de sus cambios y metamorfosis a lo largo de la historia de las ideas, sea por parte de los Grandes Padres de la *Christianitas* (como es el caso San Agustín); sea a través de su combinación con las ideas naturalistas de Aristóteles y Galeno (como es el caso de la Escuela de Al-Ándalus en la Edad Media —Averroes, por ejemplo—); sea en el nacimiento del amor cortés; sea entre los autores del *dolce stil nuovo*, del Renacimiento, etc.

Dentro de este gran abanico de usos de la teoría erótica, un punto retiene nuestra atención que será la clave tras la Ilustración con el protagonismo de la teoría de los sexos y la inclusión de la misma teoría erótica dentro de ella. Este nuevo dispositivo que sustituye a los dioses por la organización y gestión de los deseos propios de los sujetos en sus proyectos, supondrá un momento importante en la historia de la teoría erótica como invitación nueva para el análisis de sus contenidos anteriores y sus nuevas formulaciones, ahora referidos a los sujetos sexuados.

### b. En la Época Moderna

El perfil moderno de la teoría erótica —o del erotismo tal como ha preferido ser llamado desde el siglo XIX— ha sido eminentemente experiencial y ha tratado de llevar consigo las sensaciones y sentimientos, deseos y emociones, hacia su dimensión sexuada.

El peso del *locus genitalis*, si bien disimulado o camuflado bajo el adjetivo sexual, ha hecho que Eros haya cedido su sitio por un lado a las cuestiones concretas de los genitalia y, por otro, a las difusas cuestiones del amor. La dualista y fácil división entre lo biológico y lo cultural —el tema antiguo del cuerpo y el alma— ha vuelto a ocupar a la medicina por un lado y a la psicología por otro, léase, si se prefiere, a dar el protagonismo a las hormonas y los afectos en lugar de a los sujetos mismos en relación.

Entre estos debates se diría que la teoría erótica y su contenido se ha difuminado. Y no es cierto.

### **c. Eros y los deseos**

El gran filón de la teoría erótica —el deseo— sigue presente e irremplazable por otros contenidos. Se trata de las atracciones y los deseos de los sexos: de los sujetos sexuados. Su revisión y actualización desde la teoría de los sexos ha supuesto para esta teoría un nuevo renacimiento si es que puede hablarse así, puesto que, a lo largo de la historia y, bajo denominaciones distintas, la teoría de Eros no ha dejado de ofrecer sus claves explicativas y, por lo tanto, nunca ha perdido su viveza e influencia.

Por otra parte, el hecho de que los sujetos sean cada vez más conscientes de sus deseos y los expresen hace de este concepto, y de su teoría, una necesaria y constante referencia.

### **d. La gran aportación de Eros**

La principal aportación de Eros —es importante insistir— ha consistido en hacer presentes los deseos y su importancia en la vida de los sujetos: su gran poder. así como —paradoja— su gran fragilidad.

En este sentido la Época Moderna tiene pendiente una gran deuda con la teoría erótica por haber sido ésta la que ha puesto de relieve este contenido que gobierna la vida de todos. En ocasiones los sujetos dicen indistintamente amar o desear. Eros ha sido desde sus primeras formulaciones el catalizador de esas sensaciones, emociones o sentimientos que unos han desviado hacia el amor sublime y otros hacia fuera de los deseos del otro.

La imagen del Eros griego, latinizada en el Cupido de las flechas ha sobrevolado a través de siglos de cultura de *Christianitas*, siempre como el dioscecillo o duende que revolotea por doquier creando complicidades y vinculaciones: urdiendo relaciones y encuentros. Es ésta la imagen que mejor refleja la aportación de la teoría erótica: recordar que los sujetos son sujetos de deseo y, por tanto, buscadores del otro, sea éste real o imaginario, ese otro que es el objeto de todo deseo erótico.

## **C. La moderna teoría de los sexos**

Si la teoría del *locus genitalis* contemplaba los seres humanos como machos y hembras, es decir como otros seres de la naturaleza, no se detuvo en definir el sexo sino que le dejó al margen. La teoría erótica, a su vez, dio su máximo interés a los deseos humanos, suponiendo el sexo y sin entrar más en él.

Sobre esos dos vacíos puede entenderse el rasgo más propio de la teoría de los sexos. Las dos grandes teorías anteriores no se habían detenido en abordar las identidades y diferenciaciones de los sujetos como tales sujetos sexuados con sus modos, matices y peculiaridades.

Sobre estas bases la teoría de los sexos asume y replantea las dos teorías anteriores en el marco de la episteme moderna y su paradigma. Las referencias, si bien con algunos precedentes, se centran en las obras que cubren las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX; pero, de un modo especial, en las obras de los sexólogos de la primera generación correspondiente a finales del siglo XIX y primer tercio del siglo XX.

#### **a. Algunas cuestiones prácticas**

La teoría de los sexos responde a la gran cuestión de la finalidad del sexo: ¿para qué el sexo, para qué los sexos? La respuesta de la teoría del *locus genitalis* fue: para reproducirse y continuar la especie. La respuesta de la teoría erótica es: para atraerse y unirse. Finalmente, la respuesta de la teoría de los sexos ha sido y es : para sexuarsé y, como sujetos sexuados, organizarse entre ellos.

Incluir en esta respuesta la cuestión del placer —ese placer que hoy se ha generalizado bajo la denominación sexual— ha planteado a la sociedad moderna un equívoco notorio. En efecto: que los sexos busquen la unión o que busquen el placer más que la reproducción invocada en otras épocas ha supuesto para las sociedades avanzadas un punto de dislocación importante. Se trata de la autonomía o no de dicho placer.

La tradicional condena que la moral de la *Christianitas* hizo de los deseos y sus placeres, prohibiéndolos o reduciéndolos a medios para la reproducción —y ésta en el cauce restringido de sus normas— justifica, de por sí, la avalancha de rebelión en contra y, por lo tanto, de la exaltación de los placeres.

Pero, pasada esta rebelión, lo que se plantea es la búsqueda de un reequilibrio para que esos placeres encuentren su lugar en el marco de los deseos.

Dicho de otra forma: que los sujetos, como sujetos sexuados, busquen primariamente el placer y secundariamente al otro sexuado ha propiciado el desliz de la búsqueda del placer y del uso del otro como medio de placer. El placer del encuentro con el otro es el que necesita una clarificación por ser éste en realidad el que los sujetos buscan, si hemos de creer a la experiencia del análisis minucioso desarrollado en la casuística de la resolución de los casos de ausencia de placer o de su complicación.

### **b. Matizaciones**

Las mitologías que las sociedades modernas han hecho del llamado placer sexual —léase, si se prefiere, como carga-descarga o bajo su formulación como orgasmo— ha impedido ver el otro placer como placer sexuado, es decir, el propio de los sujetos sexuados, el más codiciado. Y el haber dado a ese placer una autonomía que no le corresponde ha traído consigo el gran equívoco de correr tras el orgasmo a toda costa cuando éste está en el otro planteamiento.

Los procedimientos actuales para el tratamiento de las dificultades para la vivencia del placer entre los sexos indican el interés de este problema de los fines y los medios o también de los fines primarios o secundarios —colaterales—, a veces sólo separables a través de matizaciones sutiles pero importantes por lo que revelan estos datos. Sus consecuencias teóricas y prácticas son, pues, de un enorme interés.

De ahí la primacía de la búsqueda del otro sobre cualquier otro fin entre sujetos sexuados. Éste ha sido uno de las grandes formulaciones de Masters y Johnson en el formato del asesoramiento sexual dentro del marco de la teoría de los sexos.

No es necesario indicar que la confusión o identificación del sexo con el placer ha desviado la atención sobre los puntos centrales de uno y otro. Tampoco es necesario indicar la necesidad de la gramática para estas formulaciones en las que se han mezclado conceptos y nociones muy dispares. Conviene no ir de prisa en las cuestiones del placer y saltarse las del sexo —y del Eros— que es donde se encuentran sus claves, so pena de perder las referencias.

### **c. La preferencia de la teoría de los sexos**

Estas observaciones dan a la teoría de los sexos una envergadura y horizonte sin precedentes para los principales planteamientos de los sujetos sexuados por las respuestas que ofrece a preguntas que o no habían sido respondidas o lo habían sido de otra forma desde la teoría del *locus genitalis* y desde la teoría erótica.

La teoría de los sexos responde a las preguntas a las que no respondían las teorías anteriores y a otras nuevas no planteadas o no resueltas por aquéllas más centradas en la reproducción y el placer que en la identidad de los sexos y sus relaciones; o, como es el caso de la teoría erótica, más atenta a las ideas que a la pragmática seguida de ellas.

En resumen: la teoría de los sexos responde, por un lado, a la pregunta sobre la identidad y dimensión de los sexos: qué son los sujetos sexuados y cómo se viven. Por otro lado, responde a las cuestiones de sus relaciones: qué desean. En tercer lugar, responde a los efectos relativos a su organización: compartir sus encuentros, sus proyectos y dificultades.

### **d. Conclusiones**

Un mayor detenimiento en la teoría de los sexos permitiría plantear despacio las principales preguntas a las que puede responder el cuerpo teórico general reorganizado desde ella con la actualización de sus principales puntos de debate.

Permitiría una actualización de la teoría del *locus genitalis* en lo que concierne a la reproducción y su readaptación a los sujetos como procreación por ser ésta la forma de hacerla suya propia y dentro de sus proyectos compartidos.

Permitiría igualmente actualizar la teoría erótica por ser de una gran riqueza para dar a los deseos el protagonismo que tienen en los sujetos en la práctica de un nuevo *ars amandi* con la inclusión en él de las sensaciones, emociones y sentimientos —los deseos, en definitiva— que ha sustituido a la antigua práctica de la cópula.

Permitiría igualmente situar el significado del sexo referido a los sexos y no al genital ni al orgasmo o a tantas cosas que hoy circulan bajo su nombre de manera dispersa y sin gramática capaz de ofrecerlas un hilo conductor de coherencia en los sujetos. Permitiría, en fin, un debate teórico necesario para el entendimiento de los sexos en la organización de sus relaciones y su convivencia.

### **3. Las teorías menores**

Al margen de las teorías mayores, las teorías menores pueden resumirse en tres que, en orden cronológico corresponden a las conocidas como teoría de la degeneración, teoría de la libido y teoría o perspectiva de género.

#### **A. La teoría de la degeneración**

Es ésta una de las teorías menores más difundidas por haber sido la base o dispositivo, creado por los primeros neuropatólogos o prepsiquiatras —“alienistas”, fueron también llamados— del siglo XIX que, coincidiendo con la expansión higiénica de “los asuntos venéreos” trataron de regular éstos desde “la higiene mental”.

Concebida “la energía o fuerza genésica” como una “dotación de la naturaleza”, se trataba de mantenerla y administrarla según las leyes de la misma naturaleza sin alterarla ni transgredirla —obedeciéndola— de forma que cualquier hecho en contra de dicha naturaleza era interpretado como una insumisión y, por lo tanto, sometido a los respectivos castigos, en especial en especial las enfermedades, interpretadas éstas como un castigo por la alteración del orden de la *generación*. De ahí que su desequilibrio fuera llamado *degeneración*; y sus autores, *degenerados*.

Algunos nombres están indisolublemente unidos en la historia de esta teoría, como es el caso de Magnan o Garnier, verdaderos arquitectos de los “dispositivos mentales” para la regulación de “la función genésica del natural y correcto uso de los genitales dentro de las leyes de la naturaleza que es la generación de la prole en los cauces legítimos del matrimonio”.

Esta mezcla de normativa natural de la conducta, por un lado, y de reglas morales tomadas de la *Christianitas*, por otro, ha creado una amalgama muy compleja que se ha mantenido en el pensamiento de muchos. Pero, sobre todo, se ha elevado a teoría científica a través de los agentes de la salud mental mediante sucesivas adaptaciones hasta el punto de que, en la actualidad, sigue vigente a través de nomenclaturas diagnósticas y clínicas.

La elevación de esta teoría menor a referencia de gran uso fue llevada a cabo por el tratado de *Psychopthía sexualis* de Hendrich Kan en 1844 y, unas décadas más tarde, por Richard von Krafft Ebing, verdadero patrón de las distintas generaciones de psicopatólogos de “las cuestiones sexuales” (es decir, venéreas) e inspirador de las clasificaciones actualmente en vigor como es el caso de las de la Organización Mundial de la Salud a través de las distintas ediciones de su *Clasificación Internacional de las Enfermedades* (CIE) y de la cada vez más influyente Asociación Psiquiátrica Americana con su *Diagnostical Statistical Manual* (DSM) relativo a los trastornos mentales “dentro de los cuales están incluidos los sexuales”.

A través, pues, de estos dispositivos de influencia, la presencia de esta teoría menor sigue siendo viva en la actualidad; y sus criterios, mantenidos y reforzados bajo sucesivas puestas al día.

## **B. La teoría de la libido**

Aunque, como es sabido, el término y concepto de libido viene de la cultura de la *Christianitas*, la teoría de la libido alude expresamente a la sistematización elaborada por Freud y a sus repercusiones en el imaginario individual y colectivo como pensamiento centrado en los genitalia y sus contornos a través de los cuales el fundador del Psicoanálisis trató de explicar el Eros, o sea, el deseo sexuado —que no el sexo— y sus avatares en la organización de la personalidad de los sujetos o, como a veces es llamado, su psiquismo.

Este trabajo de Freud tuvo el desafortunado efecto de prescindir de la episteme de los sexos para llevar el debate, por un lado, al inconsciente y, por otro, allí donde el maestro Charcot le había sugerido en la Clínica de La Salpêtrière de París con su célebre expresión tan obsesiva como lapidaria: “En estos casos se trata siempre, siempre, siempre de los genitalia”.

Freud no fue ni quiso ser sexólogo sino psicoanalista. Puede que esto explique su teoría libidinal a través de la cual, a pesar de sus aportaciones, algunas importantes, nunca pudo entender las cuestiones centrales de los sexólogos. Y esto puede ayudar a comprender sus dos grandes ejes citados: el genital y el inconsciente, lo que, por otra parte, conduciría a situarse al margen de la teoría de los sexos. Sus malas relaciones personales con Hirschfeld o su respetuosa distancia para con Ellis no hacen sino ilustrar este marco teórico distinto.

No se trata, pues, de negar el interés del inconsciente ni de la libido freudiana sino de ver que el uso que se ha hecho de estos dispositivos para desplazar el sexo y sustituirlo por la libido ha sido una operación de efectos equívocos. En este sentido, a pesar de sus propias revisiones y transformaciones, puede afirmarse que esta teorización freudiana ha supuesto, seguramente sin proponérselo, un importante desvío o distracción en el pensamiento moderno del sexo.

Tanto el inconsciente como la libido, ambos en nombre de la sin-razón, han abierto una brecha ajena a la racionalidad que si bien ha propuesto explicaciones atractivas y anecdóticas, ha separado el sexo de su dimensión razonable en la que reside la fuerza de su razón de ser.

### **C. La perspectiva de género**

La tercera teoría menor ha sido formulada en las últimas décadas del siglo XX sobre el postulado de una “doble noción de sexo/género”, “doble realidad del sexo y el género” o, de forma más habitual, “la perspectiva de género”, según la cual el género ha sido planteado como “el nivel cultural del sexo” que, a su vez, ha sido reducido a “su mera biología”.

El hallazgo de esta fórmula por parte de algunos grupos teóricos del feminismo de los años setenta permitió explicar a las mujeres separadamente del hecho de los sexos o, según la expresión que se ha hecho habitual, “con independencia del sexo”. Esta independencia del sexo es la que ha constituido la clave de su éxito social, al mismo tiempo que su gran fragilidad teórica situándose al margen de la episteme moderna y, sobre todo, de su paradigma. De ahí su carácter errático y de deriva teórica, por un lado, y su influencia política, por otra.

Las consecuencias de esta teoría menor tanto para la revisión de la historia, como para la educación de las mujeres han sido de gran envergadura, especialmente por haber podido liberarse del sexo, ese obstáculo opresor, identificado con biología o naturaleza y poder, sin él, viajar sólo en los vuelos de la sociedad y la cultura: los roles y los estereotipos.

Si los logros sociales y políticos de esta perspectiva han sido grandes, queda aún por resolver el impasse o calle sin salida al que conduce dejando de lado la episteme y el paradigma de los sujetos sexuados, así como la explicación de sus problemas en los diversos órdenes.

¿Pueden las mujeres explicarse sin referencia a los hombres como éstos sin referencia a aquéllas? ¿Pueden entenderse los sexos sin la sexuación y sus implicaciones? La teoría del género resulta una teoría de poder —una teoría política— pero no una teoría de los sexos. La renuncia a la idea de los sexos y, tras ella a la idea moderna de sexo, sitúa a la perspectiva de género fuera de la misma epistemología de los sexos. Desde ahí pueden ser explicados los éxitos y los fracasos del feminismo de las últimas décadas que ha sido el más asiduo promotor de esta teoría menor.

Por otra parte, el fácil recurso que consiste en remitir las cuestiones relativas al sexo del lado de la biología o de la naturaleza y sus funciones para dar el gran interés a la perspectiva de género como una entidad estrictamente social y cultural, sitúa a esta teoría menor como un avatar o versión de la antigua teoría del *locus genitalis*, previa a las transformaciones modernas tras la formulación de la teoría de los sexos.

#### **4. Teorías menores y neutralización moderna**

La presencia y vigor de estas teorías menores y su aplicación a un gran número de situaciones han contribuido a mantener vivo, a su vez, el gran fondo heredado de la *Christianitas* y la moral tradicional a la que, a su vez, ha contribuido a reforzar.

Por otra parte, entre las tres teorías menores, al margen del paradigma moderno, se ha contribuido a crear un gran magma sobre el sexo constituido por cuestiones urgentes o apremiantes, tales como las enfermedades, la culpabilidad

y, finalmente, el delito. Se trata de la antigua imagen de la carne prohibida y maldita, de la fornicación y el vicio.

Haber llamado a todo esto sexo, sexualidad o sexual es una de las mayores vergüenzas teóricas con las que se ha contribuido a neutralizar y ralentizar la modernización sexual. Al llamar sexo a ese gran magma y al haber dado interés a ese contenido morboso y tabúico, incluso para oponerse a él o criticarlo, se le ha dado un valor de referencia que no tiene pero que ha ocupado el sitio que le pertenece a otra realidad.

Resulta curioso, aparte de importante, conocer en qué momento y cómo las teorías menores han convertido a la episteme de los sexos en genitalia y cómo el paradigma del sujeto sexuado ha sido devaluado y convertido, a su vez, en pizcas de sexo o, como algunos han escrito, en aspectos disgregados de lo que le ofrece su coherencia a partir de la multiplicación de esos aspectos desde los cuales cada teoría menor ha tratado de situarse llevando el agua revuelta a su propio molino.

Es igualmente de un gran interés ver cómo se ha llegado a llamar sexo a la antigua lujuria y como la expansión de estas teorías ha frenado el avance de una consideración moderna del sexo. Desde este punto de vista las teorías menores son reaccionarias.

## **5. Balance final de las teorías**

¿Cuáles han sido los principales logros de las teorías mayores en el proceso de modernización de los sexos? Si hubiera que resumir puede decirse que, transformando la teoría del *locus genitalis* e incorporando la teoría erótica, la teoría de los sexos ha supuesto un avance espectacular en la Época Moderna que ha permitido dos grandes innovaciones: por un lado, situar a las mujeres y los hombres por igual en el paradigma de los sujetos sexuados; y, por otro lado, ofrecer un contenido teórico del sexo como riqueza y valor. De este segundo punto nos ocuparemos en un próximo capítulo con más detenimiento (*Véase cap. XIII*).

Frente a estos avances, las teorías menores han representado un continuado intento de vuelta hacia atrás por diferentes medios pero, sobre todo,

identificando el sexo con la degeneración o la libido o excluyéndolo y relegándolo a su identificación con la *mera* biología para ser vaciado de contenido y reducido luego a la antigua obscenidad e inmoralidad, léase causa de delictividad.

Con la introducción de la terminología sexual en los Códigos penales de los distintos países de Occidente conteniendo ese gran magma caótico y preepistémico, tal como ha sucedido en los últimos años a propósito de los abusos y agresiones en sustitución de los anteriores terminologías y conceptos de deshonestidad e inmoralidad, puede decirse que las teorías menores han ganado una de sus mayores batallas a la modernización del sexo. O, dicho de otro modo, se ha producido una de las mayores regresiones hacia tiempos antiguos.

## **6. ¿Otras teorías?**

La influencia de la cultura de la *Christianitas* durante dos milenios, así como de las otras grandes religiones hace plantearse la pregunta sobre otras teorías. Es un hecho comúnmente aceptado que la *Chistianitas* ha adoptado, por un lado, la teoría del *locus genitalis* y, por otro, la teoría erótica y ha hecho de ambas sus propias formulaciones adaptadas a sus doctrinas. Parece claro, sin embargo que no ha ofrecido otras teorías sino acomodaciones de éstas que, a su vez, han servido de sustento a las teorías menores.

Por ejemplo, algunos autores han destacado los cruces de la teoría de la degeneración y la antigua teoría del *locus genitalis* con el dogma del pecado original cristiano, cambiada la connotación de pecado por la de enfermedad. La teoría de la libido, por su parte, ha sido presentada por algunos como una mitología que ha sustituido el dogma del pecado original por la noción de traumas originarios de la infancia y la conciencia de pecado por la de culpabilidad sirviéndose de otros héroes: los griegos en lugar de los bíblicos. La teoría de la doble realidad del sexo/género, a su vez, ha sido planteada por otros como una nueva versión del debate natura-cultura con las nociones de cuerpo y alma al fondo.

El despliegue y despegue iniciado con la Ilustración y su correspondiente referente a la racionalidad ha supuesto la fuerza teórica de esta vía que es la que aquí hemos tratado de plantear. Se trata de la razón de sexo. Y desde su lógica y razón éste ofrece un planteamiento razonable para la explicación y el entendimiento de los sexos.

Otros grandes sistemas de pensamiento derivados de las otras grandes religiones —y sus cosmovisiones—, como es el caso del budismo o hinduismo y sus distintas concepciones básicas del universo han ofrecido sus propias concepciones como es el caso de las grandes líneas reflejadas en los libros clásicos sobre el amor en Oriente de los que, por ceñirnos al ámbito de Occidente, no nos hemos planteado aquí. Los intercambios entre unas y otras culturas resultan ilustradores y siempre útiles. De ahí el interés de los debates.



## IV

### LOS CONCEPTOS

Los conceptos son los mediadores que nos permiten articular el pensamiento relativo a la idea de los sexos de una forma operativa entre la episteme, el paradigma y las teorías, por un lado, y entre las realidades individuales, tal como son vividas y pensadas, por otro.

No podemos pensar sin conceptos. Por eso son necesarios, incluso imprescindibles. Y por eso han sido articulados y puestos en circulación. Tampoco se puede pensar sin términos. Pensamos y, sobre todo, expresamos lo que pensamos, con el lenguaje articulado en palabras. O, en todo caso, como ha sugerido Chomsky, en el interior de una lengua y su gramática.

Con el rodar del tiempo estos conceptos se han mezclado con otros, se han solapado y, en ocasiones, tergiversado. También se han llenado de sobreentendidos e implícitos de forma que no podemos usar unos conceptos limpios o asépticos. Pero sí podemos precisar sus contornos principales; es decir, algunos rasgos de sus perfiles.

Es lo que se presenta a continuación con una selección o repertorio de seis conceptos —tal vez sería más exacto hablar de macro-conceptos debido a su magnitud— que son los que polarizan en torno a sí otras nociones derivadas de ellos. En este repertorio no se trata de ofrecer sus definiciones sino sólo algunos rasgos para su presentación. En los tres volúmenes de *La letra pequeña de los sexos* hemos ofrecido estos con más amplitud.

#### 1. La sexuación

El concepto de sexuación es, sin duda, el más importante por ser del que arrancan los siguientes. Sin el concepto de sexuación no podemos entender ni explicar la gran parte de los fenómenos que se suceden en la biografía de los sujetos como tales sujetos sexuados.

La sexuación es un proceso mediante el cual los sujetos se van articulando poco a poco a través de muchos elementos o factores de muy diverso orden hasta definirse en el marco del paradigma. Para resumir solemos hablar de sexuación biográfica. También para no entrar en el debate de “lo biológico” por un lado y “lo social” por otro. La biografía tiene la virtud de resumir ambos en el sujeto que los vive y transforma.

El proceso o fenómeno de la sexuación da cuenta, pues, de cómo los sujetos se sexúan a lo largo de este proceso, de cómo esta misma sexuación no es inamovible sino plástica y de cómo no es el resultado solitario de un factor sino del desarrollo interactivo de muchos.

El uso de la fórmula o expresión diferenciación sexual como sinónimo de sexuación ha ofrecido ventajas e inconvenientes. Vistas unas y otras, nos inclinamos por la de sexuación. Entre los inconvenientes está el uso del adjetivo sexual que se ha vuelto una especie de comodín para todo y que, a fuerza de ser tan extendido —multiuso—, ha perdido su significado preciso.

Entre las ventajas del término sexuación está la conexión con las raíces de un fenómeno procesual que, como tal proceso, ofrece datos que no ofrecen otros.

En las últimas décadas una serie de autores han tratado de evitar la complejidad de la sexuación recurriendo a la noción de sexos múltiples y han hablado de sexo biológico, psicológico, social, etc. Otros han hablado de una secuencia de sexos nombrándolos desde los elementos o rasgos más estudiados por sus disciplinas como es el caso del sexo cromosómico, el hormonal, el de asignación, el de crianza, etc. Pero las ventajas de esta segmentación no alcanzan los inconvenientes a la hora de trocear el sexo general en la conciencia de los sujetos.

Por ello, aceptando la complejidad, mantenemos la preferencia por el concepto de sexuación a lo largo del ciclo biográfico como columna vertebral. Renunciar a la complejidad es abandonar la riqueza de este concepto. Nos

quedamos, pues, con sexuación por ser éste el concepto que más y mejor da cuenta del proceso general con todos sus elementos.

## **2. La sexualidad**

Hubiera sido preferible haber aceptado el término *sexidad* por ser este concepto el que mejor da cuenta del resultado de la sexuación como conjunto y de sus efectos en los sujetos sexuados. Pero ya que se ha preferido el de sexualidad, desde su aparición en el primer tercio del siglo XIX, resulta útil no perder de vista el anterior porque es él el que mejor da cuenta de eso que indica la sexualidad.

Se trata del conjunto de vivencias propias de un sujeto sexuado y no de otro lo que constituye la propia sexualidad, es decir, lo más propio de ese sujeto sexuado y no de otro. Por otra parte, el uso o los usos han puesto sobre este término y concepto sentidos ajenos al mismo. En ocasiones no resulta fácil deshacerse de estos sentidos para centrarse en los que le corresponden.

Tanto el concepto de sexualidad como el de sexuación son innovaciones de la Época Moderna. Ninguno de los dos ha existido antes y ambos han nacido para dar cuenta de la nueva conceptualización de los fenómenos igualmente nuevos e inexistentes hasta entonces en términos científicos. Los dos dan cuenta de los procesos y vivencias de los nuevos sujetos sexuados. Y, al decir nuevos queremos indicar con todos sus presupuestos y consecuencias como tales sujetos sexuados: masculinos-femeninos, heteros-homos, así como, según veremos más adelante, con un gran número de peculiaridades.

La sexualidad es, pues, un concepto amplio pero no impreciso o difuso: no es un cajón de sastre. Dice relación a ese conjunto ordenado de rasgos y vivencias que definen y distinguen a un sujeto sexuado de otro sujeto sexuado.

En la actualidad se ha producido un fenómeno nuevo: el ascenso del uso del concepto de sexualidad se corresponde con el descenso de sus dos correlativos: masculinidad y feminidad, lo cual, a pesar de haber seguido caminos distintos, sitúa al concepto de sexualidad donde más le corresponde. De ahí el sentido en aumento de expresiones tales como sexualidad masculina

o sexualidad femenina, a condición de acentuar su contenido sexuado más allá de los genitales que no son sino un elemento más.

### **3. La erótica**

El concepto de erótica nos remite a la teoría de Eros y su formulación por Platón en la Época Clásica, también conocida como teoría erótica, y que ha tratado de explicar las atracciones de los sujetos, con sus sensaciones, emociones, afectos o sentimientos, a través de ese dios, tal como era habitual entonces, o de ese conjunto de deseos propios de los sexos y entre los sexos, tal como es definido en la Época Moderna.

Este paso de la poética de los dioses a la epistemología de los sujetos no es sino el efecto de la transformación operada desde la teoría de los sexos en la Época Moderna tal como corresponde a los proyectos de los mismos sujetos regidos por sí mismos.

Por otra parte, si el concepto de erótica resulta claro, no sucede lo mismo con su gestión, verdadero laberinto en el que cada cual trata de buscar su propio hilo de Ariadna para salir airoso en dichos proyectos. Finalmente, el halo poético que acompaña a este concepto a lo largo de los siglos puede ser de un gran interés por el atractivo que despierta siempre la intimidad y que, de hecho, ha envuelto siempre el sentido general de la misma erótica.

La expansión del concepto en la Época Moderna prefirió el término erotismo al de erótica. Se argumentó que, por un lado, erotismo tenía un contenido más cultural y, por otro, a pesar del exceso de su *ismo* resultaba más cercano, lo que, a su vez, reducía el pudor de su uso tanto en la vida general como en la misma intimidad cuando ese contenido es verbalizado y conceptualizado.

En todo caso, el concepto de erótica como conjunto de deseos y sensaciones, emociones y sentimientos que se dan entre sujetos sexuados, ha tenido la virtud de servir de mullida en ese salto dualista que ha consistido en situar a los sujetos desgarrados entre la sublimidad del amor y la grosería de los instintos. El mismo Platón habló de dos grandes clases de Eros —uránico o celeste uno, pandémico o terrestre otro— pero con una diferencia de nuestro extendido dualismo: que ambos, aunque en diferentes formas, son en esencia

el mismo Eros. Es el interior de los individuos el que tiene la virtud de reunir y explicar ese gran bullir de la sensibilidad sexuada en el mismo concepto de erótica. Y, aunque sólo fuera por esta virtud, merece la pena ser tomado como concepto referencial e interesante.

#### 4. La amatoria o *ars amandi*

El concepto de amatoria o *ars amandi*, vecino del de erótica y sin embargo distinto, es también de raíz clásica —en este caso latina como griega es el de erótica— y, desde entonces, ha tratado de dar cuenta de los maneras o formas de realización de los deseos entre los amantes en su acepción más general.

Se trata, pues, de las distintas formas de la amatoria: de su *modus operandi*. Pero previamente a éstas, lo más propio y específico del concepto se refiere a los modos de obrar de los amantes ya que de estos emanan esas formas que no son sino el conjunto de expresiones o conductas que, conviene no olvidar, son sexuadas puesto que corresponden a los sexos en sus momentos y estilos más privilegiados.

El desvío frecuente que ha consistido en entender el *ars amandi* como una serie de técnicas o trucos ha tenido un excesivo protagonismo por encima del mismo estilo al que alude su concepto. Se ha llegado a decir que contrariamente a Oriente, Occidente no ha tenido un *ars amandi* sino una tecnología compuesta por repertorios de trucos y posturas. No deja de ser una exageración. Por encima de anécdotas, el concepto de *ars amandi* sigue siendo un concepto tan atractivo como operativo tanto en la formulación que hizo Ovidio en el siglo I de nuestra era como en la de Masters y Johnson en la segunda parte del siglo XX, si bien para mantener la misma fórmula usaremos la expresión de un *nuevo ars amandi* al tratarse de estos últimos.

Un nuevo punto de interés es por qué hablar de *ars amandi* en lugar de conducta sexual, más extendido. Hay motivos de orden conceptual para esta elección. Entre otros, el nivel distinto de acción u objetivo. Si la expresión conducta sexual, introducida en los años cincuenta del siglo XX por algunos sectores, acomodó la fórmula clásica a una corriente de pensamiento para expresar la cópula y el apareamiento, la de *ars amandi* se refiere a unos contenidos más amplios, así como a unos objetivos y fines distintos: los sujetos se atraen por ser sexuados y se atraen con un fin, amarse y convivir. Puede ser

útil recordar el significado que los clásicos dieron al arte, entendiendo por tal, de forma llana, el buen hacer o el hacer bien lo que se hace.

## **5. La pareja**

El concepto de pareja, netamente moderno, es decir, nacido con la episteme y el paradigma de los sexos, tiene dos grandes lastres que impiden ver su innovación propia. Uno es la idea tradicional de matrimonio que ha pesado sobre él, en ocasiones como sinónimo. Otro es la también tradicional mitología del amor.

En cuanto al primero es importante advertir que el concepto de pareja procede del deseo que, a su vez, procede de la estructura sexuada de los sujetos. Es esta realidad la netamente nueva del concepto de pareja y poco tiene que ver con el concepto de matrimonio, aunque éste, mediante sus acomodaciones se ha beneficiado del de pareja, incluso aprovechado de él en su evolución y acomodación para su pervivencia; si bien el de pareja ha podido, por su parte, sacar su propio beneficio de aquél precisamente por esas acomodaciones. De ahí que muchas parejas se casen, es decir, se conviertan en matrimonio.

En cuanto al segundo punto, el del amor como sentimiento altruista, importa no asimilar el deseo erótico a la difundida idea del amor. Lo mismo que entre sujetos sexuados no existe el neutro puede decirse que entre estos no se da, de por sí, el altruismo sino el interés claro y definido, centrado en el otro sexuado a través de su atractivo. Uno desea a otro por su sexo y ésta es en esencia la pareja: una relación fundamentalmente sexuada.

Lo admirable de este fenómeno es que el otro, a su vez, desee al que le desea y que ambos coincidan en una interacción recíproca de sus deseos. Frente al enamoramiento y al amor al que se ha recurrido con tanta frecuencia para explicar estos fenómenos como un fruto del azar o de la magia del enamoramiento, lo más destacable del concepto de pareja es el de la seducción, resultado de la interacción de dos, es decir, de una complicidad. Eso es, de hecho, una pareja que, a partir de la atracción, crea y acumula vinculaciones que dar un sentido de complicidad a dicha relación.

A partir de ahí lo que suele pedir una pareja son estrategias y habilidades —facilitaciones— para que esa vinculación recíproca perdure y se desarrolle. El pudor que produce hablar de deseos e intereses ha podido explicar que se recurra tanto al criterio del enamoramiento y al altruismo del amor por tener éste una imagen que, contrariamente, no tienen ni los intereses ni los deseos sexuales. Pero cuando se dan problemas o crisis en esa frágil relación los hilos que la mantienen o refuerzan son del orden de esa seducción haciéndola sólida y duradera según los mutuos intereses.

La evolución de estos deseos es la que hace que lo que en un tiempo fue motivado por el interés erótico, en fases sucesivas —y a través de un sinnúmero de interacciones— se pueble de contenidos que harán de esa relación la unidad de referencia de tantas cosas en la vida de dos. En esta evolución algunas relaciones se rompen, otras permanecen. Al contrario de lo que se dice con frecuencia, la pareja comienza y se desarrolla por el sexo —es decir, por ser sujetos sexuales—, y el resto viene después.

En los doscientos últimos años, coincidiendo con la expansión del paradigma de los sujetos sexuales, el concepto de pareja ha subido de una forma espectacular en la estima general. El último empujón dado por la demanda de reconocimiento de las parejas de hecho puede ser un indicador de este deseo a todos los niveles. Todos quieren vivir en pareja. El paradigma de los sujetos sexuales puede explicar este fenómeno, así como proporcionar formas de intervención y asesoramiento en algunos problemas que se dan en él.

## 6. La procreación

El sexto y último concepto, dentro de los grandes —o macroconceptos— señalados, es el de procreación y corresponde originariamente, como vimos, a la teoría del *locus genitalis* reformulada tras la teoría de los sexos.

Dejado de lado, en ocasiones, o desconsiderado bajo el peso de las obligaciones y tergiversaciones, nada impide ver que este concepto sea el que más y mejor dé cuenta de una serie de deseos y proyectos que dicen relación a la creación de los sujetos por sí mismos: a la continuidad y su futuro.

Si el concepto de reproducción ha resultado general para todas las especies, el de procreación, por connotar expresamente la creatividad como actitud subjetiva, resulta el más acomodado para la condición humana. Frente a los significados de la reproducción, el concepto de procreación da cuenta y permite expresar una serie de factores propios en los que intervienen las decisiones de los sujetos tales como la concepción, la aconcepción y la anticoncepción.

Si la noción de reproducción se ha generalizado bajo la teoría del *locus genitalis*, el concepto de procreación ha nacido y crecido con la teoría de los sexos. De ahí la posibilidad de desear crear o producir un hijo, dos, etc., según los planes, las posibilidades y los límites. De ahí también la posibilidad de gestionar esos planes y deseos, así como las formas de vivirlos en el desarrollo general usando medios y recursos para ello, sean conceptivos, aconceptivos o anticonceptivos.

En la condición humana no es necesario recurrir a la noción de instinto. Se tiene la de deseo, por otra parte sexuado, según explica la teoría de los sexos. Los sujetos humanos no se reproducen como las otras especies: procrean. La procreación es un concepto que da cuenta de ese fenómeno propio de hombres y mujeres y no de machos y hembras. Esta distinción es importante y nos acompaña sin cesar hasta la reiteración.

## **7. Por qué estos seis conceptos**

No hace falta indicar que, si bien algunos de estos conceptos son precisos, otros, por sus usos, han acumulado una serie de equívocos que requieren precisiones. Sucede así con todos los conceptos y en todos los campos. Aclarar los conceptos y cuidarlos es uno de los trabajos más necesarios por parte de una disciplina científica.

La selección que hemos ofrecido puede dar cuenta de los principales. Y otros, junto a estos, resultan secundarios, incluso prescindibles; los hay, como es sabido, desechables por pertenecer a otros campos o disciplinas y no a ésta.

Esta labor es la que corresponde a la propia disciplina y a su rigor a través de sus debates y dentro de su marco teórico.

A su vez esta clarificación implica la episteme general, así como el paradigma de los sujetos sexuados y las distintas teorías. No es de extrañar que el uso abusivo, incluso caótico, del término sexo, así como de estos distintos conceptos de manera difusa e imprecisa, constituya en muchas ocasiones amalgamas de sentidos desbordantes de equivocidad.

De ahí la necesidad de precisar y clarificar los conceptos. Y de ahí también la necesidad de precisar los términos que los sirven de soporte puesto que no hay conceptos sin palabras. Es éste, insistimos, uno de los principales trabajos de la disciplina para poner una cierta claridad, siquiera sea para la búsqueda de ella desde el punto de vista conceptual.

## **8. Preconceptos y prejuicios**

El poco cuidado de los conceptos ha dado por resultado que abunden los preconceptos. Se llaman preconceptos a situaciones cognitivamente magmáticas que por su carácter precisamente desorganizado suelen ser mezclados con las emociones o sentimientos. Con frecuencia se ha hablado de prejuicios a propósito del sexo o con relación al sexo. Los prejuicios son juicios valorativos, generalmente, emocionales o, en todo caso, relacionados con el mundo de los preconceptos, y que surgen al exterior bajo formulaciones y motivos muy diversos.

La lucha contra los prejuicios ha sido un tema constante y recurrente en relación con el sexo. Pero, más allá de la lucha contra los prejuicios, se sitúa el interés por la clarificación de los mismos conceptos como articuladores de significados con los que podemos explicarnos y entendernos de forma razonable, tal como todo ser humano desea por el hecho de serlo.

Por otra parte, el detenimiento en estos prejuicios para el mantenimiento de los preconceptos ha sido un factor bloqueador de la evolución y precisión de los mismos conceptos mediante la escasa atención dedicada a ellos y la distracción de esa lucha contra los prejuicios.

## 9. La procedencia de los conceptos

De los seis conceptos que hemos destacado, dos de ellos proceden directa y expresamente de la moderna teoría de los sexos. Son el de *sexuación* y el de *sexualidad*. No es de extrañar que ambos sean posteriores al siglo XIX, como ya fue indicado, es decir, de la Época Moderna.

Los dos conceptos siguientes, *la erótica* y el *ars amandi*, provienen de la Época Clásica, a partir de la teoría de Eros, formulada por Platón y desarrollada por la cultura latina según la fórmula afortunada de Ovidio en la obra que lleva el título mismo de *ars amandi*.

El término y concepto de *pareja*, así como su realidad corresponden a la segunda mitad del siglo XIX y es una consecuencia de los conceptos anteriores. El concepto toma cuerpo a medida que los sujetos sexuados, como amantes, constituyen relaciones duraderas por propia decisión, fenómeno cada vez más socialmente visible y destacable durante los últimos dos siglos.

Finalmente, el concepto de *procreación* tiene su origen en la antigua teoría del *locus genitalis* reformulada y replanteada a la luz de la teoría erótica y, sobre todo, de la moderna teoría de los sexos desde la cual los sujetos humanos no se reproducen según las leyes de la naturaleza sino que procrean desde la planificación y organización de sus proyectos de vida.

## 10. El carácter técnico de los conceptos

Algunos de estos conceptos —o macroconceptos— expuestos, así como otros derivados de ellos, tienen un carácter técnico que los hace difíciles para el uso común. No haría falta señalar que, en principio, como sucede en cualquier área de conocimiento, estos no son ni tienen por qué ser de uso común o general, pero sirven para dar cuenta de un campo organizado desde su propia coherencia razonable.

Si los conceptos sirven para pensar y organizar la realidad y hacerla inteligible, éstos responden a ese criterio y trata de dar cuenta de los

acontecere que les suceden a los sujetos como tales sujetos sexuados desde su propia lógica.

Los conceptos no dan cuenta de lo que la realidad tiene que ser sino de una forma razonable de verla y plantearla tal como puede o podría ser. Y si es cierto que no se vive sólo de conceptos, también lo es que no se vive sólo de realidades. En este sentido, decíamos, los conceptos son mediadores y ofrecen negociaciones. Por eso pueden explicar las variedades.

Por otra parte, el hecho de la imposibilidad de vivir sin pensar resulta una invitación sugerente. Entre los que menosprecian los conceptos y los que los aprecian demasiado está la posibilidad de usarlos o de dejarlos de lado. En una u otra posibilidad estos están ahí para ayudarnos a hacernos una idea de lo que percibimos, vivimos y expresamos.



## **Anexo al capítulo IV**

### **LA CUESTIÓN DE LOS PLACERES**

#### **Concepto, gestión y calidad**

El uso masivo del adjetivo sexual para designar todo lo que dice relación al placer de los genitales es un ejemplo privilegiado de la asimilación del sexo con el placer, lo mismo que sucedió en otro tiempo con la reproducción. La misma expresión “placer sexual” es un caso emblemático de magma caótico de significado impreciso.

Por otra parte, el hecho de que, siguiendo la episteme y el paradigma de los sexos, el repertorio de los grandes conceptos, tal como han sido expuestos, no incluya, entre ellos, el de placer, plantea un interrogante precisamente sobre el lugar conceptual del mismo placer en la vida de los sexos.

#### **1. Los deseos y sus placeres**

A juzgar por los datos que se manejan en la gran divulgación, en ocasiones se tiene la impresión de que los sujetos, más que de sus deseos, están pendientes de las puntuaciones de frecuencia en las tablas estadísticas relativas al número de cópulas y de la cantidad de sus orgasmos por año, mes o semana, siguiendo el antiguo principio de la carga y descarga de la teoría del locusgenitalis, si bien, hoy, en su nueva versión de la eficiencia y la performance de lo normal y lo sano.

El riesgo de tener en cuenta sólo estos datos o de que sean los más usados es que se termine por confundir lo que sucede —lo que se desea— con lo que se debe hacer, marginando de esta forma los deseos y creando, en su lugar, otras preocupaciones prefabricadas: lo que se tiene que lograr para ser normales y no situarse fuera de la curva estadística de la normalidad.

Es la confusión de los deseos con las normas, sean éstas del orden que sean.

Es así como se ha ido creando el lenguaje de uso a través de las unidades de medida fijadas en referencia al número o cantidad de cópulas o, en su lugar, al resultado de sus descargas: “science is measurement”. Las expresiones

circulantes en la actualidad se deben a la expansión de las formulaciones de ese “measurement” y, de un modo especial, a la identificación de la noción de sexo con la de conducta copulatoria. La obra de Ford & Beach (*Conducta sexual*, Edit. Siglo XXI, 1956)—por otra parte de gran contenido técnico y científico— es un ejemplo de ello. El análisis de su léxico y sintaxis ofrece esta base: copulatory behaviour = sexual behaviour. Sus datos relativos a cerca de 200 especies, incluyen la humana como una más.

No es ya necesario recordar que los placeres de los sujetos de la condición humana no pertenecen a la misma escala ni son asimilables con ellos. Sin duda para remediar este error de conceptos producido por la identificación del sexo con el genital, la penetración, la cópula o el orgasmo, se ha extendido la costumbre de afirmar, cuando se trata de humanos, que el sexo no es sólo la penetración o el orgasmo. Pero todos sabemos que se trata de una declaración amable —una excusa—para mantener con más fuerza la base y el punto de partida.

Desde el paradigma de los sujetos sexuados el sitio conceptual de los placeres se sitúa a medio camino entre el concepto de erótica y el de amatoria o ars amandi. Entre uno y otro. No es reductible a ellos, pero tampoco ofrece un concepto nuevo y distinto. Digamos que es uno de sus elementos.

Lo que aquí estamos planteando no es del orden de esa coletilla que dice que no hay que reducir excesivamente el sexo a los genitales o que el sexo no es solo la penetración sino algo más. Se trata de otra medida y otra unidad de referencia. Esta unidad de referencia no son los placeres sino los deseos y el arte de compartirlos.

## **2. Troncalidad y periferia**

La experiencia de los tratamientos y la experimentación y observación de los casos en serie nos enseña que contrariamente a lo que se ha creído, la cópula no constituye un objeto de deseo. Lo que sí constituye deseos son las series de sensaciones, emociones, sentimientos de los sujetos que, por ser sexuados, hacen que tales sensaciones, emociones o sentimientos sean sexuados y por lo tanto formen tales deseos compa(r)tibles. La noción de atracción suele resumir estas series de elementos. De ahí el interés de detenerse en ellos y en su análisis desmenuzado. Por otra parte esas sensaciones y emociones y esos sentimientos

producen gusto y placer. Por lo que el merodeo o detenimiento, más que la prisa por los fines, suele ser una regla de oro de todo asesoramiento.

Desde la antigua teoría del locus genitalis se afirmó que el placer era un medio para poner en funcionamiento el dispositivo de la reproducción. Pero, descartada la reproducción—incluso descartado el placer como fin en sí mismo—esos medios son, pues, en sí mismos los fines que se viven y ponen en común. Es, como se recordará, el principio de la compa(r)tibilidad, la materia de la que están hechos los sexos: uno y otro.

La excesiva preocupación —la obsesión u obcecación—, por los placeres no sólo representa un fracaso con respecto a los deseos sino algo más grave. Sucede como en el caso del alumno en el examen que, obsesionado por las respuestas, termina olvidando la pregunta a la que se trata de responder. A fuerza de centrarse en los placeres, se termina por olvidar que lo esencial reside en los deseos. El concepto, pues, de referencia —y éste sí está en el repertorio de los macroconceptos expuestos—es la erótica y, con él, el ars amandi. Son estos los que ofrecen las claves de los placeres. Los deseos son troncales; los placeres, dependen de ellos. De ahí el interés de aquéllos por encima de estos.

### **3. La gestión**

Los principios rectores de estos materiales determinaron cómo gestionar esos medios en función de qué fines. La moral tradicional condenó prácticamente todo placer que no condujera a la cópula en el marco legitimado por las normas. Pero todos estos placeres, multiplicados por la fantasía y el imaginario, constituyen un repertorio inmenso para el disfrute. Su penalización, mediante la condena y la correspondiente culpabilización, intentó su supresión y su represión.

De esa forma de gestión procede la obsesividad que ha caracterizado gran parte del luego llamado placer sexual reduciéndolo al “acto sexual”, es decir la cópula, generalmente compulsiva por haber centrado en ella todo lo que ha sido conceptualizado como carga y descarga. Existe una forma de gestión muy diferente que es su disfrute. Como veremos más adelante, los deseos de los sujetos sexuados no son tan extraordinarios como algunas fantasiosas opiniones han hecho creer. Dentro de su variedad, la gran parte son modestos y comunes.

Y, por eso, razonables. también, por ello, realizables, sea en el ámbito de la fantasía, sea en el de la realidad.

Esta doble vía, sobre la que volveremos, ofrece una estrategia de gestión básica amplia, sin menoscabo de otras generadas por ella. Esta gestión da mejores resultados que la que se conoce como control, más cercana a la represión, por los motivos que sea.

Son bien conocidos los planteamientos desarrollados por los estoicos y epicúreos para esta gestión de los placeres, de todos los placeres, incluidos los de los sexos, de forma razonable y con medida. Mucho de lo que hoy es llamado obsesivo-compulsivo es el resultado de una carencia de formas de gestión de la erótica y el *ars amandi*, los dos conceptos referenciales en la cuestión de los placeres. El nuevo *ars amandi* del que más adelante hablaremos ofrece un desarrollo más elaborado

#### **4. Los placeres individuales**

Las estrategias o dispositivos de la fantasía y del imaginario han sido muy poco tenidos en cuenta, debido a la condena que han recibido por parte de la moral tradicional reinante que ha penalizado este campo entero como vicio solitario, sea a través de la calificación de malos pensamientos, deseos obscenos o fantasías impúdicas, etc.

Para liberarse de este sistema muchos recurren al aprendizaje de otras formas de gestión y estrategias no centradas en el acto sino en la vivencia de sus componentes. Es entonces cuando se ve que la obsesión terminal elimina recorridos.

La gestión de los placeres empieza por los propios o individuales. Pero también en este caso los estilos de educación han solido primar la prisa y el exceso —la desmesura— centrandolo los placeres en los genitales y más concretamente en la masturbación. El orgasmo individual o solitario del que hoy hablamos en términos técnicos constituyó un gran mito, por razón de contenidos hoy ya implantables.

Entre los más frecuentes, podemos citar el tabú mismo del placer y sus sentimientos de culpa o de mala conciencia. Entre otros, más anecdóticos, el

mismo pensamiento relativo a los genitales como instrumentos de generación, lo que también son. De hecho, su nombre fue el de órganos de la generación. Abandonadas hoy las ideas que llevaron a ese uso, otras han ocupado su sitio, convirtiéndolos en instrumentos de placer. Por ejemplo, mediante prótesis y ortopedias o complementos comerciales para intensificarlos y, en ocasiones, compulsivizarlos por el mercado, lo mismo que lo fueron problematizados por otras creencias o morales.

Queda, en el fondo, un planteamiento de estos placeres en los deseos; y de estos, a su vez, en los sujetos como sujetos sexuados. Sin duda una tarea nada simple de una educación sexual planteada a fondo.

## **5. Los placeres compartidos**

Los placeres más codiciados en la condición humana son, sin duda, los placeres compartidos. Y, dentro de estos, los de los sexos; no por ser más o especiales sino por ser los que responden a la condición sexuada de los seres humanos.

El carácter codiciado de estos placeres no consiste tanto en que uno dé placer al otro y el otro al uno; son los mismos sujetos los objetos de compa(r)tibilidad. Este es un punto de especial interés porque en el asesoramiento y tratamiento de algunos problemas preocupantes se puede percibir una reiterada deriva que consiste en convertir los deseos en obligaciones. Ello hace que, en ocasiones, se pueda pensar en la perversión de convertirse unos en obreros de otros para el cumplimiento de sus obligaciones.

En este sentido, las hoy llamadas relaciones sexuales necesitan un replanteamiento desde la erótica y el *ars amandi*. Este *ars amandi*, decíamos, es el arte de la puesta en común de los deseos y es claro que la sombra y el peso de la cópula —hoy orgasmo— ha convertido a muchas relaciones en medios para la meta de llegar a él. El *ars amandi* ha sido excesivamente contaminado por los bombardeos morales, ideológicos y comerciales. Y de ahí la necesidad de una recuperación de la gestión por los amantes fuera de tales bombardeos en su singular y propio *ars* o *modus operandi*.

Gestionar estos placeres ha sido uno de los cometidos de la teoría erótica, actualizada por la teoría de los sexos. Algunas obras se han convertido en

manuales de este nuevo ars amandi. Tal es el caso de *La fonction érotique* (vers. cast. *Enciclopedia de la función sexual*, Edit. A.T.E); o de *Eros: los mundos de la sexualidad*, de W. Masters, V.Johnson y R. Kolodny (Edit. Grijalbo).

Todos los autores insisten en el cultivo de las sensaciones, por ser estas, sin duda la materia prima de los deseos, las emociones y los sentimientos. Todos ellos insisten también en la importancia del recorrido del encuentro más que en la llegada al orgasmo; en el detenimiento, más que en la prisa. La prisa por llegar ocasiona la deserotización y sus posteriores efectos en el ars amandi.

## **6. Indicadores de calidad**

Las antiguas prohibiciones se han confundido con las actuales permisividades como una y otra cara de la misma unidad de medida normativa que ha contribuido a pervertir los indicadores de calidad en motores de cantidad. Estamos, de nuevo, en la confusión entre deseos y placeres.

Resaltarla cantidad y la intensidad de los placeres, por encima de los deseos a los que estos corresponden, no es un fenómeno nuevo en general pero sí lo es como preocupación con respecto a los placeres de los sexos hasta el punto de convertir sus relaciones en fuente de frustración permanente por no responder a las expectativas creadas.

Frente al paradigma de los sexos que ha supuesto el punto más importante de la modernización de sus identidades y, por lo tanto, de sus relaciones posibles, la mitologización del placer y la puesta de ésta en el lugar de aquél representa hoy una de las amenazas para la calidad de sus encuentros. Todos los manuales de asesoramiento y tratamiento de las dificultades comunes insisten en no confundir la cantidad de los orgasmos con la calidad de los deseos: la medida erotiza las relaciones; la prisa y el exceso desvirtúa los placeres. El placer no está en las exigencias de llegar sino en el deseo de ir.

Cuando se está de este lado de la mesa y se oyen las confidencias de miles y miles de sujetos o parejas, se tiene un material que no coincide con el de la mitologización del mercado. Muchos han criticado a los sexólogos el haber convertido el sexo en una obsesión por el placer. La vía que estos han planteado para no perderse entre los placeres es la exploración y conocimiento de los deseos. Los deseos, ya no hace falta ya insistir, de los sujetos sexuales.





## V

### LA DISCIPLINA

Se preguntan algunos cuál es el espacio académico y científico en el cual se estudia o piensa este objeto de conocimiento que es el sexo de forma organizada y sistemática. He aquí una respuesta: con la episteme, el paradigma, las teorías y conceptos, la disciplina de los sexos —la sexología— ha cumplido cien largos años de trabajo.

Los sexólogos de la primera y de la segunda generación, han construido el cuerpo teórico-práctico a través de sus obras y creado así el perfil de la disciplina. Ha sucedido en este campo como en otros, si bien éste no ha tenido, a juicio de algunos, el consenso para que lo sea, de hecho, como otros.

#### **1. El sexo entre las pizcas y la episteme**

Estas cuestiones son , por un lado teóricas y científicas. Y, por otro, tan prácticas como la vida misma. El perfil teórico, como el recinto, ayuda a situarse y, por lo tanto, a pensar y a conocer el campo. Traducido este debate a un lenguaje corriente, nos encontramos, por un lado, con una noción de sexo compuesta por un sinfín de pizcas —una pizca de anatomía, otra de psicología, otra de antropología, etc, etc. — y, por otro, con la idea troncal nacida de su episteme y el paradigma.

Algunos autores han hablado de la polivalencia del sexo en función del aspecto que se considere o del punto de vista desde el cual se mire. La reunión de todos esos puntos de vista daría, a su vez, una visión o consideración integral, perspectiva muy codiciada en la praxis de la educación sexual lo mismo que en el asesoramiento o terapia. Como sucede en cualquier ámbito de

la vida o del conocimiento, todos perseguimos lo integral sin querer dejar ningún aspecto fuera. Y todos admitimos que siempre hay alguno que, a pesar de todo, se queda, de hecho, fuera.

Este sinfín de pizcas y de salpicaduras ha creado verdaderas enciclopedias, a cuál más voluminosa, de “todo lo que tiene que ver con el sexo”, de “todo lo que se necesita saber sobre el sexo”, etc., en cuyo ámbito las pizcas no tienen nunca fin. La disciplina de los sexos, más modesta, confía en que todos estos aspectos serán estudiados y considerados por otras. Y ha descubierto y seguido su propia epistemología. Dejando, pues, las pizcas o pavesas de sexo, se ha centrado en lo que le es más propio.

De esta forma, sin miedo a perder aspectos secundarios, es consciente de centrarse en lo esencial. La ventaja de la disciplina es que, desde ella, esos mismos aspectos secundarios pueden encontrar explicaciones desde la vía troncal. Esta ha sido, pues, la opción de la disciplina a través de sus principales sexólogos que la han nutrido y consolidado. ¿Quiénes han sido estos?

## 2. Sexólogos de la primera generación

### A. Havelock Ellis

El primero en el tiempo ha sido Havelock Ellis. Nacido en Croydon, junto a Londres, en 1859, Ellis fue el primero que, por su cuenta y riesgo, decidió dedicar su vida al estudio del sexo o, tal vez, más exactamente a los sexos. Tras estudiar medicina —“por no haber otra cosa más cercana”—, resulta significativo que nunca ejerció su carrera, hecha sólo para su objetivo: “estudiar y contribuir a desentrañar este campo como objeto de conocimiento”, tal como escribe en su *Autobiografía* aparecida en 1939, el año de su muerte.

Su obra magna o *Summa sexológica* —los *Sex Studies*— ocupa la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX y, si bien aparece en volúmenes sueltos, la edición como obra completa reaparece en ediciones distintas hasta su muerte.

Se ha resaltado con frecuencia la lucha de Havelock Ellis contra la moral victoriana a través de la exposición de sus ideas, pero muy poco el interés de

estas mismas ideas en donde estructura sus principales aportaciones. En este sentido, como concluye Paul Robinson en el análisis comparativo de *La modernización del sexo*, Ellis es el primer sexólogo verdaderamente moderno, es decir, preocupado por la modernización de los sexos. De él proceden las bases terminológicas y conceptuales de la disciplina, a pesar de que una gran parte de ellas fueran desviadas por Freud hacia el Psicoanálisis. Es el caso de las variedades, los rasgos o caracteres sexuales primarios, secundarios y, sobre todo, terciarios, así como el simbolismo erótico, las peculiaridades, los primeros planteamientos del nuevo *ars amandi*, etc.

### **B. Magnus Hirschfeld**

Nacido en 1860, filósofo y médico de carrera, reside en Berlín en donde organiza la edición del primer *Anuario de los estados intersexuales* (de 1899 a 1935, fecha de su muerte), así como más adelante la primera *Revista de Sexología* (1908).

Junto a los escritos aparecidos en estos foros, Hirschfeld contribuye con una serie de aportaciones relativas a algunos perfiles conceptuales de forma sustancial. Es el caso de la intersexualidad y el continuo de los sexos y, dentro de los cuales, se sitúan otros como son los primeros perfiles de sus modos, matices y peculiaridades.

Su participación en la lucha por los derechos humanos —y en especial de las minorías eróticas— le hará llevar la razón de sexo hasta los últimos límites posibles en el primer tercio del siglo XX tanto en los conceptos como en la acción. De ahí sus dos grandes creaciones: por un lado el *Instituto de Sexología*, verdadero foco de interés durante esos años y, por otro, la *Liga Mundial de Reforma Sexual* de la que nos ocuparemos más adelante (Véase el capítulo XIII). Ambas organizaciones polarizan la producción sexológica de Hirschfeld.

### **C. El grupo de Berlín**

---

La obra aglutinadora de Hirschfeld permitió crear un grupo fuerte y nutrido de sexólogos conocido como el grupo de Berlín, entre los que sobresalió de un modo especial Iván Bloch, co-editor con Max Marcuse de Colecciones de Monografías y él mismo como autor de las suyas propias, entre las que destacaron *La Etiología de la psicopathia sexualis* (1903), la más abierta crítica a la concepción patológica reinante o *La vida sexual contemporánea* (1906), el esbozo más significativo de un proyecto de futuro, así como otras, bajo el pseudónimo de Eugene Dühren, como *La vida sexual en Inglaterra* (1902) o la serie de recuperación de clásicos del erotismo, entre los que *La vida y obra del Marqués de Sade* (1904) constituyó el inicio de un nuevo análisis y revisión sobre éste y otros autores considerados malditos.

En este clima de producción, una de las obras más representativas de este grupo fue el *Diccionario de Sexología* de 1926 compuesto por un nutrido grupo que permitió precisiones conceptuales sobre los principales planteamientos de los sexólogos entre ellos mismos y con relación a los otros campos vecinos, en especial el de la Psiquiatría o el Psicoanálisis.

De esta forma, Londres y Berlín constituyeron los dos ejes geográficos de la Sexología europea en ese primer tercio del siglo XX, a los que luego se anexiona Viena con toda su polémica debido a la obra y estela de Freud y Reich. La riqueza de la producción teórica en torno a la Sexología o, en ocasiones, a la Reforma sexual forman las bases imprescindibles de lo que habría de durar en vigor hasta el corte de la II Guerra Mundial y servir de base a los sexólogos de la segunda generación.

#### **D. El grupo de Madrid**

Algunos españoles como Marañón, Saldaña, Juarros, Martí-Ibáñez o Hildegart, atentos tanto a la obra de Ellis como de Hirschfeld, constituyeron en esos mismos años un significativo conjunto de la incipiente sexología en España con la que, a imitación del grupo de Berlín se empezó a hablar del grupo de Madrid. Resultado de este impulso fue la producción de obras en el marco de la pujante Sexología en esos años, por un lado, y, por otro, del movimiento formado en torno a la sección española de la *Liga Mundial de Reforma sexual*, iniciada en los años veinte y treinta.

Entre las primeras cabe destacar las obras de Marañón y, en especial, *Tres ensayos sobre la vida sexual* de 1926 y *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales* de 1930. De especial interés, a pesar de su brevedad, resulta su sustanciosa *Revisión del concepto de evolución de la sexualidad humana* de 1937. Más allá de las polémicas en torno a la moral y, dentro de los debates científicos, uno de los conceptos más explorados por Marañón, en la línea de los sexólogos de la primera generación, fue el de biografía sexuada que, como médico e historiador —biógrafo, como él gustaba autotitularse— de vidas extraordinarias y ordinarias, todas ellas atravesadas por su sexo.

Entre las acciones centradas en la sección española de la Liga mundial cabe destacar, a su vez, los *Ensayos de Sexología* (1929) del Profesor Saldaña, así como las obras de Hildegart y sus escritos en la revista *Sexualidad* y, sobre todo, en *Sexus*, órgano de la misma sección de la cual la joven autora era secretaria general. Reflejando este movimiento, la revista *Estudios* titulaba en su número de Abril de 1932 “La marcha triunfal del sexo”.

Una mención especial merece la celebración de las “Macro-jornadas de Madrid” con una repercusión general inusitada bajo la inauguración del Presidente del Gobierno y la clausura del Ministro de Educación. La publicación de los dos volúmenes de las ponencias (Ediciones Morata, 1934) da cuenta de ello.

De esta forma el Grupo de Madrid constituyó un núcleo avanzado tanto en el debate de la disciplina como en las acciones de la Reforma sexual que, si bien sería cortado por la guerra, dejó una obra digna de atención. De ella nos hemos ocupado en otro lugar (Véase, E. Amezúa, *Los hijos de Don Santiago: paseo por el casco viejo de la sexología española*, 1993)

### **3. Sexólogos de la segunda generación**

#### **A. Alfred Kinsey**

La segunda generación de sexólogos está compuesta por una serie de nombres que tienen en común el hecho de ser el relevo norteamericano tras la II Guerra Mundial. El primero en cronología es Kinsey, fundador del Instituto que lleva su nombre en la Universidad de Indiana (USA). Kinsey procedía de la zoología y en ella había hecho sus primeros estudios con clasificaciones de insectos hasta que entró en la sexología en la que se ocupará hasta su muerte en 1956.

Kinsey ha sido llamado “el Cristóbal Colón del sexo en la época moderna” especialmente por sus *Informes* (vers. cast. Edit. Siglo XX). El relativo al comportamiento sexual masculino de 1947 y, a su vez, el equivalente femenino aparecido en 1953. Precisamente por la enorme dosis de datos acumulados en dichos informes, se ha hecho habitual hablar no sólo de sus tablas estadísticas sino de su letra pequeña en la que se contienen las principales ideas y sugerencias al socaire de los datos.

En efecto, los datos estadísticos hicieron célebre a Kinsey por su carácter provocador y chocante al poner de manifiesto una serie de conductas y deseos a los que se estaba poco habituado. Y es explicable que estos causaran un gran impacto tanto en el mundo científico como en el divulgativo. Pero el aspecto más interesante de Kinsey y su Instituto para la disciplina, más allá de las anécdotas de todo tipo, es el de haberse detenido en el análisis de estos datos y su significación para el conocimiento de los sujetos sexuados y sus consecuencias, lo que le hacía ser la continuación de la obra emprendida por la primera generación de sexólogos a través del mantenimiento y profundización en las principales cuestiones planteadas.

### **B. W. Masters y V. Johnson**

Por su parte, Williams Masters y Virginia Johnson han alcanzado las cotas de citación bibliométrica más altas en la comunidad científica a través de dos obras: *La respuesta sexual humana* de 1966 y de *La inadecuación sexual humana* de 1970. A ellas es preciso añadir *Homosexualidad en perspectiva* de

1979 (todas en la Edit. Intermédica) y una serie de *obras menores* en las que, por contraste, se ofrecen las ideas mayores de sus investigaciones anteriores.

Leídas, pues, estas obras en el contexto de la disciplina y en la línea de la primera generación de sexólogos, lo que en ellas se ofrece son, por un lado, las pruebas empíricas de las principales afirmaciones anteriores y, por otro lado, la oferta de asesoramiento con sus técnicas y estrategias relativas a las principales dificultades vividas por los sujetos en sus relaciones.

Pero su mayor transcendencia reside en la oferta de un nuevo *ars amandi* de los sujetos sexuados. En este sentido el orden teórico de Masters y Johnson representa la culminación del largo proceso de modernización de los sexos ya en sus nuevas identidades a través de sus relaciones.

### **C. Otros autores**

Algunos autores relevantes no han sido citados aquí por ceñirnos solamente a los más significativos. De ellos nos hemos ocupado en otros trabajos. Distinto es el caso de otros autores, considerados significativos y de primera línea, como por ejemplo Kraff-Ebing, Freud o Reich, contemporáneos de la primera generación de sexólogos que, citados en ocasiones en esta disciplina, pertenecen a otros campos sin menoscabo de que hayan sugerido en éste algunas ideas para el diálogo o debate con los otros.

Michel Foucault, por su parte, contemporáneo de la segunda generación de sexólogos, ya en la segunda mitad del siglo XX, resulta igualmente paradigmático de esta clase de aportaciones interdisciplinarias de una gran utilidad. Finalmente, otros autores como John Money podrían haber entrado por su gran producción y contribución al debate entre ésta y otras disciplinas vecinas, así como Mary Jane Sherfey, etc.

Lo mismo podría decirse de Helen S. Kaplan por lo que dice relación al campo clínico y sus modelos multidisciplinares de intervención. O, en otros, sobre la historiadora y filósofa Genevieve Fraisse que ha hecho contribuciones de un gran valor. Y así podríamos seguir con más nombres.

Pero conviene centrarse en la disciplina misma para no ir, de entrada, tras otras o sus debates entre ellas. Porque sin disciplina de referencia no hay campo de estudio elaborado. Y sin campo de estudio no hay rigor ni coherencia.

Desde muy pronto, los sexólogos de la primera generación distinguieron tres niveles: por un lado la *multidisciplinaridad* o conjunto de todas las disciplinas reflexionando o tratando distintos aspectos del sexo, o sea de los sexos. En segundo lugar la *interdisciplinaridad*, más cercana a nosotros. Ninguno de estos dos niveles eximen del campo o disciplina de los sexos. O sea, de la misma disciplina en diálogo con las otras. De ahí la tercera nota de la *disciplinaridad*.

Cada uno de estos pasos ha sido asumido por el siguiente. Hoy nos encontramos con un diálogo entre disciplinas en el que está incluida ésta. A cambio de esa disciplina se ha extendido una complicidad entre una serie de otras disciplinas para suplir a ésta y cubrir su presencia. Sin disciplina los problemas centrales del sexo —de su razón— se diluyen y difuminan entre otros. Y conviene afirmar estos con la propia densidad que ellos requieren en su episteme y paradigma con sus propias teorías y conceptos.

#### **4. Por qué esta selección**

Nombrar a unos y no a otros es siempre una elección difícil. Pero en este caso hemos nombrado a los más grandes e indiscutibles, ciñéndonos al hilo conductor de la episteme y el paradigma que nos guía. Por otra parte, se da en todos ellos una constante indicadora de dedicación en exclusiva y por entero a este campo. Este dato resulta de sumo interés, aunque sea poco resaltado. Tanto los grandes de la primera generación como los de la segunda, independientemente de su procedencia u origen, centraron en esta disciplina su dedicación.

Si insistimos en este rasgo es, entre otras razones, porque el mismo campo, visto desde otros, puede resultar atractivo para dar una vuelta por él de forma ocasional sin por ello entrar a fondo y permanecer dentro. Se cumple así el doble sentido de la disciplina: el del rigor especializado y el del trabajo o tesón disciplinar.

Uno y otro sentido son inseparables de lo que es el estudio riguroso del objeto de conocimiento, en este caso los sexos. Hay diversas disciplinas que forman áreas de conocimiento. Y todas ellas componen el conjunto de lo que se llama ciencia por ser éste el enfoque de rigor desde el cual los distintos objetos son abordados.

## **5. Las aportaciones**

Las instituciones académicas han sido durante mucho tiempo remisas para admitir a la Sexología en sus áreas de conocimiento y sus titulaciones. Poco a poco ha ido entrando y el retraso se ha ido paliando. Nada impide, sin embargo, reconocer este retraso y sus efectos en el panorama general que se percibe sobre el estudio del sexo.

La Sexología ha aportado su forma propia de sistematizar todas estas distintos aspectos o puntos de vista en un esquema de coherencia lógica desde su propia episteme y paradigma, así como desde sus conceptos y su perfil teórico. Unos la verán inútil, como sucede también con cualquier disciplina; otros la verán curiosa y hasta peregrina, original e ingeniosa...

También por ese mismo hecho suscita debates y estudios que, de otra forma, no tendrían lugar y se plantea preguntas que de otro modo no se formularían. Al ver su historia y su actualidad, la disciplina permite una perspectiva de conjunto, la evolución de sus planteamientos, la confirmación de unas hipótesis y el planteamiento de otras nuevas.

No se puede pedir a una disciplina más de lo que ésta, consciente de sus límites, puede ofrecer; pero lo que puede ofrecer es de utilidad en el conjunto del conocimiento. Y, por añadidura —como es en este caso— algunas líneas prácticas para la educación, el asesoramiento y tratamiento de los problemas.

## **6. La fecunda controversia**

Afirmar una disciplina y cuidarla equivale a crear nuevas aportaciones y debates. Y, por lo tanto, nueva riqueza. Es lógico que se produzcan recelos y desconfianzas, incluso rivalidades y rechazos. En todo caso, lo más importante,

tal como corresponde a las reglas de juego de la cortesía entre colegas, son los debates o, como alguien los ha definido, su fecunda controversia.

Esta fecunda controversia ha sido, en ocasiones, encendida, rayando en la lucha más que en la dialéctica y el interés por el conocimiento. La primera generación de sexólogos tuvo algunos puntos fuertes de discusión tales como los grandes temas de lo normal y lo anormal, la moral tradicional o la nueva ética de los sexos, los prejuicios vigentes y los datos del conocimiento, el poder de las ideas y el de las estrategias políticas, etc.

Por su parte la segunda generación ha tenido estos debates con escuelas y corrientes científicas y profesionales y con movimientos sociales, con la gran divulgación y las ideas antiguas o las nuevas. Esta serie de debates son los que constituyen la riqueza del patrimonio de las distintas disciplinas y sus aportaciones propias a la ciencia, a la sociedad y a la cultura general. De ahí el interés del cuerpo teórico de una disciplina y de su rigor.

## **7. Sobre preguntas y respuestas**

En todo caso las aportaciones mayores de una disciplina no residen en las respuestas siempre modestas como toda producción científica sino en las preguntas que se hace esta disciplina distinta de las otras. Lo más interesante de los sexólogos tanto de la primera como de la segunda generación ha sido pensar el sexo desde su campo propio de visión que es lo que ha generado transformaciones teóricas básicas.

Las respuestas de las otras disciplinas no son ni tienen por qué ser causadas por la razón de sexo. No interrogan al sexo ni se interrogan por el sexo sino a otros intereses y objetos de estudio. Los sexólogos, al tomar el sexo en serio, al considerarlo como objeto en sí de interés, han encontrado otras preguntas de interés, distintas a las de los otros estudiosos.

Si pasamos del interés teórico al del usuario resulta sorprendente el cúmulo de respuestas que se dan a las mismas preguntas sobre el sexo. Pero es igualmente cierto que la mayor parte de dichas preguntas no son sobre el sexo, aunque se las llame así. Son sobre la normalidad, sobre la permisividad moral, sobre la culpabilidad, etc. La práctica de la educación sexual y del asesoramiento nos enseña, por otra parte, que la regla más eficaz no es

responder a todas esas preguntas sino buscar la forma de que se planteen otras que, a su vez, ofrecen respuestas a éstas.

Se trata, pues, de otras preguntas de mayor interés porque ofrecen claves para no tener continuamente que depender de un sistema de preguntas y respuestas como una cadena sin fin. Y es bien sabido que si la ciencia avanza no es por sus respuestas sino por sus preguntas.



## **SEGUNDA PARTE**

### **PROPUESTAS**

Vistas las bases de la idea de los sexos a través de la episteme, el paradigma, las teorías, los conceptos y, finalmente, la disciplina que los cohesionan, en esta segunda parte se presenta el objeto de estudio y conocimiento.

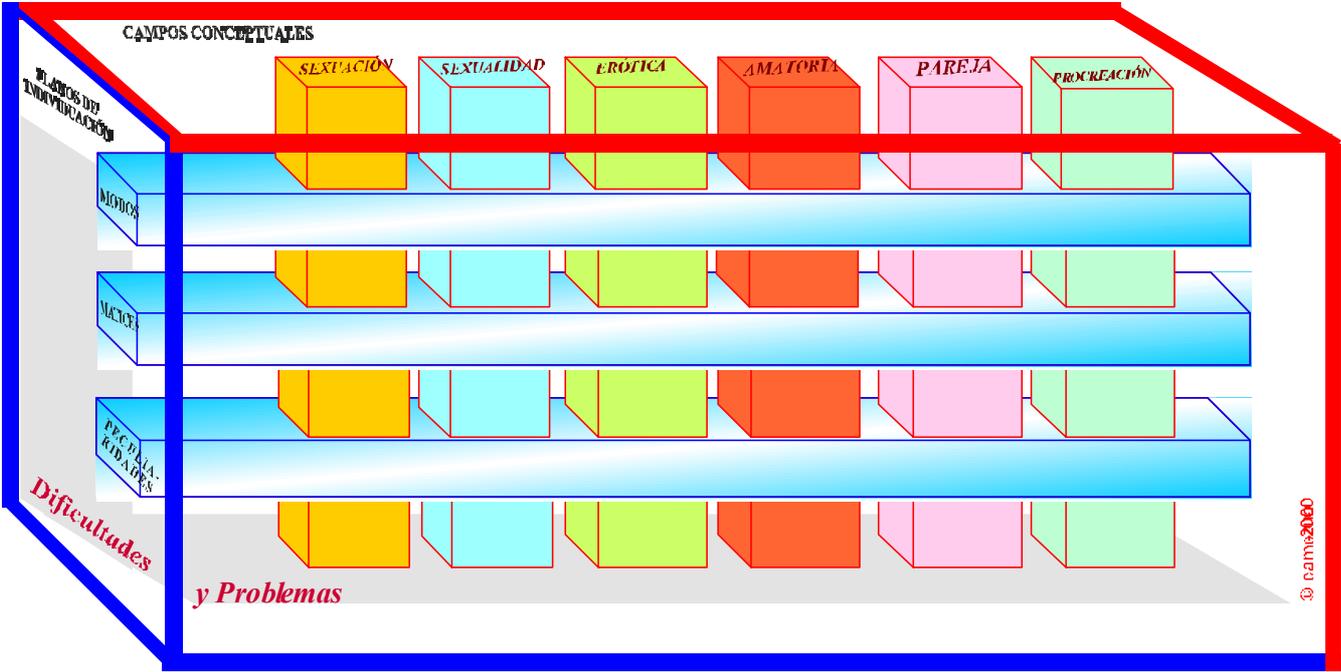
Se trata del Hecho Sexual Humano o, si se prefiere, de la Dimensión Sexual Humana y su mapa conceptual. Los mapas conceptuales se han hecho ya comunes en todos los campos para poder entenderse y circular en ellos. Su ventaja, en este caso, es la oferta de una articulación conjunta, formal y coherente.

El progresivo despliegue del mapa que aquí planteamos ofrece, de manera gradual, los distintos contenidos. Su complejidad es grande pero sucede así con todo mapa cuando nos adentramos por las distintas rutas de la orografía y, más allá del vistazo general, descubrimos los modos, matices y peculiaridades del terreno concreto. Es decir, su riqueza: sus variedades.

Por otra parte, las dificultades creadas por esta complejidad y estas variedades ha hecho con frecuencia centrarse más en sus miserias y ver menos las riquezas que el sexo puede ofrecer. El objetivo de esta segunda parte es presentar estas riquezas y acentuarlas más allá, o por encima, de las miserias a las que tanto hemos sido habituados.



# EL HECHO SEXUAL HUMANO



## VI

### LA DIMENSIÓN SEXUAL HUMANA

La sistematización de la idea de los sexos promovida desde su cuerpo teórico ha chocado con una fragmentación constante basada en la consideración dispersa de los distintos aspectos del sexo tal como ha sido promovida por las teorías menores. Los aspectos del sexo no son sino trozos o piezas sueltas —pizcas—, desgajadas de su episteme.

¿Puede plantearse un mapa teórico que facilite el acceso al conocimiento de la gran cantidad de elementos con los que contar a la hora de perfilar un estudio sistemático de la dimensión sexual humana? Éste es el objetivo del presente capítulo.

#### 1. La sistematización

Sucede como en un rompecabezas: las piezas pueden usarse por separado, pero la idea de los sexos ofrece su anclaje y por ello su intento o búsqueda de explicación sistemática.

La idea de los sexos ofrece un marco global. Por eso hablamos de mapa conceptual del HSH : el Hecho Sexual Humano o, más propiamente hablando, la dimensión sexual humana. Decimos el *hecho* porque entendemos que se trata de un hecho, el hecho sexual o de los sexos como fenómeno constatable y empírico, constante y universal; pero sobre todo histórico, puesto que, a partir de una época emerge a la conciencia desde el conocimiento y se hace ineludible. Es la clave del paradigma moderno de los sexos.

Junto a *hecho*, decimos *dimensión* para resaltar el carácter de esa cualidad propia de la condición humana, más allá de sus funciones. Recuérdese: no es lo mismo la función que la dimensión. A la primera hemos solido estar muy

acostumbrados, no así a la dimensión. La teoría del *locus genitalis* nos habituó a la función, la teoría de los sexos, ha innovado la dimensión.

Decimos *sexual* por ser relativo a los sexos, a uno y otro, a ambos, según su clave y episteme. Y, finalmente, decimos *humano* para referirnos a esta especie o, mejor dicho, a su condición humana que es y no puede no ser sino sexuada. El recurso a un mapa conceptual puede permitirnos precisar más y mejor este objeto de estudio y consideración.

## **2. El hecho y la dimensión**

Con frecuencia hemos usado la fórmula del hecho sexual humano para dar cuenta de este fenómeno por entender que se trata de un hecho, un hecho empírico, un datum de la naturaleza del que se derivan otros más. Pero, a medida que se han producido debates y, sobre todo, a medida que ese hecho se ha revelado más potente y más complejo —de mayor envergadura— como un hecho de la cultura humana, más que de la naturaleza dada, ese hecho básico ha ido tomando la denominación de esta otra noción, o sea, la de dimensión.

En efecto, debido al predominio de las ciencias exactas y naturales sobre las humanas y sociales la noción de función se ha hecho más presente que la de dimensión. Si aquélla remite a la especie humana, ésta otra dice más relación a la condición humana. Ambas no son opuestas sino complementarias. Pero sucede que el mayor uso de unos términos y el menor de otros crea, con el tiempo, algunos equívocos.

Si es cierto que la noción de hecho da cuenta de ambos sentidos es preferible dejar constancia de ello para no reducir éste sólo a su significado empírico sino también para incluir en él los contenidos vivibles y experienciales que, en ocasiones, suelen ser excluidos y calificados como “meramente subjetivos”, así como los conceptuales que son los que más nos ocupan aquí.

Ningún hecho humano es un datum escueto u objetivo, es decir, sin modulaciones y repercusiones en la vida general. Tampoco éste. El hecho sexual humano —es decir, el hecho de sexuarse— es esta clase de hechos complejos y de grandes consecuencias y, por lo tanto, no reductibles a una función o a una de ellas, como es el caso de la reproducción, en el sentido que es usado con frecuencia por las ciencias naturales. Para incluir esta otra clase

de significados que responden a otros contenidos más propios de las ciencias humanas y sociales, hablamos de forma indistinta de hecho sexual humano o hecho de los sexos y de su dimensión, es decir, la dimensión sexual humana.

### **3. Los campos conceptuales**

Este mapa general del hecho sexual humano o su dimensión ofrece, pues, por un lado, seis campos conceptuales (*Ver cuadro*), en horizontal, de Oeste a Este. Esos conceptos fueron ya descritos en un capítulo anterior.

Como se recordará, el concepto de *Sexuación* da cuenta del proceso y creación de las estructuras sexuadas de los sujetos, de todo sujeto, de cualquier sujeto; el de la *Sexualidad* que responde de las vivencias de esos mismos sujetos; el de la *Erótica* que, a su vez, da cuenta de sus deseos; asimismo, el de la *Amatoria* o *ars amandi* como su pragmática o, si se prefiere, sus conductas. Finalmente, el de *Pareja* como interacción o sinergia, o sea, relación que, en ocasiones, se traducirá en la *Procreación* de hijos o en otras formas. Hay parejas que adoptan. Las hay que crean otra clase de productos. El crear incluye hacer la vida y la historia, la cultura, los valores, etc.

Estos seis campos cubren la totalidad de los fenómenos que, dicho en términos de la metáfora que nos acompaña, configuran la orografía del territorio del hecho sexual humano. Todo lo que sucede a esos sujetos, y entre ellos, como tales sujetos sexuados, entra en alguno de esos seis conceptos. Por eso decimos que cubren la totalidad del Hecho de los Sexos.

En una obra anterior hemos descrito con detenimiento uno por uno, así como sus consecuencias en los sujetos como tales sujetos que 1) se estructuran como sujetos sexuados, se hacen sexuados; 2) se sienten y se viven como tales sujetos sexuados; y, por lo tanto 3) se desean; lo que lleva, finalmente, a 4) comportarse como tales. A ellos se ha añadido 5) el concepto de pareja en sus muy variadas formas; y, por último, 6) la procreación como campo de creación de nuevos sujetos.

#### 4. Observaciones

A cada uno de estos campos conceptuales corresponden, pues, por un lado las *estructuras* sexuales; por otro las *vivencias* sexuales o, tal vez mejor dicho, sexuales; por otro los *deseos* o el conjunto de la erótica; finalmente, los gestos y conductas de su amatoria: su *ars amandi*.

En dicho proyecto se inscribe el concepto de *pareja* por su valor de sinergia propia de los sexos y, dentro del mismo, pero no sólo, el de *procreación* como forma concreta de hacer hijos. Plantar un árbol, escribir un libro o tener un hijo son, según el saber popular, formas distintas de continuar, de contribuir a la historia. En definitiva, de crear, que es lo que, en el lenguaje corriente, se expresa como “realizarse”.

Contar con estos campos conceptuales en el mapa equivale a poderse mover en ellos. La omnimoda presencia del término sexo y de su adjetivo sexual ha llevado a dejar de lado estos grandes contenidos inherentes a su estructura epistémica. Y es importante insistir: para moverse en el territorio, estos conceptos nos permiten una primera aproximación, unas primeras rutas de exploración.

#### 5. Los planos de individuación

Por otro lado —y sin perder de vista esos campos conceptuales señalados— el mapa ofrece tres planos de individuación o, lo que es lo mismo, de progresiva singularización de los sujetos (*Véase, de nuevo, el cuadro*), en vertical, de Norte a Sur): el de los *Modos* masculino y femenino; el de los *Matices* heterosexual y homosexual; y el de las *Peculiaridades* que son, como se anota en el cuadro, una gran lista compuesta —por decirlo en términos comunes— lo que suele llamarse sadismo, masoquismo, exhibicionismo, fetichismo, etc. nombres que mantendremos, a pesar de la connotación sombría y, en ocasiones, horrorosa, que históricamente han llevado encima, especialmente desde las teorías menores.

Estos tres planos dan cuenta de cómo los sujetos —todos— siguen, de hecho esos modos; y, dentro de ellos, esos matices; y, a su vez, dentro de unos y otros, crean esas peculiaridades propias como tales sujetos concretos y diferenciados. Si hablamos de individuación estamos hablando de

diferenciación en todos sus intersticios y hasta sus últimas ramificaciones y consecuencias como tales sujetos sexuados. Es lo que ha sido llamado la cualidad porosa de la condición sexuada en los seres humanos: su gran plasticidad.

Aunque volveremos más detenidamente sobre estos tres planos en un capítulo siguiente, nos interesa ahora insistir en ellos dentro del mapa por su carácter transversal con relación a los campos conceptuales. En efecto, todos ellos pasan por éstos. Dicho de otra forma: podemos hablar de los modos, matices y peculiaridades de la sexuación, de la sexualidad, de la erótica, del *ars amandi*, de la pareja y de la procreación. Y ello explica la gran diversidad de los sujetos sexuados y sus consecuencias en las más variadas formas de *vu vivir*.

## **6. Las interacciones**

Estos distintos campos conceptuales señalados forman, pues, con los planos de individuación una compleja red —podemos hablar de trama— que da cuenta de su estrecha y constante interacción. Las combinaciones resultantes entre ambos a lo largo de la biografía de los sujetos ofrecen, a su vez, variedades y diversidades de esos modos, como de los matices y las peculiaridades de cada sujeto.

Por ejemplo, siguiendo una célebre sugerencia de Iván Bloch, para visitar el territorio de los sexos con este mapa en la mano, podemos observar que un sujeto masculino —o, mejor dicho, preferentemente masculino puesto que también posee rasgos del otro sexo— es, al mismo tiempo, heterosexual y homosexual. O, dicho con más exactitud, también preferentemente hetero o preferentemente homo; y, sobre estas bases, ofrece las peculiaridades propias que sus procesos biográficos le deparen tal como se da cuenta de ello a través de los campos conceptuales señalados.

Por otra parte, si hacemos el recorrido por esos campos conceptuales —en horizontal, recuérdese, o si se prefiere, por seguir la metáfora, de Este a Oeste— podemos observar que estos rasgos se dan siempre combinados con el proceso de sexuación cuyas estructuras se crean, con las vivencias de dichas estructuras, con los deseos a partir de ellas y, finalmente, de las conductas y el sinfín de sus interacciones...

## **7. El entramado**

Esto es lo que entendemos por complejidad: un verdadero entramado y que puede ser observado, analizado —al menos percibido— cuando en la intervención educativa o en ciertos ensayos experimentales, así como en el estudio detenido de ciertos casos que lo requieran, hasta llegar a las desmenuzaciones más nimias de sus aspectos o parcelas.

Como se recordará de un capítulo anterior, la primera generación de sexólogos elaboró un perfil del continuo de los sexos y sus estados intermedios —la intersexualidad—, según las nociones introducidas por Hirschfeld y la de los caracteres sexuales primarios, secundarios y terciarios, siguiendo la formulación de Havelock Ellis. La compa(r)tibilidad, decíamos también, era la nota más destacable de los sujetos sexuados. Ser sexuados es ser para la búsqueda y el encuentro con el otro. O sea, para convivir.

Ello permitió una primera aproximación que, sin recurrir a la noción de patología permitía hacerse una idea de las diversidades y sus consecuencias. Dicho de otro modo, sin convertir valores en anomalías. El entramado que aquí ofrecemos, teniendo en cuenta el anterior, permite algunas elaboraciones más para poder responder a mayores análisis. En todo caso, entendemos que aquél está incluido en éste.

## **8. Las rutas de estudio**

La complejidad de este entramado ha generado el recurso didáctico de las rutas para no perderse en él y así poder abordarlo y explorarlo por dosis progresivas. Se trata de rutas de estudio para delimitar y así poder recorrer el campo entero con un cierto orden metódico. Además de las rutas, y siguiendo la misma metáfora, están las pasarelas y altos en el camino, así como los altos temáticos o paradas monográficas en las distintas rutas.

En *El Libro de los sexos* hemos planteado este recurso con más detenimiento. Destacamos a continuación dos de estos altos temáticos o monográficos por su especial interés en el conjunto: son las variedades y dificultades comunes. Y ofrecemos a continuación unas breves pinceladas sin menoscabo de volver sobre ellos con más detenimiento en un siguiente capítulo.

## 9. Las variedades

Frente a la simplificación o el simplismo del modelo antiguo del *locus genitalis* o a la del placer en su versión reducida al mismo *locus*, esta complejidad, generada por la idea de los sexos, tiene la ventaja de ofrecer muchas posibilidades para explicar o comprender la gran variedad de lo que sucede a los sujetos por su condición sexuada sin necesidad de recurrir inmediatamente a lo que se conoce como aberraciones, anomalías o patologías.

Ciertamente los grandes titulares han divulgado más los problemas, en sus distintas denominaciones, que los valores y cualidades que se derivan del hecho de los sexos. Desde la investigación básica se insiste en la conveniencia de tener más presentes éstos que aquéllos. El estudio de las combinaciones de los distintos campos y planos ofrece una gran riqueza de fenómenos que desborda con creces el desmesurado protagonismo otorgado a lo que se ha llamado normalidad.

Importa no confundir el mapa con las rutas. Se dan muchas y muy diversas rutas sin salir del mismo mapa porque éste ofrece muchas variedades. Menos aún, confundir éstas o sus dificultades con una patología —léase delictividad— convertida, en ocasiones, en el mapa general.

## 10. Las dificultades comunes

Si miramos nuevamente el mapa conceptual de la figura nº 6 se observará una *Addenda* a esos tres planos de individuación que da cuenta de las *dificultades o problemas* en cada uno de dichos planos. Es importante ver este añadido como una nota relativa a los tres planos y no como un plano más. Se trata de unas anécdotas relativas a los tres planos y no de una categoría más.

Dicho de otra forma: no se dan ni dificultades ni problemas en sí, sino dificultades o problemas en los modos, los matices y las peculiaridades de los sujetos. Lo que, a efectos prácticos, equivale a que no se puede dar ni tanto interés como se dan a las dificultades y a los problemas sino como añadidos a los modos, los matices y las peculiaridades que constituyen los planos con los que estos sujetos se configuran e individualizan.

El protagonismo que los trastornos o patologías han adquirido —sin duda por efecto de las teorías menores y los restos y vestigios de la teoría del *locus genitalis* no replanteada— constituyen una excrescencia adosada a la idea que no corresponde con la idea moderna de los sexos. Frente al miedo a esta excrescencia exige una afirmación fuerte de la noción de dificultades comunes por encima de la de patología. Como tendremos ocasión de ver más adelante, se trata de extraer las consecuencias de la idea de los sexos, más allá y por encima de la antigua del *locus genitalis* y sus escombros.

El concepto moderno de sexo, tras la idea de los sexos es, pues, complejo. Pero es esta complejidad la que permite explicar la gran dosis de variedades y diversidades que ofrece, así como las posibilidades de intervención ante sus dificultades o, en su caso, ante sus problemas.

## VII

### LOS MODOS

Decir masculino o femenino es la forma más extendida de decir sujetos sexuados. Por cierto, ninguno de los dos adjetivos han sido significativos antes de la Época Moderna. Es sabido que lo más frecuente ha sido plantear funciones —naturales o sociales— y de ahí el protagonismo de denominaciones tales como macho o hembra, así como de sus estados sociales: casados, solteros, célibes, etc.

Esto no quiere decir que los términos no existieran sino que el gran momento de su ascensión ha tenido lugar a finales del siglo XIX y comienzos del XX, coincidiendo con el avance del paradigma de los sujetos sexuados. La obra en que fue planteado por primera vez es *Man and Woman* de Havelock Ellis, Londres, 1894. Los modos proceden de las identidades y sus dimensiones; no de sus funciones, sean éstas naturales o asignadas.

#### 1. Masculino y femenino

El masculino y el femenino, o a la inversa —tanto monta— constituyen los dos modos de ser de los sujetos sexuados. Por definición o por razón de sexo, son más de uno que de otro sexo —recuérdese la noción de intersexualidad— y, por ello, se identifican con uno y no con otro puesto que no puede nadie identificarse con los dos.

El hecho de que, dentro de los modos, se den muchas modalidades —léase modas, modelos o modales— explica que todas ellas no son sino modulaciones de los dos modos, lo que les hace, por ello, más y más referenciales.

Igualmente, el hecho de que en la actualidad se traten los modos como estereotipos es un espejismo que impide ver su consistencia. Se necesita buscar cómo se construyen éstos y no sólo quedarse en sus valoraciones especialmente negativas para, luego, tratar de suprimirlos como discriminatorios y dejar al sujeto plano y sin diversidades como un páramo o erial. Sabemos lo que no queremos pero importa buscar y explicar lo que deseamos. Y, tratándose de sujetos sexuados, los deseos son su valor máximo

## **2. Los dos modos**

Tal como vimos en un capítulo anterior, el género humano —la condición humana— se compone de dos sexos: de dos sujetos sexuados. Y son éstos los que forman el núcleo de los grandes interrogantes para sus identidades, relaciones y organizaciones.

No es ya necesario reiterar que el sujeto del que aquí se trata no es el sexo sino el sexo de los sujetos, o sea, los sujetos sexuados. Y de ahí el valor del masculino y el femenino que es como encontramos ese universal en el sujeto concreto. Los modos son, pues, consustanciales e inseparables de los sujetos sexuados. Y es en ellos en los que encontramos el sexo como concepto de referencia.

Se puede hablar del género humano, pero sólo podemos saber o afirmar cosas a través de sus modos sexuados. Estos no son, pues, fundamentalmente ni estereotipos ni roles —papeles o normas— independientes de los sujetos que se ponen o se quitan mediante lemas de cambios para hacer de todas personas o sujetos asexuados. Los modos, masculino y femenino, son constitutivos de los sujetos por serlo de sus identidades. Se hacen o se deshacen, lo mismo que los sujetos.

Si es cierto que nadie suele decir que es sexuado, sí lo es que se siente masculino o femenino. O, lo que es su sinónimo, hombre o mujer. Y si la cadena simbólica o de significaciones es grande, importa no olvidar la base que crea y sustenta sus entidades. Los modos de ser masculino o femenino pertenecen, como los derechos, a los sujetos, no a las colectividades. De ahí el interés de partir de éstos.

### **3. Sexuadamente**

Estos modos, como es bien sabido, no se construyen de golpe o por obra de unos productos extraños, nombrados con frecuencia biológicos, sino de forma biográfica, es decir, a través de un lento y tortuoso proceso de sexuación. Si recurrimos a la gramática y usamos el adverbio que corresponde a los sujetos que se hacen sexuados, éste es *sexuadamente*.

Este adverbio que ha solido pasar desapercibido u oculto tras otro que, a su vez, ha sido llevado a otras significaciones, es precisamente un adverbio de modo o, mejor dicho, propio de estos modos y por ello es posiblemente el que mejor puede dar cuenta de esta construcción gradual y progresiva, lenta y compleja. Nadie se hace sexuado de la noche a la mañana.

Es bien conocida la célebre expresión de Simone de Beauvoir, ya aludida, con la que abre el volumen II de *El segundo sexo*: “La mujer no nace mujer, se hace”. Y todos usan ya la expresión paralela que, a partir de ésta, se ha generalizado: tampoco el hombre nace hombre, se hace. Uno y otro sujeto no nacen, se hacen adverbialmente.

Frente a un uso desproporcionado del adverbio *sexualmente* para indicar acciones, este otro —*sexuadamente*— resulta imprescindible si se quiere no olvidar la compleja construcción de las estructuras sexuadas y sus identidades. Y, por añadidura, candidato a sustituir al otro por los efectos de las estructuras sobre las acciones. La expresión de Ortega “Yo soy yo y mis circunstancias” tiene aquí su aplicación. No hay yo sin circunstancias, ni a la inversa.

Decir sujeto sexuado, como ya quedó indicado, equivale a decir masculino o femenino puesto que son estos los modos de sexualarse, sentirse y expresarse como tales sujetos sexuados. Por eso equivale a un pleonasma. Pero, dado que éste, a fuerza de ser dicho, ha terminado por no contar, será necesario ese pleonasma y, además, el adverbio. Es, pues, imprescindible el uso de este adverbio si se quiere no perder la base de la construcción sexuada de los sujetos.

### **4. Una construcción compleja**

El escaso uso de los recursos gramaticales —y en concreto de este adverbio: *sexuadamente*— ha tratado de ser reemplazado por la insistencia de otros recursos, tales como la continua alusión a elementos sexuales de otros órdenes como es el caso de los cromosomas y sus genes o las hormonas y sus efectos, por citar algunos de los más socorridos. O los llamados traumas psíquicos cuando se trata de problemas que no encuentran explicación en aquéllos.

Pero un sujeto humano —e insistimos, humano— no es sólo obra de sus genes o sus hormonas, sino sobre todo, de sus sustantivos y adjetivos, sus verbos y sus adverbios, es decir, de la gramática y sintaxis con la que construye y desarrolla su modo de ser y estar en el mundo con los otros. No se trata, por tanto, de excluir unos u otros elementos, sino de darlos un orden de prioridad e importancia. La insistencia en unos elementos sobre otros hace que nos fijemos más en unos que en otros. O, por usar los términos del autor de *El gen egoísta*, el interés por los *genes* ha dejado en la incuria el sitio e interés de los *memes*.

Esta construcción de los modos de sexualarse, eminentemente gramatical y lingüística —o, si se prefiere cognitiva; en todo caso, la propia de la condición humana—, revela, a su vez el interés del mismo verbo *sexualarse* en un escenario de acción e interacción en el que los sujetos se masculinizan o feminizan, *sexualando*, a su vez, su entorno y relaciones, sus modos de ser con los modos de otros.

No es, pues, extraño concluir que una mujer se sitúe en el mundo y lo viva en femenino o un hombre lo viva en masculino. Pero esta conclusión final no puede impedir tener en cuenta que no es sino una conclusión: una formulación resumida de su compleja construcción.

## **5. Entre el orden genérico y el genético**

La afirmación de la primacía gramatical sobre otras puede parecer exagerada. Es importante recordar que se trata de identidades de hombres y mujeres no de funciones de machos y hembras; y que se trata de la condición humana, no de dotaciones de la naturaleza. La distinción de estos niveles ayuda

a comprender la posible formulación o exageración relativa a la idea de los sexos que nos acompaña.

En ella lo básico y fundamental es el orden simbólico y de significación, no dado por la naturaleza sino connotado por los mismos sujetos. La exageración, pues, puede que sea de un exceso de biologismo que no se ha resignado a perder un poder antiguo y que no le corresponde. Tras el paradigma moderno, se trata de un nuevo orden y de su resituación. (Esta discusión sobre la primacía del punto de vista trae consigo debates muy conocidos y en los que no es nuestra intención entrar por excesivamente notorios).

Por otra parte, al ser estos modos objetos de intrigas, amores y guerras, se ha tratado de hacer del status de esos dos modos un foco de intereses del que cada parte se lleva los suyos. Unos los consideran estáticos, inamovibles como datos de la naturaleza; otros como estereotipos, roles o papeles destinados a cambiar continuamente. De ahí las opciones y las consecuencias. Pero entre el orden genérico —de género— y el genético —de genes— se sitúa la idea de los sexos.

Desde la idea de los sexos y los sujetos sexuados, son éstos los objetos de interés. No se trata de ir contra los excesos del generismo ni del biologismo sino de la consideración de otro recurso explicativo que es la presencia de la biografía en la condición humana. Es esta biografía la que dota a la bios de ese plus que nos permite hablar de otras cualidades y, por lo tanto, de otros valores.

## **6. Sobre la moda genérica**

En este sentido y aunque sea de paso, puede afirmarse que la teoría menor conocida como perspectiva de género está fuera del paradigma de la sexuación de los sujetos y por eso crea contradicciones cognitivas, es decir a la hora de hacerse una idea de los sexos.

Como se recordará, los movimientos feministas —en especial los angloamericanos— de los años setenta introdujeron el término género para sustituir al de sexo por considerar a éste con excesivo peso biológico y escaso contenido social. En lugar de considerar el valor del sexo biográfico prefirieron huir de él, lo que trajo su equívoco teórico y, a partir de él, un sinfín de errores prácticos y estratégicos.

En todo caso ésta puede ser una muestra de cómo unas transposiciones lingüísticas, aparentemente nimias e insignificantes, pueden organizar un caos conceptual y, en consecuencia, estrategias prácticas de gran deriva en torno a las identidades y las relaciones de los sujetos por las ideas que se hacen de ellas.

Las confusiones se han extendido tanto por el lado de una supuesta individualidad genérica como por el de la igualdad sexual, ambas impensables y, por lo tanto, irrealizables. La primera, porque se trata de una identidad sexuada y ésta no es óbice, al contrario, para ir contra la desigualdad social. Y la segunda, porque la igualdad social puede plantearse con más eficacia desde identidades epistemológicamente sólidas más que desde estereotipos flotantes.

Por otra parte, tanto la individualidad sexuada de los sujetos como la sexuación de la sociedad son dos valores y no dos rémoras. Importará, pues, ser consciente de los valores nuevos para no menospreciarlos.

## 7. Sobre un tercer sexo y ningún sexo

Otras alternativas que se han planteado, si bien minoritarias, frente a los modos masculino y femenino y sus problemas, podrían ser llamadas, como ha sido el caso, fantasías: la primera es la idea de creación de sujetos que no son ni masculino ni femenino al que se lo ha llamado *andrógino*. La segunda es la alternativa de la supresión de los sexos, lo que se ha denominado con el término anglosajón *queer*. Una y otra vía tienen puntos en común: prescindir de los sexos como referencia o buscar vías fuera de las identidades y dentro de los roles.

La vía de la androginia fue planteada como un ideal de educación o formación de los roles en la década de los años setenta. Sandra Bem fue su propulsora desde la entonces recién creada perspectiva de género, distinta al clásico —y fantaseado— andrógino del que se habló desde la Época Clásica. La androginia —o ginandria— se presentó, pues, como un ideal feminista para compensar las grandes diferencias de los papeles masculinos y femeninos. Se plantearon igualmente estrategias y entrenamientos para llevar adelante esta noción de androginia desde la más tierna infancia.

El debate sobre la noción introducida a través del término *queer* ha resultado algo más minoritario y se ha planteado en el escenario de los

movimientos gay bajo un tinte eminentemente posmoderno. Judith Butler fue una de sus propulsoras con su tesis de la abolición de las identidades por razón de sexo, es decir de hacer tabla rasa de la condición sexuada. Y se trataba de la abolición de las identidades por razón de sexo, así como de toda referencia hetero u homo.

El término *queer*, elegido como banderín de esta corriente —subcorriente, a su vez, de la perspectiva de género—, quería decir raro y extraño; pero, sobre todo, neutro: ni una cosa ni otra. Y, al mismo tiempo ambas. Indefinido.

Frente a estos movimientos la afirmación del filosofema de los sexos, hecha por Fraisse pareció en su día una ingenuidad. El tiempo le ha dado la razón como la respuesta de solera ante la emergencia de derivas sin fin fuera del paradigma de los sexos.

## **8. Sobre algunos tópicos de uso**

En esta lenta y tortuosa construcción de los modos se han conjugado igualmente una serie de equívocos que han tenido repercusiones visibles. Son, por ejemplo, los relativos al machismo, como excrecencia del macho, o su paralelo simétrico, el hembrismo, como excrecencia de la hembra, en alza cuando la crítica al machismo ha arreciado y que permiten continuar con nuevas o renovadas batallas, brotes de la antigua guerra.

O, como ya vimos, mediante la confusión del par de la igualdad y la diferencia cuando sabemos que no es con la diferencia con la que se trata de casar el par de la igualdad sino el de la desigualdad y que esta desigualdad es de otro orden, no del de los sexos.

Tampoco podemos extrañarnos de que la construcción de la masculinidad y feminidad cree estos y otros equívocos. Se trata de valores que tocan de cerca a los sujetos y sus entretelas lo mismo que a la sociedad en la que viven. Por eso son objeto de debates, a veces encendidos, incluso apasionados. Sus consecuencias no son banales. Y por eso son tópicos, es decir, lugares comunes a los que recurrimos con frecuencia. En definitiva, todos tenemos algo que ver en ellos.

## **9. El debate del poder**

Al ser estos modos de la masculinidad y la feminidad objeto de intrigas e intereses varios, han tratado de plantearse desde un status o teoría del poder. Se ha hablado del poder masculino hasta socavarlo y, finalmente, suplantarlo por el femenino, tomando estos modos de ser como se tomaron las clases o grupos sociales en lucha por una hegemonía del uno sobre el otro.

El problema de fondo es a quién interesa prestarse a esos juegos de poder al estilo antiguo o si pueden verse desde otros parámetros que les son propios y, desde ellos, ser capaces de transformar esos mismos criterios antiguos de poder. En todo caso, marcar límites para el análisis permite ver algunos hilos de estos debates interpuestos.

La clave de poder es comprensible desde una consideración antigua del sexo, pero no coincide con la moderna episteme y el paradigma de los sujetos sexuados. Desde éstos, tanto la formulación como sus estrategias son otras. No es ya necesario recordar una vez más el por qué y el para qué de los sexos, si bien ahora en lo que concierne a sus modos concretos de ser y de sentirse, vivirse y expresarse, así como en la función que en dichos modos juegan los deseos de los sujetos. Se trata de un paso más allá de los respetos u obligaciones coactivas.

El discurso propio de los sexos no es el discurso del poder. El discurso de los sexos está en su propio planteamiento como sujetos sexuados. A partir de ahí la pregunta básica no es “aquí quién manda en quién” sino “quiénes somos tú y yo, qué buscamos en nuestra relación y cómo organizamos y gestionamos nuestra identidades y deseos”

## **10. El discurso de los sexos**

Si es incuestionable que ante los poderes públicos somos ciudadanos y nos regimos por las leyes generales, es importante constatar que nuestras relaciones sexuales se rigen por nosotros y nuestra privacidad e intimidad. En los últimos años el exceso de protección hacia un sexo ha dejado al otro desprotegido. Algunas leyes, basadas en esos criterios del poder, han casi traspasado, si no traspasado de hecho, algunos límites que requieren esos mismos criterios del

poder. Se trata de nuevos abusos del poder en nombre de un proteccionismo hacia las mujeres como en otro tiempo fue usado ese mismo poder para su exclusión. Son los excesos del poder.

Desde la teoría de los sexos se ha sugerido la necesidad de dispositivos de referencia distintos a los criterios del poder mediante los cuales este poder pueda ser contrarrestado evitando sus excesos. Está claro que habrá solapamientos entre tales dispositivos y los dispositivos del poder. Ninguno de estos dispositivos suprimen la complejidad de las relaciones, pero pueden contribuir a vivirlas más razonablemente y, por lo tanto, a no aumentar los principales conflictos que se dan en ellas cuando éstas son vistas desde criterios de poder.

Estos dispositivos recuerdan algunos similares a los usados para la organización de la convivencia política en el sistema democrático como es el caso de los tres seguidos desde Montesquieu y sus cauces para la dilucidación de los respectivos problemas sin perder su referencia básica común. Un planteamiento moderno de los sexos necesita nuevos recursos emanados de él. Recurrir directamente a los criterios de poder equivale a hacer caso omiso de este planteamiento: o sea, a anularlo y actuar como si no existiera. La modernización de los sexos tiene este reto abierto y a la espera de innovación.

Si la práctica del asesoramiento ha enriquecido su campo de intervención con muchos recursos, la gran divulgación sigue sin haber tomado en serio estos planteamientos y sigue recurriendo masivamente a los viejos recursos de la voluntad y el poder o de ambos juntos en lo que ha dado en llamarse, por usar la expresión de Foucault, “la voluntad de poder”.

Es bien sabido que la gran preocupación del autor de la *Historia de la sexualidad* ( Edit. Siglo XXI) no era el entendimiento de los sexos sino la proliferación de los discursos y sistemas de poder. Y lo que aquí nos ocupa no es el poder sino los sexos. Si ciertamente la separación de ambos discursos resulta difícil, bueno es, al menos, plantear por separado ambos discursos y llamar poder a lo que es poder y sexo a lo que es sexo.



## VIII

### LOS MATICES

Con excesiva frecuencia se ha confundido el plano de los modos —masculinos y femeninos— con el plano de los matices —hetero y homo—. Y, lo que es más grave, se han reducido los matices a las patologías. De esa forma, los matices han sido neutralizados y, en ocasiones, eliminados.

Todos conocemos el interés y la necesidad de contar con los matices cuando se trata de un campo complejo como es el de los sexos, así como el riesgo que supone trazar en él líneas rectas, excluyendo los rodeos y las curvas. Si los atajos tienen el riesgo de las derivas, en este caso éstas han sido modélicas.

#### 1. Hetero y homo

También con frecuencia se ha privilegiado a uno de los matices sobre el otro. Más que privilegiado, se ha optado por la hetero y se ha condenado la homo, recluyéndola al orden de la desviación y la patología. Esta alteración de planos ha llevado a una confusión de los conceptos sometidos a los mismos criterios de exclusión y tajancia normalizadora.

Se trata de cuestiones que tocan hondamente las identidades de los sujetos y sus imaginarios. También sus emociones y sentimientos. Por eso la sensibilidad moderna, atenta a la dignificación de los sujetos por el hecho de ser tales, recurre con frecuencia a la reivindicación de los derechos de todos. Pero sabemos que la base que sustenta los derechos es el hecho de la diversidad, en ese caso sexuada, por ser por razón de sexo. Lo que hace necesario no pasar por alto este capítulo de los matices.

Con frecuencia se tiende hoy a despachar la homosexualidad afirmando su normalidad social y luchando por ella como en otro tiempo fue calificada de desviación o enfermedad y, por ello, excluida del mapa general. El paradigma de los sujetos sexuados ofrece una explicación propia y no la de ser una excrescencia. Tanto la hetero como la homo son matices de los modos.

## **2. La clave *inter***

Si, en lugar de referirnos a campos conceptuales y planos de individuación, habláramos de gramática y sintaxis, podríamos decir que el prefijo que sustenta la base explicativa de la existencia y coexistencia de los dos matices en todo sujeto sexuado es producto de la *inter* y no de la *bi*.

Siguiendo el axioma de los sexólogos de la primera generación, a comienzos del siglo XX, los sujetos sexuados lo son en el continuo de los dos sexos. La noción de intersexualidad, como vimos también, explica este ser entre los dos sexos y con referencia a ellos. Pero los sujetos no son hetero u homo como son masculinos o femeninos. Se trata, insistimos, de no confundir los planos de los modos con los de los matices.

Se ha podido extender el espejismo de que todos somos bisexuales para indicar que todos somos de los dos sexos. Para explicar ese fenómeno contamos con el concepto de *intersexualidad* y no es necesario el de *bisexualidad*, entre otras razones porque aquél, y no éste, ofrece la riqueza de la interacción y no su simple adosamiento. Menos aún su mezcla difusa, léase, confusa o de “*totum revolutum*” por el que se concluye que todos somos todo y da igual una cosa que otra.

Este espejismo del “*totum revolutum*” ha podido servir como un recurso usado por los defensores de la homo para atacar a la hetero por invasora sin dejar sitio para aquélla ante la imposibilidad de otras vías esclarecedoras. Pero en el plano de los conceptos este recurso no resiste un análisis básico. En el edificio del HSH hay sitio para todos sin necesidad de exclusiones.

Lo útil, pues, es buscar el acomodo con el debate y el consenso en torno a los datos y sus conclusiones. Y lo que ofrecen los datos gira en torno a la noción de intersexualidad. En efecto, como se recordará, es esta noción la que,

junto con otras como el continuo de los sexos, los caracteres sexuales y la compa(r)tibilidad, constituyen un sujeto sexuado.

### 3. A un paso de la indefinición

Este recurso o paraguas del “totum revolutum”, que ha sido planteado como línea de exploración por algunos sectores de la cultura gay de corte postmoderno bajo la seducción de lo indefinido y difuso, se ha revelado cada vez más cerca del neutro, como negación de lo afirmado, que de la precisión sexuante. No hace falta recordar que estamos hablando de matices.

Durante la década de los años ochenta y noventa las incursiones en ese estilo conocido y nombrado como *queer* ha ofrecido ese producto exótico que una serie de autores —recuérdese a Judith Butler— han formulado como “tormenta del género” (*gender trouble*). Por usar el lenguaje postmoderno: a un paso de la nada existencial. O, usando otro, también de este sector, el sub-cero categorial.

El *queer* ha tenido, pues, poco que ver con la hetero y la homo. Y ha terminado por centrar el debate en el otro plano, tal como vimos en el capítulo anterior, al tratar de los modos masculino y femenino. De ahí la necesidad de aclarar y separar, también de acentuar, ambos planos para comprender no sólo la construcción del masculino y el femenino sino la hetero y la homo dentro de ellos.

Si es cierto que la tradición ha llenado ambos planos de grandes confusiones, en la actualidad tenemos ya materiales explícitos para su comprensión por separado. La identidad de los sujetos sexuados pertenece predominantemente a los modos, más que a los matices, que son sólo comprensibles en ese marco o plano.

No hay, pues, identidades homosexuales o heterosexuales, de entrada, y sin pasar por las masculinas o femeninas. Importa subrayar que acentuar la importancia de los modos no aminora el interés de los matices; al contrario, los esclarece y refuerza. Los matices son matices de los modos, como éstos son precisiones de las identidades que, a su vez, proceden de los sujetos sexuados.

#### **4. La cuestión epistemológica de la homosexualidad**

Por otra parte, en la conceptualización de estos dos matices no se trata tanto de respeto o dignidad, de derechos y deberes, cuanto, en primer lugar, de la epistemología de los sexos, es decir de cómo los sujetos sexuados, masculinos y femeninos, son, a su vez —y sin perjuicio de este plano— heteros y homos, en qué proporciones y cómo.

De lo que se trata es, pues, de la misma voluntad de entender o explicar estos matices. Ése es el gran punto de interés distinto al de la justificación para la cual algunos han recurrido a la historia y a las distintas culturas para buscar cómo en todas ellas se han dado y se dan estos matices. Otros, a su vez, han dado un repaso a todas las especies de la naturaleza y sus conductas.

Pero la suma de argumentos no altera la argumentación. Y aquí de lo que se trata es precisamente de otra argumentación. Si todo ello resulta ilustrador, el punto, insistimos, que más nos interesa aquí es el epistemológico. O, por decirlo, de forma más operativa, el de los conceptos y las teorías que tratan de explicar ambos matices, no sólo uno. Si la heterosexualidad no ha preocupado por haber sido bien vista y sin discusión, ello no obsta que resulta de un gran interés para el científico, aunque no lo sea para el clínico. Es, por otra parte, la clinicalización de estos fenómenos la que ha conducido la investigación y dejado de lado la pregunta central: cómo se hace un sujeto sexuado con sus distintas variedades.

Para responder a esta pregunta, que es distinta a las planteadas habitualmente sobre si tales o cuales variedades son o no son normales, necesitamos otra clase de datos. Por cierto, en las últimas décadas esos datos han empezado ya a surgir precisamente desde fuera de la clínica, lo que resulta enormemente aportador para lo que aquí nos ocupa.

La tolerancia se nutre del conocimiento. Y las actitudes necesitan conceptos.

#### **5. Conceptos y teorías**

Si, desde los conceptos, entramos en los contenidos, el concepto de erótica es el que más y mejor explica los matices: cómo se construyen los deseos de los sujetos y sus orientaciones: en unos, hacia el otro sexo; en otros hacia el mismo.

El concepto de erótica no está en contradicción con el de sexuación sino en combinación con él. Los sujetos se sexuan y esto de formas variadas. Los deseos se sexuan con la sexuación y por ello son portadores de muchas variedades. El resultado es un sujeto sexuado hetero u homo.

El concepto de sexuación da cuenta, por su parte, de la diferenciación y creación de diversidades sexuadas —por razón de sexo—, fin que —no hace falta insistir— ha sido confundido con excesiva frecuencia con el de la reproducción.

El moderno paradigma del sujeto sexuado plantea esta innovación radical, o sea, de raíz, y de modo muy distinto al viejo *locus genitalis* y su teoría del mismo nombre. Recuérdese que la teoría erótica planteó el encuentro de los sexos por encima de la reproducción y al margen de ella.

Los conceptos y teorías invitan a la sistematización y articulación que, frente a la fragmentación de los distintos aspectos por separado, ofrecen sus respectivos encajes. Sucede como en el caso de las muñecas rusas: unas encajan en otras y no se excluyen. Pero hace falta una paciente manera de hacer para que todas y cada una encuentren su lugar.

## **6. Lo que queda por hacer**

El gran peso de problemas —desde los trastornos orgánicos a los psicopatológicos— con los que la homo ha sido cargada no ha permitido fijar la atención en cómo sucede y se articula sin que tengamos que recurrir a los criterios diagnósticos de sus anomalías. La noción de normalidad ha sido engrosada, junto con la de vicio o enfermedad, para justificar la exclusión y afirmar una sola vía correcta, allí donde sabemos que hay más de una.

Ver la homosexualidad como el resultado de un foco de trastornos o ella misma como un trastorno ha significado un inmenso retraso científico y social que ha impedido comprenderla dedicando el esfuerzo a su tratamiento y dejando de lado sus contenidos y valores.

Ser un sujeto sexuado, con sus modos y matices, no es ser un sujeto enfermo cargado de unidades diagnósticas. En este caso como en otros. En la actualidad hasta los tratados más pesados se han visto obligados a alterar sus páginas sobre la homosexualidad. Esto forma ya parte del pasado. Por este gran fardo de la patología pueden ser explicadas las gran parte de las cada vez más espectaculares protestas organizadas de las últimas décadas. La pregunta ahora es si es posible, tras estos cambios, hablar más de criterios explicativos que de reivindicación y revuelta.

Esta es la pregunta con la que nos encontramos hoy y que las jóvenes generaciones están llamadas a responder. Una sociedad avanzada y plural necesita organizar sus bases conceptuales y sus conocimientos sin lo cual la tolerancia puede no ser sino un ligero barniz que se quita como se pone.

Es necesario, por otra parte, reconocer que, tras la retirada de la gran patología que ha dominado la homosexualidad, nos hemos encontrado con muy pocos datos construidos. La mayor mancha para la comunidad científica y profesional es que esa retirada ha necesitado tanto esfuerzo social. Y esto debería ser un punto de reflexión para que lo sucedido no se repita. Pero es necesario dar pasos nuevos, pasar página y abrir otra fase distinta.

## **7. Tras las celebraciones**

Durante las últimas décadas del siglo XX, desde aquel 1969 y los sucesos de Stonewall hasta aquí, los movimientos homosexuales han “salido del armario” y se han presentado en sociedad; se han dado una denominación nueva —gay—; han puesto de manifiesto una cultura y sociedad, un estilo de vida; han celebrado fiestas y han tomado barrios y zonas en las grandes urbes; han extendido sus mensajes propios...

La sociedad entera ha podido constatar no sólo su inocuidad sino que reclaman sus derechos civiles como otros reclaman los suyos. Piden respeto y dignidad lo mismo que ellos respetan a los otros. Quieren ser ellos como otros son ellos. Esta gran eclosión a la que hemos asistido puede ser el comienzo de una nueva fase.

Queda, pues, como una invitación, reconstruir el itinerario de estos matices y sus rodeos en la orografía del mapa general. Un trabajo para el que

cada vez contamos con más materiales pero que está ahí a la espera de ser articulado y cartografiado dentro del conjunto y no al margen de él. Ello evitará la creación de guetos y militancias, así como la instauración de nuevas formas de marginación que recuerdan de otro modo las anteriores.

De esta forma podrá ser aprovechada esta ocasión como una gran contribución de los matices a la cultura de los sexos.



## IX

### LAS PECULIARIDADES

Siguiendo los planos enunciados —y cada vez más individualizados—, éste de las peculiaridades da cuenta de una gran lista de variedades, fruto tanto de la sexuación como de la sexualidad, pero, sobre todo, de la erótica y el *ars amandi*; aunque, finalmente —por aludir a los seis grandes conceptos expuestos—, también de la pareja y la procreación.

La base epistemológica de las peculiaridades son, pues, como se recordará a propósito de los matices y los modos expuestos en anteriores capítulos, el producto de una combinación entre las ordenadas y las abscisas, tal como fue expuesto en el mapa conceptual.

#### 1. Singularidades

Suele admitirse que no hay dos sujetos sexuados iguales o idénticos. Pero sacar las consecuencias de esta afirmación nos lleva lejos. El choque de estas particularidades individuales con las generalidades ha contribuido a fomentar extrañezas. De ahí también las disonancias cognitivas que suelen producir. Y de ahí también los problemas concretos que suelen crear para su comprensión en la vida general de los sujetos.

Esta pormenorización que nos lleva a considerar a cada sujeto como tal sujeto —éste—, en lugar de verlo como una abstracción o uno más de una serie, es un procedimiento que requiere estudio y observación. Detenimiento, en suma. La singularidad de los sujetos es su máspreciado valor de afirmación y deseo. No se olvide que hablamos de sujetos sexuados.

Algunas de estas peculiaridades han sido históricamente negadas o, como vimos a propósito de los matices, asimiladas con anomalías y trastornos. Por

ello este capítulo resulta imprescindible para separarlas y poderlas contemplar por sí mismas. Por otra parte, frente a la frecuencia con la que se recurre al argumento de los prejuicios para explicar muchas de estas peculiaridades, mantenemos la tesis de la necesidad imprescindible de recursos epistemológicos por entender que sólo estos son capaces de acercarnos a la comprensión de tales realidades. De ahí que la noción misma de peculiaridad sea, ella misma, imprescindible.

## **2. Los deseos polimorfos**

Las peculiaridades han sido vistas tradicionalmente bajo la amenaza de los miedos. Pero sabemos que los miedos no son sino la otra cara de los deseos y su inmensa polimorfía. Eros, en definitiva. Los deseos de los sujetos sexuados, lo mismo que sus estructuras, son enormemente lábiles y sutiles. Por eso son muy variados. Y también frágiles; es decir, muy vulnerables.

No es de extrañar que algunos resulten temerarios y productores de miedos. Pero su conocimiento es el único sistema capaz de aminorar su magnitud. En ocasiones los miedos se plantean como preguntas que, al no encontrar respuestas satisfactorias, se acumulan formando temores mayores. Su acumulación hace aumentar éstos en un imaginario ya tradicional cantera de más miedos.

Por ejemplo, el deseo de sentir placer unido al sufrimiento o en connivencia con él. O de causar sufrimiento, léase sumisión al otro. O de crear situaciones chocantes y fuera de lo acostumbrado para escandalizar y sorprender —asustar y amedrentar—, o simplemente sorprender con el deseo de probar conductas tabúicamente consideradas prohibidas.

Todas estas formas, y muchas más, no son sino formas variadas de los deseos sexuados, incluyendo en ellos sus inseparables acompañantes: las sensaciones o emociones, así como los afectos o sentimientos. Eros es sorprendente. Y libre. A veces, caótico y, en ocasiones, no sometible a órdenes. Pero sabemos que no es tan imprevisible como se suele temer, especialmente porque los deseos de los que se trata son comunes y conocidos; y, en la mayor parte de los casos, explicables, o sea, razonables.

### **3. Los dos mundos**

Frente a la idea de que los deseos son insondables, planteamos la otra: que la mayor parte de los deseos son comunes y comprensibles por todos. La idea de la abundancia de deseos inconfesables e ignotos se ha estrechado cada vez más a medida que ha avanzado su conocimiento. Otra cosa distinta es su gestión y realización. Pero contamos también con un recurso habitualmente conocido y usado: por un lado, los deseos razonables son realizados en lo posible y, por otro, los no realizables —por las razones que sea— son almacenados en el imaginario y, en su caso, realizables en la fantasía.

Unos y otros pertenecen a los mismos sujetos. Son sus productos. Y, por ello, pueden ser gestionados por ellos. Todos los sujetos están dotados de esos dos mundos y se trata de administrarlos y no confundirlos, pero también de no rechazarlos ni temerlos en nombre de los miedos.

La creación de miedos y su fomento ha sido una estrategia conocida para la evitación de esos deseos o de su realización tanto en la fantasía como en la realidad. Frente a esta estrategia, otra es más viable: ver las combinaciones posibles. Cuando hablamos del carácter razonable de los deseos queremos aludir a su lógica y razón. Se ha extendido demasiado la identificación de los deseos con la irracionalidad. Por eso es importante acentuar su carácter razonable.

### **4. La lista de peculiaridades**

Algunos nombres de estos deseos figuran en una lista especial por sus contribuciones a este capítulo de las peculiaridades. Se podría decir que se trata de una lista de honor porque es un honor haber contribuido al avance de su conocimiento, si bien un sector ha preferido situarlos en el capítulo de las perversiones y abominaciones, lease de las depravaciones morales o patologías psiquiátricas.

Algunos de estos nombres están en boca de todos, aunque no siempre para bien. Sade, por ejemplo. O Sacher-Masoch. Son nombres, por otra parte asociados con dos de esas peculiaridades —sadismo y masoquismo—, ofreciendo una gran cantidad de materiales para su conocimiento. Ambos

fueron escritores y, como tales, expusieron sus fantasías para tematizar sus respectivos deseos peculiares. En ocasiones realizaron algunas, aunque fueron las menos. Y de ahí sus complicaciones, si bien dieron pie a toda clase de elaboraciones fantasiosas, a su vez.

Otros son menos célebres por este motivo pero también asociados a estas peculiaridades. Puede pensarse en Lewis Carrol, más conocido como el autor de *Alicia en el país de las maravillas*, o Vladimir Nabokob, el autor de su célebre *Lolita*. Estos nombres suelen ser ya clásicos en referencia a la Paidofilia o Pederastia. Otras peculiaridades, en fin, no tienen nombres fundacionales o representativos y sólo se han mantenido por el término asociado con sus propias conductas o fantasías estereotipadas como sucede con el fetichismo de objetos, olores, sabores, etc. O con el exhibicionismo.

De otros nombres sólo se habla en situaciones muy anecdóticas como sucede con el caso del Caballero de Eón para dar nombre al gusto por el transvestismo. Y así podíamos continuar la lista con otros términos o nombres tales como la necrofilia, la coprolalia, etc., etc..

No hace falta decir que el hecho de que esta lista haya sido divulgada no tanto como peculiaridades curiosas cuanto como patologías peligrosas y bajo sus criterios, forma parte de la lista misma por ser precisamente un repertorio de desviaciones o parafilias, tal como suelen ser llamadas en la actualidad, es decir, deshechos para ser intervenidos más que peculiaridades dignas de consideración, incluso de cultivo. Se ha elegido lo peor, lo cual no es precisamente lo más razonable. Por eso tampoco tiene por qué extrañar que su posible utilidad haya sido cambiada por la amenaza de su peligrosidad.

## **5. Las estigmatizaciones**

Por otra parte, el hecho de que esta lista haya sido dada a conocer desde las teorías menores, más que desde las mayores ha dado como resultado un aumento de miedos, o mayores miedos —aunque hayan sido con una intención protectora—, así como una estigmatización que se ha retroalimentado de forma indefinida y desorbitada.

Esta estigmatización ha sido de tal volumen y con una insistencia tan grandes que se han convertido míticamente en la encarnación del mal. Se ha querido apartar el mal del bien y de esa forma se ha echado todo el mal a un

sitio hasta desbordar. Por otra parte, su ya manida denominación de perversiones las ha hecho tan aversivas que muchos se han cuidado de situarlas bien separadas de cualquier parecido con su vida para apartarse de cualquier mezcla o sombra de mezcla con ellas.

Pero, como todo intento de separar lo bueno de lo malo en bloques —o los buenos de los malos— tampoco éste coincide con la complejidad de la condición humana y menos aún con las interacciones de los sujetos sexuados, formados por continuos y no por bloques separados. Por eso sus resultados no son neutros: no sólo no contribuyen a comprender lo que sucede, sino a reforzar aún más lo que se teme.

Es el efecto paradoja a través de la atracción de la curiosidad, la intriga y la transgresión. La industria publicitaria y la pornográfica han sabido explotar y comercializar estas facetas que la educación general ha despreciado, lo que complica aún más su clarificación en una madeja de intereses enredados entre los cuales los sujetos tratan de ser lo más ellos mismos que pueden saliendo también lo más airosos que pueden de este laberinto.

## **6. El carácter común de los deseos**

Sin embargo, sucede que uno de los rasgos más elocuentes de las peculiaridades a las que aquí nos referimos es el hecho de ser comunes a todos los sujetos y no particulares de algunos, aunque, de hecho no todas se den en todos ni en las mismas proporciones.

Lo que han hecho los casos o los nombres célebres antes citados ha sido ilustrarlas en grado extremo, es decir, modélico. Entender estos grados extremos no impide ver que, en ciertos grados, esos componentes de los deseos son comunes y forman la inmensa variedad de la que éstos se componen.

Nadie es un malvado por tales deseos. Lo que sucede es que los deseos contienen esos materiales de variedad. La malignidad se ofrece en su caricatura y ésta es siempre una exageración, una desproporción. En la primera generación de sexólogos, Havelock Ellis ofreció una gran cantidad de materiales de este estilo procedente de sujetos comunes, no de sujetos clínicos. Su análisis se encuentra en su *Simbolismo erótico* de 1904. Por su parte, en la segunda

generación de sexólogos, Kinsey en sus *Informes* dejó bien plasmado otra gran cantidad de deseos de este estilo, a veces con intento de realización, en otras no.

En los años sesenta, el psiquiatra sueco, Lars Ullerstan, lanzó su célebre manifiesto —*Las minorías eróticas* (Edit. Grijalbo) — dirigido a sus colegas de la Psicopatología, sobre la necesidad de una reconsideración de esas minorías curiosamente mayoritarias. Hoy podemos afirmar que lo más negro de esa lista negra en la que estos deseos ha sido el hecho mismo de catalogarlos de ese modo en esa lista, es decir, el hecho de mezclar y confundir los trastornos con las peculiaridades bajo una misma etiqueta en la que éstas no pasan de ser manifestaciones menores de aquéllos para tratar a todas por igual.

## **7. La lista negra**

Queda, pues, la denominación de lista negra de forma permanente: de ella salen unos nombres y otros entran. Su fin es protegerse de los miedos frente a las peculiaridades de los deseos en lugar de estudiarlos más y conocerlos mejor y así integrarlos, incluso aminorarlos. Por eso se habla, se sigue hablando, de deseos normales, por un lado, y de deseos anormales o peligrosos, por otro, en lugar de hablar de deseos comunes y, dentro de ellos, de deseos peculiares que no son, de entrada, anormales sino, insistimos, comunes y, por lo tanto, ajenos a los fantasmas de la peligrosidad atribuida, si se estudia más su forma de gestión.

Una gran parte de los contenidos de esa lista negra se han vaciado a la vista de que no eran sino miedos. Pero la creación de estos miedos, tal como ha expuesto Alex Comfort — *Los fabricantes de angustia*, Edit. Gedisa— se renueva constantemente. Se puede decir que unos bajan y otros suben. Muchos de los nombres que han salido de las listas han sido asumidos y vividos corrientemente por los sujetos sin que sucedan la gran cantidad de maldades con las que habían sido asociadas.

Frente a los miedos que salen de esta lista negra están los que que ingresan en ella. Salieron, por ejemplo, algunos tan dispares como la homosexualidad y el onanismo, la felación o el cunnilingus. Han entrado otros como las conductas de violencia llamada sexual y la pederastia o los abusos que hoy baten el record de escándalo y alarma social y que, como es sabido, han sido planificados para que el grosor de la lista negra se mantenga. Los métodos antiguos han fallado.

Y no está probado que los recursos penales, hoy tan seguidos, sean una estrategia eficaz y educativa. Los indicadores apuntan, más bien, hacia lo contrario.

Estudiar esto con detenimiento y desde fuera de los lugares comunes ofrece sorpresas que hacen pensar en las manipulaciones de los deseos más que en su consideración respetuosa. En una operación de retroceso espectacular se hacen en la actualidad listas negras no sólo de peculiaridades convertidas en parafilias sino de sujetos bajo la sospecha de su peligrosidad por estas estigmatizaciones. Esta espiral de desconcierto genera a su vez efectos que, mirados bajo el mismo ángulo de la sospecha, confirman la profecía perversa de la que parten.

## **8. El dispositivo de la doble vía**

Por eso cada vez puede verse más beneficioso y eficaz el dispositivo, antes aludido, del que dispone todo sujeto, conocido como de la doble vía. Desde él estos pueden vivir esos deseos sin más transcendencia que ser el resultado de una fantasía o pueden, en otros casos, vivirlos en su relación con el otro.

La utilidad de este dispositivo consiste en posibilitar la realización de deseos que, de otro modo, podrían crear complicaciones diversas y de manera especial con relación a algunos deseos conocidos como transgresores, chocantes o peligrosos.

Cómo y cuándo usar este recurso de la vía de la fantasía y cómo combinarle con el de la vía de la conducta constituye uno de los puntos del máximo interés práctico, a condición de admitir, previamente, la existencia y el conocimiento de dicho dispositivo teórico como recurso. Si este dispositivo es usado con buenos resultados en intervenciones de asesoramiento y tratamiento en la casuística ¿por qué no extenderlo en la educación general de los sujetos? Esto permitiría vivir las peculiaridades de una forma lo más razonable posible. La clave está, decíamos, en su gestión, no en el miedo y, desde luego, tampoco en su desconocimiento.

## **9. Entre la amenaza y la invitación**

Todo ello nos lleva a plantear el interés de la denominación de peculiaridades en la línea de los matices y los modos. Ser un sujeto sexuado no es ni una enfermedad ni un peligro. Es una dimensión de la condición humana hecha para convivir. Para ello hace falta organizar la convivencia contando con esa dimensión y no sólo temiéndola como una amenaza.

Las peculiaridades, como los matices y los modos, dicen relación a los distintos conceptos enunciados en el mapa general. Aquí nos hemos detenido de una forma especial en los conceptos de erótica y *ars amandi*. Más complejas, pero igualmente descriptibles son las peculiaridades relativas a los otros conceptos.

El interés reside en dar cuenta de la particularización propia de los sujetos sin recurrir a los criterios de anormalidad o perversión, léase de degeneración, siguiendo la teoría menor que lleva su nombre. La gran variedad y la diversidad de estas particularizaciones tiene una base explicativa en la complejidad de la sexuación de los sujetos. Sería, pues, importante seguir ésta antes de recurrir a otras por muy minuciosa que pueda parecer.

Algunos parten de la base de que todo sujeto es potencialmente una amenaza para otro. Existe la otra tesis: todo sujeto es para otro una invitación al encuentro. Las peculiaridades plantean de forma exponencial el filo de este desafío. Y si en la organización de la convivencia sabemos que la teoría de la amenaza lleva al ataque y la defensa frente al otro, también, siendo razonables, hemos descubierto la vía de la negociación, menos simplista y que ofrece otros resultados. La cuestión, también aquí, está en la teoría.

No haría falta añadir que del mismo modo que los teóricos de la política han desarrollado teorías por las que hoy nos guiamos en la práctica —pensamos en Hobbes (y su principio de *todos contra todos*) y en Kant (y en su axioma de la *pax perpetua*), por citar dos grandes referencias—, los teóricos de los sexos y su convivencia han puesto de manifiesto estas otras teorías que pueden servir.

## 10. El debate sobre el filo

El planteamiento de las peculiaridades mantiene desde hace mucho su debate con el de los trastornos y, por añadidura, los delitos. Al margen de la confusión entre las peculiaridades y los trastornos y al margen de que toda

peculiaridad sea o no un trastorno o una perversión, léase una parafilia, el diálogo entre la sexología y la psiquiatría ofrece vías de consenso siempre que se sigan unas reglas de diálogo o debate.

Por un lado, pues, los sujetos salen ganando al acentuar sus singularidades porque ello equivale a dar importancia a sus formas propias de deseo y, por otro, se plantea la pregunta sobre cuándo estas peculiaridades dejan de ser tales para pasar a formar parte de la categoría de trastornos.

Existen claves básicas que se resumen en el axioma siguiente: cuando en lugar de contribuir a sentirse bien contribuyen a sentirse mal o a hacer sentir mal a otros. El debate de los expertos sobre este punto se traduce en el recurso a la educación de los sexos para el conocimiento necesario y para que estos criterios puedan ser tenidos en cuenta.

Ganar terreno para el concepto de peculiaridades es sustraerlo al de los trastornos. La generalización de los trastornos hasta anular las peculiaridades es el mayor perjuicio que puede ocasionarse al ni siquiera plantear este debate. Si los trastornos existen y son un hecho, las peculiaridades existen y son un hecho también.

En todo caso, en sexología conviene no olvidar el axioma de Havelock Ellis: entre los sexos se da más potencial cultivable que trastornos curables. De ahí la riqueza de los modos, los matices y las peculiaridades.



## X

### LAS DIFICULTADES COMUNES

Las nociones generadas por los distintos planos de individuación —recuérdese: los modos, matices y peculiaridades— dan una idea de la gran variedad en la que se desarrolla la dimensión sexual humana y, en definitiva, los sujetos sexuados.

Esta variedad no impide ver, por otra parte, sus respectivas dificultades, si bien estas dificultades no son precisamente especiales sino comunes. Acentuar este carácter común de las dificultades propias de las variedades frente a su consideración como trastornos o anomalías especiales es el objeto de este capítulo.

#### 1. El carácter común

La noción de variedad frente a la de la normalidad constituye el talón de Aquiles de la idea de los sexos desde el punto de vista individual y, por lo tanto, educativo y político por sus repercusiones en el ámbito colectivo o social.

Es la afirmación de la pluralidad frente a la uniformidad. El conocimiento de este filón de variedad es de una enorme riqueza frente a la miseria rígida de la norma única. Desarrollar esto equivale a tomar en consideración la riqueza propia de la dimensión sexual humana. O, dicho en otros términos, del hecho de que los sujetos son sujetos sexuados.

Muchos problemas, así llamados desde una consideración de normalidad, no son sino dificultades y problemas de la comprensión de dichas variedades, por un lado, así como dificultades propias de los sujetos y de sus relaciones, por otro.

Las clasificaciones de las desviaciones de la norma y de las disfunciones (de la llamada función sexual) constituyen la cantera mantenedora de este equívoco que consiste en partir de lo que es normal y no normal. Es importante, pues, insistir en el carácter extendido y común de las dificultades como resultado de las variedades.

Desde el paradigma de los sexos es ineludible hablar de dificultades comunes que son propias del mismo fenómeno o hecho de los sexos. No se trata, en primer lugar, de patologías o de disfunciones sino de simples dificultades. El hecho de que estas dificultades sean comunes no las hace connotadoras de gravedad sino, al contrario, problemas generales de todos que no deben ocupar un capítulo especial de patología sino simple y llanamente uno más de la asignatura de la educación sexual como objeto de conocimiento.

## **2. El recodo de un párrafo**

Una de las afirmaciones importantes de Masters y Johnson, aunque dicha de paso y en el recodo de un párrafo —como si la hubieran puesto ahí con toda precaución para no escandalizar a la comunidad científica y, sobre todo, para no indisponer a los profesionales—, es que, dentro de la muestra de problemas analizada por ellos, la inmensa mayoría no tenían en su historial ni trastornos específicamente orgánicos ni psicopatológicos sino inadecuaciones de las percepciones cognitivas relativas a la noción de sexo y, por lo tanto, con referencia a la relación. En definitiva, se trata de dificultades comunes pero que, al ser conceptualizadas y nombradas de otra forma, terminan por hacerse problemas especiales.

La desproporción entre el tratamiento acostumbrado desde el criterio de las patologías orgánicas o psicopatológicas y las causas que originan, de hecho, tales problemas fue uno de los detonantes que hicieron pensar a estos sexólogos en la creación de un sistema de intervención nuevo y distinto. Fue, como es sabido, el origen del asesoramiento y la terapia sexual.

No hace falta decir que estas dificultades, sin nungún origen clasificable como trastorno han terminado por serlo mediante las clasificaciones patologizantes que la clínica ha hecho de ellas a través de nomenclaturas diagnósticas con las que han sido catalogados. Es el mecanismo conocido como *efecto norma* según el cual, puesta una regla previa, la casuística que no se

---

adapta a ella es considerada excepción, es decir, anomalía. El problema principal no es, pues, la realidad de la casuística diaria, sino la norma previa y los conceptos desde los cuales ésta es considerada.

### 3. Casuística I

En la casuística de las dificultades comunes se dan algunas que ni siquiera suelen ser consideradas bajo esta rúbrica y simplemente son diluidas bajo esos otros criterios patológicos. Ello requiere, pues, partir de clasificaciones distintas a las divulgadas o en uso. Para situar de forma ordenada la casuística habría que empezar por las dificultades propias de los modos, así como de los matices y las peculiaridades, etc. que sistemáticamente son consideradas bajo esos otros criterios y, por lo tanto, consideradas de otra forma.

Pero, dejando estas clasificaciones globales, vamos a centrarnos aquí en algunos ejemplos de dificultades anecdóticas por su carácter frecuente y cotidiano; habría que decir, en ocasiones, masivo a juzgar por las quejas sobre ellas. Lo sucedido, por ejemplo, con la llamada eyaculación precoz puede servir de indicativo por ser ésta una de las dificultades más típicas y emblemáticas y, por lo tanto, portadora de una gran cantidad de equívocos.

La queja de esta *anomalía* o disfunción —léase patología o trastorno, puesto que es así como suele ser considerada— no coincide con lo que propiamente corresponde a un trastorno desde su punto de vista técnico. Es decir, se trata de un falso diagnóstico o un diagnóstico equivocado: en realidad, en la mayoría de los casos, no se da, de hecho, tal eyaculación precoz. Lo que equivale a decir que no se dan ni trastornos orgánicos ni psicopatológicos que la ocasionen, por usar la aludida afirmación de Masters y Johnson.

¿Por qué se habla, entonces, de una disfunción y por qué se mantiene esta figura diagnóstica? Respuesta: por la inercia de las clasificaciones que han denominado así esa dificultad común para incluirla dentro de los llamados trastornos psico-sexuales. Quien se autodiagnostica o es diagnosticado de este trastorno insistirá en que, se llame como se llame, él *sufre y padece* esa *patología* y lo que pide es ser tratado, es decir, *ser curado* como tal paciente que se siente y, por lo tanto, es. No es necesario decir que tiene toda la razón: “¡Que se pongan de acuerdo los estudiosos y profesionales!”

---

Si aceptamos este juego de equívocos en el caso de la eyaculación precoz, lo aceptamos en la lista de otras quejas similares, tal como suceden en la consulta o tal como figuran en las listas diagnósticas de los manuales.. La eyaculación precoz no es sino una de las quejas comunes masculinas.

#### 4. El experimento

Para evitar que esta discusión degenerara en mera especulación (de hipótesis o de mercado), Masters y Johnson hicieron el experimento en vivo que consistió en cambiar las reglas de juego —recuérdese, en la praxis tutorizada, la prohibición de la cópula y la puesta del coito en su lugar—. Y, jugando a otro juego y con otras reglas, siguiendo la teoría de los sexos en lugar de la antigua teoría del *locus genitalis*, constataron que, con una serie de estrategias y tácticas podían *curar* dichas anomalías. O, por decirlo con más exactitud, al poder hacer más los deseos, por encima de los deberes, ambos disfrutaban más —repetimos: ambos disfrutaban más— y de esa forma las anomalías dejaban de producirse.

Es importante insistir en esta sutileza: la mayor parte de las dificultades y problemas suceden por la mala gestión y administración de los deseos y, sobre todo, por la sustitución de estos por el cumplimiento de las obligaciones, entre otras las de ejercer las funciones y *performances*, así como los roles o papeles: “lo que debe ser” frente a “lo que puede ser, de hecho”.

Estas finas sutilezas entre “lo que debe ser” y “lo que se desea o puede ser, de hecho”, son las hebras que, de forma minuciosa, tejen esa tupida madeja de las dificultades comunes que grosso modo han sido diagnosticadas —mal— bajo el nombre de disfunciones.

Lo que Masters y Johnson hicieron en estos experimentos fue, por decirlo en términos de capítulos anteriores, recurrir a un nuevo *ars amandi*, es decir, a otra forma distinta de proceder o, por decirlo más gráficamente, a un distinto *modus operandi* a partir de otra organización distinta del encuentro sobre la base de otros supuestos y otros objetivos.

Es innecesario decir que en tal *modus operandi* no se trata de controlar o de hacer ejercicios o gimnasias basadas en el tesón o la buena voluntad, términos tan en uso y, por otra parte, tan fuera de lugar. El objetivo es una

puesta en común de los deseos y, por lo tanto, no bajo las reglas de la cópula sino con la lógica del coito. Coito (del latín *co-ire*) significa ir, estar juntos. O sea, compartir.

## 5. Comentarios

Los tratamientos o formas de hacer desde estos experimentos ofrecieron unos resultados evidentes. Los críticos reprocharon a Masters y Johnson que eso no podía ser, que lo que hacían era muy superficial y que no trataban los problemas profundos —de nuevo los trastornos y los conflictos psicopatológicos—, etc. Pero los años transcurridos desde el comienzo de estos experimentos ofrecían cada vez más efectos benéficos, suficientes para responder a las críticas.

La puesta en juego de las reglas del coito en el lugar de la cópula no es algo superficial y simplista sino de una gran envergadura y hondura, si bien requiere ser entendido y no confundido con una serie de trucos superficiales o frívolos. Poner los deseos en lugar de los deberes no es superficial. Plantear las reglas de juego de un *modus operandi* a partir de ahí tampoco es baladí. No se trata de consejos de buena voluntad al uso, dados a uno u otro de los miembros de la pareja, tales como que uno tenga paciencia o el otro haga esfuerzos; o que hablen y se comuniquen más sus problemas, etc. De lo que aquí se trataba era de un viaje a otros objetivos y, por lo tanto, con distintos planteamientos y usando distintos medios.

El cambio era más grande de lo que se percibía e iba dirigido al principal objetivo: por un lado, la cópula como formato de obligaciones; por otro, el coito como juego de los deseos. Y, sobre todo, el aprendizaje del *modus operandi*, mediante sus técnicas y recursos, a través del esto era posible y realizable. Todo ello requería una articulación sistemática en la que encajar muchos detalles. Pero se había planteado lo principal.

## 6. Casuística II

La casuística de las quejas propiamente femeninas, por su parte, no ha girado en torno a la cópula —recuérdense los tópicos del *efecto norma*: ellas

“no tienen que hacer nada”, su función es pasiva”, “sólo ser penetradas”, etc.—sino sobre el nuevo derecho al orgasmo, convertido en obligación y, de paso, en norma por las reglas de la misma cópula. De ahí la similitud, pese a las diferencias: el orgasmo ahora, la cópula antes, ofrecen las dos grandes obligaciones y metas generadoras de las dificultades por ser ambas las generadoras de las ansiedades más fuertes.

En las reglas del nuevo *ars amandi* el experimento de Masters y Johnson consistió en quitar, insistimos, esta obligatoriedad y poner en su lugar lo que, de hecho, se desea que, contrariamente a las creencias extendidas no es el orgasmo, sino clara y llanamente dicho disfrutar, o sea, pasarlo bien. El orgasmo no es sino la construcción técnica de un punto de ese continuo para su objetivación como noción. Pero el deseo es un continuo de puntos dentro de lo que se conoce como coito.

Suprimida la meta del orgasmo, que es lo mismo que descartar la meta de la cópula, los amantes “quedan libres” para dedicarse a otra cosa. Por ejemplo, “hacer más lo que les apetece”. Algunas parejas de los experimentos, bajo la presión y obsesión de tener que realizar la cópula “como se debe” o conseguir el orgasmo “como se debe”—en ocasiones se dice normal—, habían olvidado otra clase de juegos que no fueran los “previos” o “preliminares”, con lo que estos quedaban, a su vez, fuera de juego. El reaprendizaje de estos juegos en tales casos se convertía en una búsqueda de reencuentros en clave de deseos, lo que, de por sí, representaba, un reto chocante, sorprendente y —todo hay que decirlo— encantadoramente ridículo.

En este cúmulo de novedades surgidas de los experimentos no fue la menor el descubrimiento de que, fuera de quien fuera el problema o a quien fuera atribuido, el tratamiento operaba con un *modus operandi* de los dos; es decir, no se daba el culpable ni el sufriente —tampoco el activo ni el pasivo— sino que, siguiendo el paradigma de los sujetos sexuados, la interacción era de ambos, cada cual a su manera. Esta es, sea dicho de paso, otra de las verificaciones empíricas del paradigma de los sujetos sexuados, traducido a la relación, léase al fenómeno de la pareja.

La sistematización de estos datos y su ordenación en un formato o protocolo organizado supusieron los primeros pasos de lo que sería el nuevo esquema de asesoramiento y tratamiento de las dificultades comunes. Su perfeccionamiento y puesta a punto dio como resultado la generalización de los

tratamientos sobre estas bases a las que se añadían otras según el carácter de las mismas dificultades.

Pero la vía estaba abierta a un planteamiento distinto, lejos de la cópula y dentro de la noción de coito. Eran también los nuevos pasos experimentales de lo que sería la posterior formulación del nuevo *ars amandi*. De esto hace cuatro décadas y, desde entonces, cientos de miles de casos han multiplicado y avalado esta experiencia: No es la promesa de felicidad. Es solamente el arreglo de algunas dificultades comunes.

### 7. Casuística III

Siguiendo con la casuística, una breve observación sobre la llamada impotencia masculina, últimamente rebautizada como disfunción eréctil por un despliegue de campañas comerciales. La definición que ha sido adoptada masivamente para estos efectos, siguiendo el *efecto norma* es la siguiente: “Disfunción eréctil es la incapacidad de mantener una erección suficiente para consumir la penetración”. No es necesario recordar su desactivación, en su día, por la distinción conceptual entre la cópula y el coito.

El coito, decíamos, puede incluir la cópula pero no a la inversa; y, sobre todo, no es el objeto de deseo de los sujetos aunque el punto de partida reproductor para todas las especies haya mantenido esta confusión. En efecto, la definición de disfunción eréctil puede ser válida para la mayor parte de las especies y no para la humana en la actualidad. Los cambios evolutivos han sido muchos y es importante contar con ellos.

Si lo que se pretende con esa definición y su correspondiente test operativo para decantar los criterios diagnósticos de la impotencia es reimplantar hoy una teoría y una práctica antigua es posible que esto sea otro asunto y no precisamente una cuestión técnica. Por otra parte, nada se puede objetar a las empresas promotoras de esas campañas comerciales en un régimen de libre mercado, a no ser en algo que los usuarios conocen: la necesidad de separar la información de la propaganda.

Con estas observaciones, bienvenidos sean estos recursos y puestos a la libre disposición de los que quieran servirse de ellos. Sólo añadir que en los casos en que éstos sean de utilidad tendrán efectos más acordes con los deseos

bajo el formato del asesoramiento sexual y del nuevo *ars amandi*. Y escaso, tal como ya ha sido experimentado en marco de la definición de cópula. (*Véase el capítulo XV*).

## **8. Los dos planteamientos**

La organización y desarrollo de este formato de intervención con todos sus elementos permitió entender que existe, por un lado, un planteamiento que diagnostica y patologiza desde la cópula y sus normas, de por sí, con su propia lógica, y, por otro, un planteamiento de las variedades y sus dificultades que replantea las reglas generales y, por lo tanto, el juego —aquello de lo que se trata—, de otra forma y con un *modus operandi* distinto en tales situaciones concretas con el objetivo de la puesta en común de los deseos.

Si esto pudo verse con bastante claridad en este grupo de dificultades, mal llamadas disfunciones, el principio es el mismo para el otro grupo de las peculiaridades, mal llamadas, a su vez, desviaciones. El hecho de que las que forman este otro grupo parezcan más complejas no las hace tan distintas. Son igualmente variedades comunes y, por lo tanto, se trata de dificultades comunes. En este segundo grupo se habla de perversiones o patologías —léase, parafilias— y que aquí hemos considerado y llamado peculiaridades.

Se trata, pues, de dos planteamientos conceptualmente distintos que dan una práctica distinta. Se trata, en definitiva, de una terapia dirigida a los conceptos y teorías más que a los sujetos y, por lo tanto previa a la casuística que mantiene enquistados una serie de conceptos generadores de una gran cadena de trastornos o patologías que no son tales bajo otro orden teórico y conceptual.

En ambos casos, la verificación en la praxis ofrece sus resultados oportunos. Aunque en el segundo grupo de problemas, la verificación ha sido menor, en el primero los resultados han sido constantes y sobrados. Lo que nos lleva a mantener que la base o principio es común en ambos.

## **9. Dificultades versus trastornos**

Las clasificaciones clínicas de estos problemas y dificultades comunes han sido hechas desde las disciplinas que se dedican de forma preferente a los trastornos. Pero si partimos de otra disciplina, en este caso, la sexología, como campo de estudio del hecho de los sexos, lo que tenemos es distinto.

Las clasificaciones elaboradas y divulgadas desde las patologías que corresponden, en general a las teorías menores han tenido un eco sobreestimado no sólo como tales denominaciones de trastornos —léase desviaciones y disfunciones— sino en sus criterios diagnósticos hasta el punto de haber expandido un inmenso abanico de ellas para uso común y más allá de las respectivas disciplinas de origen.

Por otra parte, este gran eco de la divulgación ha hecho que muchos se autodiagnostiquen y terminen como candidatos a la clínica cuando lo que les sucede, si lo vemos desde el otro planteamiento, no es ni grave ni especial sino simples variaciones y dificultades comunes que con una educación sexual o un asesoramiento tienen una buena solución sin necesidad de tener que entrar en más opciones clínicas o excesivos tratamientos.

Todo ello toca un problema distinto que es el relativo al ámbito laboral de los profesionales de la clínica y su ética deontológica. De ahí el choque continuo y el bloqueo tanto de la educación sexual como del asesoramiento que evita la extensión de la clínica o sustrae clientes de ella.

## **10. La epistemología de las clasificaciones**

En lugar de hablar de variedades y dificultades comunes, los partidarios del protagonismo de los trastornos han planteado la noción de trastornos mayores y menores, incluyendo éstos por nimios que sean en la categoría de trastornos. Aunque, a renglón seguido, aclaren que se trata de menores o de poca importancia, la noción que los rige es la de ser trastornos y no variedades.

Se podría decir que se trata de un problema semántico. Pero digamos más bien que se trata de epistemología. Y, en este caso, de paradigmas distintos, lo que cambia por entero la misma semántica.

En efecto, más que de la magnitud de los trastornos, de lo que se trata es de una u otra idea de los sexos desde la cual clasificar sus dificultades, también éstas mayores o menores sin, por ello pasar de ser dificultades comunes a ser convertidos en trastornos especiales.

Hay pues dificultades y problemas comunes que pueden ser comprendidos desde los modos masculino y femenino; desde los matices hetero y homo; y finalmente, desde las peculiaridades. Por otra parte, estas dificultades y problemas, vistos desde esos planos de individuación, son, a su vez, analizables desde cada uno de los seis conceptos o macroconceptos expuestos.

La combinación de estos parámetros ofrece una clasificación distinta de los listados de tales problemas y dificultades sin necesidad de salir del mismo concepto de dificultades comunes y, por lo tanto, sin necesidad de entrar en categorías de trastornos. Sólo en una dosis mínima encontramos esta clase de casos. Pero la clasificación general es otra y, desde ella, los mismos problemas son vistos, explicados y tratados de otra forma. Digámoslo de nuevo: no como trastornos o disfunciones sino como problemas y dificultades comunes.

## **11. Ganar terreno a lo desconocido**

En todos los ámbitos del desarrollo humano y de su conocimiento se trata de ganar terreno a lo desconocido, léase a la enfermedad o el trastorno, al miedo o al tabú, en definitiva, a la ignorancia. La pregunta es por qué en este campo, anclados en los planteamientos antiguos, se ha tratado con tanto afán no sólo de mantener sus criterios sino de aumentar el número de figuras diagnósticas emanadas de ellos.

Si echamos hoy un vistazo a las clasificaciones en vigor procedentes de esos planteamientos antiguos vemos que las listas de enfermedades, bajo distintas denominaciones —trastornos, disfunciones o parafilias— han aumentado de forma desproporcionada. Si en la primera versión de la CIE (*Clasificación Internacional de Enfermedades*) de la OMS el capítulo dedicado a este campo apenas ofrecía unas cuantas enfermedades, en la diez, el número

ha aumentado considerablemente. A su vez en la primera versión de la DSM (*Diagnóstical and Statistical Manual*) sólo unas pocas. En las siguientes ediciones han aumentado de forma inusitada.

Es obvio que se den intereses de muy diverso tipo como es el caso de los comerciales, sin excluir los laborales y gremiales. Por eso si se dejan crecer sin límites tales clasificaciones no conoceremos el fin: nos clinalizaremos todos por la clinalización del mismo campo, por ejemplo a través de la noción de la ya llamada “salud sexual”.

De ahí la necesidad de otras clasificaciones desde otros planteamientos. (Puede consultarse una de ellas en *El Libro de los sexos: Educación sexual II*, Unidad Didáctica nº 10). Estudiar y conocer la dimensión sexual humana es ganar terreno a la enfermedad y al trastorno. En definitiva, a lo desconocido. Dicho de otro modo: organizarse contando con el hecho de ser sujetos sexuados, utilizando los recursos de la Sexología para no ser invadidos por la patología, aunque sea en su formulación preventiva que no es sino una modalidad de lo mismo.

El sexo no es un objeto clínico sanitario sino un producto de nuestra educación y cultura; y por eso no es un objeto de prevención ni de diagnóstico sino primariamente de conocimiento y valor. Los responsables del bienestar social necesitan aclarar este punto para no empobrecer un fenómeno de riqueza convirtiéndolo en una amenaza de malestar. El riesgo de las clasificaciones en vigor a las que se consulta con tanta frecuencia es que acotan y ponen su sello de trastorno y desde ahí se divulga. De ahí también la necesidad de conocer otras formas de intervención desde otras clasificaciones generadas, a su vez, desde la epistemología de los sexos.

## **12. Las formas de intervención**

Esta invitación a estar más atento a la noción de variedades y dificultades que a la de enfermedades y trastornos, no es sólo una invitación abierta y genérica. Tiene su historia, y praxis, sus estrategias y eficacia. La triple forma de intervención abierta por los sexólogos de la segunda generación sobre la base de la primera ofrece hoy sus propios recursos.

## **A. La educación sexual**

Esta forma de intervención ofrece las bases del conocimiento de los sexos y su interacción a un nivel común y general. La educación sexual a la que aquí nos referimos no es una limosna informativa para cuestiones de urgencia o emergencia sobre el uso de los genitales al estilo antiguo sino sobre la base de los sexos.

Se trata de la asignatura de los sexos y de los contenidos que, desde con el paradigma de los sujetos sexuados, ha entrado en el sistema general de los conocimientos como los de otra asignatura cualquiera. A ella hemos dedicado los tres volúmenes de *El libro de los sexos* para la Educación Primaria, la Secundaria y el Bachillerato-Ciclos Formativos respectivamente.

La Educación Sexual ayuda a comprender la dimensión sexual humana y a hacerse una idea de sus variedades y dificultades. También a conocerlas y a evitar convertirlas gratuitamente, por miedo o ignorancia, en trastornos. La educación sexual es la forma de dotarse de los conocimientos y actitudes básicas e imprescindibles para vivir como sujetos sexuados y organizarse de forma más libre y coherente desde esas bases.

## **B. El asesoramiento sexual**

Si la educación sexual tiene por fin el conocimiento, esta fórmula de intervención que es el asesoramiento, como el mismo nombre indica, está dedicada a las dificultades o problemas que requieren una atención particular y, sobre todo, propio de unos sujetos y no de otros, por ser distintos según el planteamiento y sus respectivas consecuencias. Precisamente por las variedades de los sujetos y de sus relaciones, este asesoramiento está ahí para los casos en que estos lo requieran.

Existen, de hecho, centros de asesoramiento sexual —públicos y privados— bajo denominaciones distintas, especialmente dedicados a los problemas de jóvenes. Pero faltan estos mismos centros o consultas para adultos. La gran ventaja del asesoramiento reside en su mismo dispositivo técnico sin tener que recurrir a una vía mayor de carácter clínico.

Por resumir: lo más importante del asesoramiento sexual es no confundir estos servicios con las cuestiones especiales o de emergencia. Se trata de las demandas comunes y corrientes.

### **C. La terapia sexual**

Este tercer nivel de intervención supone los dos anteriores y su oferta es levemente sutil con relación al asesoramiento, del que forma parte inseparable. Pero algunos problemas no sólo requieren más dedicación y especialización sino también distintas técnicas de abordaje y solución.

El modelo que más garantía ofrece en la actualidad es, como ya ha sido comentado, el creado por Masters y Johnson por ser el más eficaz para los problemas más abundantes, sin menoscabo de otros añadidos y posteriores a él.

La alta cota de eficacia le ha hecho situarse a la cabeza, lo que, por otro lado, le ha proporcionado, a su vez, los comprensibles riesgos propios del mercado y sus características.

### **D. La triple fórmula**

Aun a fuerza de insistir, es importante resaltar que estas tres formas de intervención se plantean como dispositivos de aplicación dentro de la disciplina que los dota de cuerpo teórico y no en su sentido desgajado. Se trata, pues, de formas distintas con un perfil común preciso y definido.

Cada una de estas formas tiene sus objetivos propios y metodologías—sus claves, técnicas y estrategias— en función de lo que cada una puede ofrecer desde su propio formato, pero las tres se complementan entre sí de forma que entre ellos componen un amplio servicio para las demandas generales tanto en las variedades como en las dificultades.

El proceso que ha seguido esta triple fórmula durante las últimas décadas permite hoy hablar de una oferta probada y eficaz . (A su explicación detenida hemos dedicado uno de los volúmenes de la *Letra pequeña de los sexos*).

### **13. Los intereses y el conocimiento**

En el juego del mercado de ofertas y demandas es obvio que existan disciplinas que, instaladas en sus conocimientos e intereses, sobre todo si éstos tienen aplicaciones prácticas, estén temerosas ante el avance de otras que puedan hacerles competencia.

Desde hace un centenar de años se han planteado continuamente ciertas dificultades para que la sexología no se desarrolle o lo haga con lentitud. Entre estas dificultades, una ha sido la siembra de confusión sobre su objeto de conocimiento y la competición con otros campos interesados en él. Incluso se ha tratado de situar a la sexología como un capítulo o sector de otras disciplinas.

Su desarrollo autónomo ha pagado un alto precio. Ésta es una de las razones de su supuesto retraso o de la manida expresión de su lento desarrollo. Se ha confundido con una disciplina dedicada a las desviaciones y disfunciones, es decir, a los trastornos. Pero la idea de los sexos va más allá de tales planteamientos.

Si su campo teórico es la idea de los sexos, su dimensión práctica y de intervención es la de las variedades o diversidades, así como los problemas o dificultades comunes originadas por ello. Es importante aclarar estas bases para el ámbito y perfil de su intervención dentro del mercado de los valores humanos y lo que ella puede ofrecer de forma propia y diferenciada.

### **14. Algunas confusiones**

Durante el siglo XIX se instauró la explicación de “todo lo relativo a lo sexual” bajo el criterio de enfermedad mental. Como es bien sabido este criterio creó un término: degeneración que resumió una de las teorías menores. Cualquier manifestación llamada sexual que no fuera la normal reproductora fue considerada anómala y desviada.

Siguiendo esa teoría menor, durante el siglo XX no ha habido un cambio de ese criterio sino nuevas versiones. A aminorar la excesiva gravedad contribuyó el psicoanálisis de una manera especial. A hacerla menos grave—incluso no grave— hasta la supresión de esta gravedad han contribuido

movimientos sociales diversos como es en el caso de la masturbación o reivindicaciones de varios sectores de la sociedad (feminismo y movimientos gays) para los estereotipos femeninos y la homosexualidad.

Otros avances han sido llevados a cabo por la misma evolución de otros factores como es el caso de la emergencia de las modas y la presencia del cuerpo. La circunscripción mental (o psíquica), que fue en sus días un remedo de la moral espiritual y de las buenas conductas, ha terminado diluida con la irrupción de la corporalidad.

Pero en todos estos pasos la aludida teoría menor no se ha dado un cambio cualitativa con relación a “lo sexual”, traído y llevado por diversos sitios y adosado a otros problemas y, por ello, tratado desde ellos.

## **15. Los intereses de todos**

Para tratar de mantener el protagonismo de los trastornos sobre el de la consideración de variedades y dificultades comunes, además de reducir el contenido de la episteme y el paradigma de los sujetos sexuados, se han tratado de reforzar dos dispositivos: son los conocidos como de origen biológico y otro de origen psicológico, ambos con sus consabidos trastornos.

De esta manera se ha tratado de neutralizar el contenido sexual estudiado por la Sexología. La afirmación ya aludida de Masters y Johnson tras sus observaciones y el origen de las dificultades más comunes —recuerdese: en el recodo de un párrafo— tenía el fin de no chocar en exceso.

Pero el gran argumento no es sólo teórico. Sucede que en el ranking de la intervención ante las dificultades la mayor eficacia que se conoce, mantenida durante las tres últimas décadas, procede del formato creado por Masters y Johnson. Hay, pues motivos para pensar esto con seriedad y detenimiento.

## **16. Sorpresas**

Las dificultades comunes a las que nos hemos referido tienen todas ellas un sabor antiguo. Es decir, proceden de un modelo —la cópula— antiguo, si

bien reforzadas por otro contemporáneo que es el orgasmo. Estas dos metas u objetivos han servido para que un cúmulo de dificultades aumenten. O, por decirlo con los términos en uso, los problemas sexuales suban de volumen.

Si las antiguas generaciones vivieron solamente el obstáculo de la cópula, las nuevas se han hecho a esos dos parámetros fundidos en uno. Se diría que hoy todos tienen que copular correctamente y con orgasmo técnico so pena de ser considerados anómalos. Sin embargo, no es eso lo que nos dice la epistemología de los sexos.

Sin ánimo de chocar, ¿qué pasaría si en la educación de los sexos planteamos que no tienen por qué copular ni conseguir el orgasmo? Seguir los deseos no es tener que entrar en la ratonera de las obsesiones. Desde muy pronto la socialización de los deseos tiene ese riesgo. Una acción directa y clara en ese punto podría servir de toque de atención para no seguir la inercia general. Las experiencias hechas en esta dirección han dado excelentes resultados. No hace falta señalar que cualquier parecido con la contra que se ha hecho desde corrientes reactivas para volver a planteamientos antiguos es una trampa ingenua.

La modernización de los sexos ofrece, pues, algunas sorpresas que pueden ser consideradas a fondo o pueden ser tomadas como baladíes. Sin duda ésta puede ser una de ellas. Sus repercusiones son grandes. Reducir el sexo a lo que se ha tratado de reducir tiene sus costes. Entrar en la vía de su modernización abre otros horizontes.

## PARTE TERCERA

### CONSECUENCIAS

Entre las consecuencias que se derivan de las dos partes anteriores, solamente destacaremos aquí algunas: las más generales para una puesta al día, para una modernización. En primer lugar, una recapitulación de los principales puntos de anclaje del campo teórico con vistas a facilitar su análisis y debate.

A continuación, se ofrece una enumeración de los grandes temas que formaron los problemas de un mundo antiguo frente a los principales temas e inquietudes que constituyen el interés del mundo moderno.

En tercer lugar, como muestra del paso de ese mundo antiguo al moderno, se presenta la *Reforma sexual* y el sexo como un valor que, como todo valor es público y general y cuyo debate fue iniciado en el primer tercio del siglo XX para prolongarse hasta nuestros días.

Finalmente, se dedica un capítulo a la Asignatura de los sexos en el ámbito de la Enseñanza, a través de la cual todos pueden tener acceso a su conocimiento; y otro al Asesoramiento ante la gran novedad que ha supuesto el *nuevo ars amandi* de los sexos en las sociedades avanzadas.



## XI

### AFIRMACIONES

Dedicamos este capítulo a la exposición de una serie de afirmaciones que tienen por objetivo resumir los principales anclajes que sostienen el desarrollo de la idea de los sexos. Algunas pueden tomarse como resumen o formas nuevas de expresar lo mismo, otras como axiomas o simplemente asertos para precisar o fijar estos anclajes a través de necesarios debates sobre cada uno de los grandes puntos ya expuestos.

*Afirmaciones* fue el título de una serie de obras de Havelock Ellis —distintos de los *Sex Studies*— aparecidas en el paso del siglo XIX al XX y que queremos usar aquí en recuerdo del primer sexólogo de la primera generación coincidiendo con el centenario en el paso del XX al XXI.

#### 1. Sobre la episteme

La episteme equivale al super tema. Es el tema más importante que permite aclararnos sobre de qué hablamos cuando hablamos de sexo: hablamos de la idea que nos hacemos de los sexos.

La episteme de los sexos tiene su base en la idea de los sexos. Y ésta surgió en la Época de la Ilustración y la razón. Pensar y desarrollar la idea de los sexos es plantear y hacer razonable el hecho de que los sexos se atraen y desarrollarla para plantearla de forma razonable y viable en los sujetos.

Razonable no es sólo racional: los sexos se atraen y se desean. Y por ello desean convivir: llegar a acuerdos; que son formas de relación distintas a las de dominación o sometimiento mediante las distintas formas de agresión o violencia que es hacer la guerra entre ellos.

Episteme no es un término de uso común por ser expresamente reservado a la teoría de la ciencia, pero es necesario para situar la base de lo que se trata en la idea de los sexos. La epistemología de los sexos es la base para saber de qué hablamos y poder entendernos en el marco de la disciplina.

Se han tratado de justificar distintas actitudes y conductas de los sexos. Pero un paso previo es saber a qué llamamos sexual para poder entenderse. El sexo no es un adosado para el ejercicio de una función. Es una estructura de la existencia sobre la que se sustenta la dimensión de la condición humana que es, por definición, sexuada.

## **2. Sobre el paradigma**

El paradigma del sujeto sexuado es el resultado de una construcción lógica, consecuencia del pensamiento elaborado a partir de la idea de los sexos. Uno de sus axiomas es que en la condición humana no hay sujetos neutros.

El sujeto es sexuado por definición; y, aunque participe de los dos sexos, se construye y constituye en predominantemente masculino o femenino, predominantemente homo o hetero y, siempre, con sus peculiaridades propias tomadas del conjunto.

El paradigma del sujeto sexuado es la forma de hacer operativa la episteme general o idea de los sexos en los sujetos concretos: en sus estructuras, vivencias y expresiones, así como en las interacciones derivadas de ellas.

Formular el paradigma del sujeto sexuado y enclavarse en él evita tener que repetir cada vez todas sus implicaciones. Formalizar y conceptualizar el sujeto como sujeto sexuado requiere una toma de conciencia de la episteme tanto en su nivel individual como colectivo.

Ni el paradigma del sujeto sexuado ni la episteme de los sexos son expresiones de uso general. Son referencias del campo teórico y del conocimiento: el campo que hace inteligible y por tanto razonable el conjunto de sus consecuencias.

La forma de gramaticalizar el paradigma es conjugar el verbo *sexuarse*. Como éste no es un libro de autoayuda no podemos decir: *pruébelo*. Pero quienes han hecho este ejercicio dan fe de sus efectos.

La gramática —como ha planteado Chomsky— es generativa y, por ello, tiene esa capacidad de contribuir con su fuerza a situarse en la condición humana como sujetos sexuados.

### **3. Sobre las teorías**

#### **A. Sobre las teorías en general**

Es ya un tópico o broma decir que lo que vale del sexo es su práctica y no la teoría. A fuerza de decirlo se ha tomado como una teoría. Y se ha hecho teoría de ello sin saberlo. Dame, pues, una buena teoría y podré tener una buena práctica.

¿Qué teoría elegir entre todas las que hay? El grupo de las teorías mayores ofrece una coherencia explicativa. No se trata de elegir una u otra sino del cuerpo teórico resultante de las tres grandes. El grupo de las teorías menores suele ser ocasional y para cubrir la ausencia de las mayores.

¿Por qué se tiene miedo, aversión o simplemente ignorancia de eso que llamamos teoría cuando se trata del sexo? ¿Acaso en algún campo podemos dar un paso sin ella? ¿Acaso no hacemos teoría sin saberlo o sin decirlo cuando percibimos e interpretamos cualquier actitud o conducta de los sujetos como sujetos sexuados o simplemente cuando nos hacemos una u otra idea de ellos?

Las teorías, como los conceptos, son los medios que nos permiten articular cualquier paso en el pensamiento. Se hace con frecuencia tabla rasa de este cuerpo teórico. Pero más pronto o más tarde, siempre terminamos en una u otra teoría. Los seres humanos —no hace falta recordarlo— no pueden vivir sin teorías.

#### **B. Sobre las teorías mayores**

Las tres teorías mayores han respondido, cada una a su manera, a muy distintos problemas o dificultades. Pero las tres han servido para explicar los fenómenos a lo largo de los siglos. Las teorías mayores son de larga duración.

El cuerpo teórico está formado por las tres teorías mayores. Las tres teorías mayores juntas dentro de la última —la teoría de los sexos— ofrece hoy las posibilidades explicativas de todos los fenómenos que les suceden a los sujetos sexuados.

La teoría del *locus genitalis* es antigua; la teoría erótica es clásica; y la teoría de los sexos es moderna. La siguiente asume e integra las anteriores. No las anula, las transforma.

### **C. Sobre las teorías menores**

¿Por qué teorías menores? Porque sólo responden a fenómenos menores. También porque responden a estos de una forma parcial y no global. Es decir según algunos aspectos pero sin tener otros en cuenta.

¿Por qué menores, de nuevo? Porque, por otra parte, no responden a cuestiones epistemológicas sino a justificaciones de otras cosas, más que a la razón de sexo. Pertenecen a otros campos; no al de los sexos.

Las principales teorías menores son tres: la de la degeneración, nacida en el siglo XIX; la de la libido, nacida a comienzos del siglo XX; y la del género, puesta en circulación en las últimas décadas del siglo XX.

¿Por qué estas tres y no otras? Hay otras, pero éstas son las de más uso y con ellas se han tratado de resolver los problemas planteados, al margen de las mayores. Por ejemplo la teoría del Estímulo-Respuesta es una versión de la antigua teoría del *locus genitalis* o, lo que equivale a lo mismo: aquélla una preformulación de ésta.

## **4. Sobre los conceptos**

Por la misma razón que se ha prestado un escaso interés a las teorías, se ha mantenido una ya manida aversión hacia los conceptos. Estos son los mediadores entre la percepción y el pensamiento. Para ser razonables no podemos entendernos sin conceptos. Por eso son importantes; más aún, imprescindibles.

El poco cuidado de los conceptos ha sido directamente proporcional al aumento de los diagnósticos en la clinalización del sexo. O a la inversa, el uso de aquéllos es proporcional al descenso de ésta.

Sorprende el afán con el que se dota a la clínica y al código penal de nociones precisas para tratar enfermedades y delitos, frente a la dejadez y desidia para conocer el fenómeno sexual fuera de estos ámbitos.

No es de extrañar el dinero que se mueve en torno a los trastornos y delitos frente a la rapidez con la que se despacha una educación de los sexos capaz de explicarse fuera de ellos.

Esta infrautilización de los conceptos hace que muchas estrategias utilizadas para la reparación de los trastornos y la aminoración de los delitos adolezcan de planteamientos sólidos y confirmen el axioma de que, con frecuencia, el remedio es peor que la enfermedad.

### **A. Sobre la sexuación**

La sexuación es un término y concepto ya bien conocido, si bien, en ocasiones, suele preferirse el de diferenciación sexual. Pero la sexuación, como proceso, da cuenta mejor que este otro, de lo que nos interesa explicar o comprender que es cómo se sexuan los sujetos.

Sin el término y concepto de sexuación no se pueden explicar tantas y tantas cosas de las que suceden a los sexos en sus estructuras sexuadas, en sus vivencias sexuadas, en sus expresiones sexuadas... Sea o no de uso general, la sexuación es de uso imprescindible. Y por ello vale la pena hacerse a la idea de generalizarlo.

Un axioma básico: la sexuación no es sólo un proceso biológico sino, sobre todo, un fenómeno biográfico. Éste incluye aquél, pero no a la inversa.

No entramos en el debate entre lo biológico y lo social del sexo. El nuestro es el debate sobre la construcción de uno y otro sexo y el posible entendimiento entre ellos.

## **B. Sobre la sexualidad**

Al contrario de lo sucedido con la sexuación, la sexualidad se ha extendido de una forma tan amplia que muchos no aciertan a saber qué se dice cuando se habla de sexualidad y cuál es el contenido del concepto.

La sexualidad es un modo de existir: de situarse en la existencia y de vivirla con otro. Hay dos modos fundamentales de existencia: la masculina y la femenina. Son las dos sexualidades conocidas y reconocidas por todos.

Cuando hablamos de sexualidad masculina o femenina estamos haciendo una redundancia, un pleonasma porque decir masculino o femenino supone decir sexualidad.

Cuando usamos estos adjetivos estamos diciendo, sin pensarlo, sexualidad. Si lo pensamos puede que esto contribuya a dar a la sexualidad el contenido que le es propio en lugar de usarla para significados que no le corresponden.

Como ya fue indicado a propósito de la sexuación, gramaticalizar y conjugar el verbo ofrece la posibilidad de cognitivizar la sexuación para entender la sexualidad como su resultado. Si esto se hace, se obtienen resultados.

La sexualidad no abarca fenómenos fragmentados sino totales en la medida en que son vividos por un sujeto sexuado. Los fenomenólogos hablan de *vécu*, de lo vivido por los sujetos que son, no se olvide, sexuados, lo mismo que son sujetos.

## **C. Sobre la erótica**

La erótica es uno de los conceptos más dignos y ricos del legado clásico. Es una pena que, por desidia o inercia, se haya deteriorado rebajándolo a significados comerciales o siniestros.

La erótica es el conjunto de deseos, sensaciones, emociones y sentimientos de los sujetos sexuados como tales sujetos sexuados. No son otros deseos. Son éstos. Pero dada su variedad, la erótica constituye, de por sí, un concepto que sigue siendo rico y fecundo para reunir a todos.

La mitificación que la sociedad ha hecho de algunos sentimientos (como es el caso del amor) sobre los deseos, emociones y sensaciones ha creado un vacío y relegado algunos deseos y, desde luego, mucho, las sensaciones. Una de las virtudes del concepto de erótica es dar cuenta de esos contenidos de forma conjunta y articulada.

Entre los sexos, tanto las sensaciones y emociones, como los deseos y los sentimientos, son sexuados. Ver, tocar, oler, etc. es sexuado; atraerse y desearse, en todas sus formas, es sexuado; amarse es sexuado. No hace falta decir que la gama de detalles que se desprenden de la erótica es inmensa. La erótica es un arsenal de riqueza de los sexos.

Este carácter sexuado de la erótica es uno de los rasgos que se olvida con frecuencia en aras de otros puntos de interés, tales como los masculinos o femeninos, lo que, por otra parte, no hace sino confirmar el mismo carácter sexuado.

El hecho de que, durante siglos los ingredientes que forman la erótica hayan contado más que el mismo concepto general ha contribuido a diluir su mismo concepto.

Una gran parte de lo que se nombra como amor no es sino lo que traduce el concepto de erótica. Y una gran parte del extendido dilema del amor y el sexo y su imposible voluntad de conjunción corresponde a la conceptualización de la erótica.

#### **D. Sobre la amatoria o *ars amandi***

Como la erótica, el *ars amandi* es otro de los grandes legados del pensamiento clásico. Y también, como sucede con el concepto de erótica —que resulta insustituible—, el concepto de *ars amandi* es de tal riqueza operativa que resulta igualmente irremplazable. No se puede pensar uno sin otro.

Por eso la expresión latina *ars amandi* ha quedado como un género más que como una fórmula. Tiene además una anécdota que la hace entrañable: nació en el año uno de nuestra Era. Es la fecha de aparición de la obra de Ovidio que lleva su mismo nombre.

La actualización moderna del *ars amandi* fue impulsada por Havelock Ellis en un libro con ese mismo título aparecido en 1910, dentro de la primera serie de los *Sex Studies*.

Si la primera generación de sexólogos actualizó el *ars amandi* de la tradición clásica, los sexólogos de la segunda generación han diseñado el *nuevo* pensando en la actualidad y en el futuro.

La riqueza del *ars amandi* es superior a la riqueza del amor. Con aquél puede incluirse éste y no a la inversa. Y esta riqueza es la clave de la vida de los sexos: de la vida sexual que las teorías mayores han tratado de sacar hacia adelante, a pesar del empeño de las teorías menores en llevar este concepto hacia el uso de los genitales.

Algunos han traducido la fórmula del *ars amandi* por arte de amar, a condición de mantener en la expresión la operatividad del gerundio que se pierde bajo su difuso y general infinitivo.

Otros la han traducido también por el arte del amor. Y puede ser igualmente útil, a condición de no perder de nuevo el gerundio por el sustantivo y afirmar sólo el sentimiento del amor para excluir las sensaciones, emociones y deseos. Si el amor es para muchos la guinda de la tarta, importa no perder ésta de tanto pensar en aquélla.

Para conjuntar estos elementos es preferible la fórmula de *ars amandi*. Es clásica. Es sabia. Ofrece lo que otras no ofrecen. El *nuevo ars amandi* ofrece, frente a otros anteriores, una serie de actualizaciones bajo el paradigma de los sujetos sexuados.

Dentro de la fórmula del *ars amandi* merece una especial atención la diferenciación entre las nociones de coito y cópula, tanto en términos teóricos como prácticos.

La gran parte de las mal llamadas disfunciones sexuales no son sino dificultades comunes en el *ars amandi*. Es el caso de los vaginismos, de las anorgasmias como lo son las llamadas eyaculaciones precoces o disfunciones eréctiles. En definitiva, la gran parte de las dificultades comunes.

La extensión de la fórmula del coito para indicar, de hecho, cópula, así como la de sexo para incluir ambas, constituye uno de los fuertes equívocos del pulso antiguo a la modernización de los sexos.

A su vez, la identificación del concepto de sexo con placer —sinónimo de orgasmo— constituye, por su parte, uno de los últimos bastiones operativos y conceptuales del mismo debate.

El coito puede incluir la cópula. Ésta excluye aquél. La separación entre ambos, verificada en el asesoramiento de los problemas, no ofrece hoy ninguna duda. Generalizar estas sutiles diferencias a través de la educación es una de las operaciones más necesitadas de trabajo en el nuevo *ars amandi* de los sexos para la convivencia.

## **E. Sobre la pareja**

Los equívocos vertidos sobre el concepto de pareja proceden en su mayor parte de su confusión con el matrimonio. Por eso vale la pena situarlos por separado y no incluidos como sinónimos que no son. Igualmente es importante no oponerlos puesto que pueden ser combinados o, al menos, combinables. Pero, en todo caso, son fenómenos distintos en la historia y, sobre todo, en los sujetos: y en la historia de los sujetos.

A pesar de los equívocos, la pareja es el concepto que responde al fenómeno de la Época Moderna —concretamente de los siglos XVIII y, sobre todo, generalizado en el XIX— para dar preferencia a las relaciones nacidas de los sujetos sobre las leyes y las instituciones.

El irresistible avance del fenómeno de la pareja —ya en el siglo XX— ha contribuido a las grandes reformas y transformaciones modernas del matrimonio, tras las cuales ambos fenómenos se han hecho cada vez más compatibles aunque nunca llegarán a identificarse. Por eso son conceptos diferentes.

La relación de pareja es una relación de sujetos sexuados y que, por ello, se hace por razón de sexo. Decir esto suele parecer provocante cuando no se entiende el sexo como un valor. Pero entonces será necesario entender esto más que adaptar la definición al equívoco.

Las parejas son situaciones de hecho creadas por los sujetos. Sobre las situaciones de hecho, las sociedades y sus instituciones pueden o no poner las situaciones de derecho.

La irresistible ascensión del hecho de la pareja responde a los deseos de los sujetos y ha ido paralela a la afirmación de sus derechos. En este sentido el fenómeno de la pareja y el de los sexos coinciden en un punto: la afirmación de los sujetos sexuados, sus deseos y proyectos.

Los sujetos se atraen y desean. Y desean, más allá de hacerse mal, hacerse bien entre ellos y organizarse para convivir pacíficamente. De ahí el interés del conocimiento de sus relaciones sexuales y de su organización cuyo quicio es la pareja.

## **F. Sobre la procreación**

El término y concepto de reproducción corresponde, en general, a todas las especies. El de procreación es particular de la especie humana o, más propiamente hablando, de la condición humana. Ofrece elementos propios y exclusivos.

La procreación en la actualidad es planteable como una opción de libertad. Por eso es procreación. Y por eso es un resultado de la libertad. Por eso es también obra de responsabilidad.

Por ser responsable es objeto de planificación o, dentro de un proyecto, no del azar, de los descuidos o de la casualidad. Tampoco de la ignorancia.

Combinar estos elementos equivale a hablar de conocimiento, de información y decisión.

Hacer un hijo es un acto libre y creador. Al mismo tiempo es obra de deseo. Un hijo es obra de dos. La expresión “hijos biológicos” es equívoca y falaz. Los hijos, como sujetos que son, son biográficos y obra, en suma, de interacciones sexuadas.

El predominio de la noción biológica sobre la biográfica trae consigo otros equívocos: la separación de las nociones de engendrar de las otras inseparables de la crianza y educación. Combinarlas requiere un proyecto.

Las innovaciones tecnológicas actuales exigen una profundización en estos fenómenos dentro del marco y concepto de procreación, así como de éste en la idea de los sexos.

## **5. Sobre la disciplina**

Ordenar los fenómenos, aparentemente dispares, que se dan entre los sexos ofrece algunas líneas de coherencia teórica y de dimensión práctica en orden al planteamiento de una convivencia razonable entre ellos. Lo esencial de la disciplina no es justificar sino explicar y comprender esa coherencia razonable que se da entre los sexos.

Lo esencial de una disciplina es su organización epistemológica para ver la articulación de su cuerpo teórico con sus teorías y conceptos. La primera generación de sexólogos diseñó este cuerpo teórico en el paso del siglo XIX al XX.

La segunda generación de sexólogos se ocupó de forma más pragmática del diseño de un *nuevo ars amandi* de los sexos para responder a la cada vez más creciente sensibilidad hacia las variedades y diversidades y, sobre todo, a las dificultades planteadas por ellas en lo concreto de las relaciones de los sujetos.

En sus cien años de historia la disciplina de los sexos se presenta hoy con suficiente experiencia y dosis de formalización conceptual para ofrecer sus resultados. Sus vertientes de intervención son la educación sexual y el

asesoramiento y, dentro de éste, en ocasiones, la terapia que no es sino una forma de asesoramiento.

Los hay que prescinden de esta disciplina y la acusan de frivolidad y superficialidad. En toda disciplina se dan riesgos y en ésta también. El sexo es un asunto divertido y eso no le quita su interés y seriedad.

La disciplina y sus planteamientos abren debates nuevos a otras disciplinas. De ahí la conveniencia de los diálogos recíprocos. Es importante entender que la interdisciplinaridad de los debates no es el resultado de las otras disciplinas entre sí sino de ésta con ellas o a la inversa.

La disciplina como ámbito de estudio de los sexos plantea, pues, una serie de cuestiones que, como es lógico, no puede resolver sola. Pero sí puede plantearlas y hacer sus aportaciones propias a ese diálogo común.

## **6. Sobre la dimensión sexual humana**

La formulación del hecho sexual humano o dimensión sexual humana —su mapa conceptual— es una construcción teórica elaborada por la primera generación de sexólogos y sus principales conceptos para dar cuenta del conjunto de la idea de los sexos de forma articulada y coherente.

La representación de la dimensión sexual humana en el sistema de coordenadas cartesianas es un recurso que ayuda a separar los campos conceptuales de los planos de individuación. Nadie se vive analíticamente y por eso nadie se vive como un mapa. Pero al reflexionar sobre ello permite una concatenación lógica de lo vivido en un punto conceptual de dicho sistema.

La combinación de las ordenadas y abscisas permite hacerse una idea de la correspondencia entre las generalidades y las particularidades y por lo tanto particularizar y explicar las particularidades sin perder la referencia a los fenómenos generales de los que dan cuenta los campos conceptuales planteados.

Igualmente ofrece un modelo teórico distinto al acostumbrado en función de lo normal o lo anormal, tan usado para excluir tantas manifestaciones o

considerarlas marginales o enfermas y para explicarlas como consecuencias comunes y generales de todos los sujetos.

Esta concatenación permite, a su vez, una clasificación articulada de la gran cantidad de situaciones y sus dificultades tanto en su comprensión como en su asesoramiento.

La dimensión sexual humana con todos sus elementos plantea, pues, una síntesis de todo lo que sucede a los sexos. Como sucede con toda articulación global, ésta sirve para hacerse una idea y orientarse en su complejidad.

## **7. Sobre los modos**

Frente a la conceptualización del masculino o femenino como roles o papeles asignados desde fuera, léase como estereotipos, los modos se plantean como dimensiones y proyectos que los sujetos perfilan desde ellos mismos.

Estas dimensiones, estos proyectos, parten de sus deseos y posibilidades lo mismo que de los límites y contextos ofrecidos por el marco en el que se perfilan y desarrollan .

Frente a la explicación frecuente que ha sido el recurso a “lo biológico” y “lo social”, la innovación del concepto de los modos masculino y femenino procede del otro concepto básico de sexuación biográfica.

Considerar los dos modos en el mapa conceptual como planos de individuación equivale a dar a éstos un interés preferente en la organización de las interacciones y no disolverlos o situarlos a la sombra de otros factores sino como prolongaciones operativas de los sujetos sexuados.

La sociedad y su organización son sexuadas —se sexuan— porque son creaciones de los sujetos que son y desean ser considerados como sujetos sexuados. Considerar esta sexuación como un lastre ha sido una forma de verlo y lleva a luchar contra él para superarlo. Plantearlo como un valor es otra que lleva a admirarlo y cultivarlo.

Más allá de la masculinización o feminización de los productos sociales o culturales tomados como lastre se sitúa su sexuación por el deseo. Si los

excesos no son objeto de deseo, sí lo es su interacción: su difícil pero deseable equilibrio.

En definitiva, los modos masculino y femenino son el resultado de los mismos sujetos en interacción. Es lo que puede decirse con la metáfora de los vasos comunicantes.

## **8. Sobre los matices**

Dentro del plano de los modos masculino y femenino se sitúa el de los matices hetero y homo. O mejor dicho: predominantemente hetero o predominantemente homo, lo mismo que se es predominantemente masculino o predominantemente femenino, siempre en el continuo de los sexos.

No es posible encontrar el 50 % en el plano de los matices como no es posible encontrar neutros en el plano de los modos. Si ese planteamiento es hipotético —o más bien imaginario— no tiene correspondencia en la casuística. Es el conocido problema planteado como Kinsey 3 en la escala de Hirschfeld-Kinsey.

Los planteamientos que han tratado de negar o justificar la homosexualidad no son epistemológicos sino morales, económicos, políticos, etc. y sería importante analizar más estos motivos que el hecho mismo de la hetero o la homo como matices.

El fácil recurso a los conflictos psicopatológicos u otras hipótesis emanadas de las teorías menores para explicar la homosexualidad, en epistemología de los sexos, se traduce por una renuncia a la búsqueda de explicaciones básicas y generalizables.

Existen motivos para buscar explicaciones sobre la homo por la misma razón que existen para buscar las explicaciones de la hetero, si bien es preciso reconocer que la minuciosidad de estas investigaciones las han hecho hasta el momento irrealizables.

Si en términos cuantitativos nos encontramos con más frecuencia el matiz hetero —y, por lo tanto, con el matiz homo en situación minoritaria—, importa

no olvidar el carácter cualitativo de todo sujeto infinitamente minoritario: uno, o sea, él.

## **9. Sobre las peculiaridades**

El concepto de peculiaridades, dentro del HSH, ofrece una vía para comprender muchos detalles propios de unos y no de otros. ¿Cómo entender, si no, esas realidades tan variadas de los sujetos sexuados?

El punto más espectacular —o, si se prefiere, escandaloso— de las peculiaridades como concepto es que obliga a replantear muchos datos que, por inercia, han sido y siguen siendo situados como trastornos o enfermedades.

Ante la situación insostenible de conceptualizar las peculiaridades eróticas como enfermedades o desviaciones, los psicopatólogos han optado por adoptar un término nuevo y cada vez más usado. Es el de parafilias. Lo que ha sucedido es que ante el éxito terminológico de la nueva denominación todo ha seguido lo mismo.

Las peculiaridades eróticas no son patologías disfrazadas para ser presentables en una sociedad políticamente correcta. Se trata de una conceptualización que parte de que ser sexuado no es ningún trastorno sino la raíz de las singularidades.

La lista de estas singularidades es grande, según los gustos o la paciencia de su enumeración: sadismo, masoquismo, fetichismo, exhibicionismo, etc., etc. Circulan, según distintos autores, listas de 8, otras de 17, otras de 24 o 32. El número puede variar. Por eso interesa su concepto, capaz de explicar la variedad del número.

El debate entre los partidarios del concepto de peculiaridades y los partidarios de las patologías viene de lejos y resulta siempre de un gran interés. El punto más apasionante es el que se conoce como frontera.

Las consecuencias de las peculiaridades en la organización de las relaciones entre sujetos sexuados son muchas y distintas al diseñado desde las patologías. De ahí la necesidad de acentuar dicho concepto en el conjunto.

## **10. Sobre las dificultades comunes**

El concepto de variedad es estructural y básico y no una simple manera de hablar. Por eso hablamos de concepto. Por ello necesita ser tomado epistemológicamente en serio y no como una concesión a la moda.

El concepto de dificultades comunes responde, como el de variedades, a la gran cantidad de situaciones que los sujetos se encuentran a lo largo de su vida como tales sujetos sexuados que son.

El concepto de dificultades comunes, anejo al de variedades y consecuencia de él, requiere la retirada del terreno ocupado por la noción de trastorno o enfermedad. Las dificultades no necesitan tratamiento; todo lo más, educación y, en casos, asesoramiento.

Puede ser útil en este punto recordar, una vez más, el axioma de Havelock Ellis: Entre los sexos se dan más variedades cultivables que trastornos tratables. La observación lo ha demostrado en cada experimento.

Dar, pues, interés a los conceptos de variedad y dificultad amplía el horizonte de valor y, proporcionalmente, reduce el de enfermedad y trastorno, lo mismo que el de delito.

Los conceptos de variedades y dificultades pueden ser las formas más eficaces de tratamiento mediante la eliminación del diagnóstico por innecesario. Pero no es una trampa: se trata de ideas y conocimiento.

Algunos crean problemas para luego tener que tratarlos. Otros los orillan y con eso se arreglan. El caso es saber cómo resolver las situaciones y seguir adelante. Algunos se las apañan, otros se ahogan en un vaso de agua...

## XII

### PROBLEMAS ANTIGUOS E INQUIETUDES NUEVAS

Tras el nuevo horizonte abierto por la episteme de los sexos y su paradigma, los problemas que correspondían a preocupaciones antiguas se han transformado, poco a poco, en inquietudes nuevas, en formulaciones distintas a las anteriores.

Los problemas han cambiado de signo y los sujetos han cambiado de inquietudes. La conclusión de este proceso es que las preocupaciones eran unas y ahora son otras.

#### **1. El cambio**

Porque sucede que no se trata de algunos cambios sino de que los sujetos mismos son otros y estos organizan sus vidas con otros planteamientos. Un sujeto del siglo XX no es uno del IV ni del XIII. Éstos se plantean otros objetivos y otros fines, otros proyectos. Se mueven por otras ideas. Manejan otras teorías y conceptos. Todo ello articula otras identidades y, por lo tanto, otras formas de relación.

Los cambios producidos durante los dos últimos siglos han configurado una problemática que tiene ya poco que ver con los planteamientos previos al paradigma de los sujetos sexuados. Esta nueva configuración puede hacerse visible con la enumeración de algunos indicadores de problemas antiguos y de inquietudes nuevas.

El resultado es, como veremos, por un lado, un conjunto de temas y problemas antiguos y, por otro, un conjunto, a su vez, de temas o inquietudes nuevas. Vivir uno u otro de esos dos conjuntos representa una elección con todas sus consecuencias. Un repaso rápido a estos dos conjuntos puede darnos una idea del cambio y la diferencia en un proceso histórico de larga duración.

## **2. Los grandes temas antiguos**

### **A. “El vicio del onanismo”**

Un ejemplo típico de problema antiguo es el onanismo, así llamado durante siglos en recuerdo a Onán que “derramaba la semilla (el semen) fuera del sitio natural para evitar la descendencia”.

Planteado así, el onanismo —luego masturbación— fue considerado un acto contra natura y, por lo tanto, como afirmarán más adelante algunos moralistas, un vicio o pecado; es decir, un mal. Incluso, un delito o crimen por oponerse a la transmisión de la vida en un acto destinado por naturaleza a tal misión.

Esta manera de ver la masturbación en solitario o en compañía choca hoy con una serie de concepciones netamente antiguas y periclitadas que han convertido ese mismo acto en otra cosa menos en un problema, si bien la prolongación de esos vestigios ha seguido manteniéndose más allá de las esferas que los inspiraron. Por ejemplo, enumerando una serie de riesgos para la salud física o psíquica con vistas a continuar su condición abusiva. O también, declarándolo egoísta y vergonzoso, etc.

Se ha operado un proceso de vaciado de este problema como tal problema antiguo y replanteado de otra forma. En todo caso, el problema del onanismo reside en otro mayor que es el del absolutismo de la cópula desde el cual ha sido planteado éste, así como otros similares.

### **B. La cópula y el apareamiento**

Posiblemente se vea más claro si en lugar de hablar de *relaciones sexuales*, usamos claramente el nombre de *cópula* o apareamiento que es su designación antigua y tal como sigue en vigor en los tratados de Ciencias Naturales para todas las especies o el de *acto matrimonial*, tal como fue designado por los grandes moralistas por ser exclusivo y propio de los esposos unidos en “el santo y legítimo matrimonio”

La denominación de relaciones sexuales, entendiéndolo por tal la cópula o el acto matrimonial, resultan un ejemplo privilegiado de cómo un problema antiguo ha dejado de ser tal y ha sido reformulado en otro contexto y con otros criterios. Pero sucede que esos criterios antiguos se han mantenido como un invariante aunque para reforzarlo hayan sido modificadas sus denominaciones.

Junto a la cópula y el apareamiento así concebidos y planteados, se enmarcaron “los vicios de la alcoba y sus deficiencias” —una gran lista— de los que, andando el tiempo y por transformaciones de la nomenclatura, iban a terminar siendo las llamadas perversiones y desviaciones de la misma cópula, y más cerca de nosotros, las parafilias y disfunciones sexuales, conceptualizadas desde el mismo modelo, es decir como incorrecciones o defectos de la misma cópula o apareamiento.

Estos distintos cambios de denominación a lo largo de los siglos han mantenido intocable el ya aludido absolutismo de la cópula hasta que, finalmente, éste ha sido desarticulado.

### **C. “Los fraudes a las leyes de la naturaleza”**

En la misma dirección de los cambios operados con las relaciones sexuales, pero con un grado propio de por sí, se encuentra el problema de la anticoncepción.

Planteadas en otro tiempo como un desvío de la naturaleza —un fraude a sus leyes, un pecado, un delito tipificado hasta no hace mucho en los Códigos Penales, etc.— poco a poco ha tomado otra perspectiva y ha dejado de lado antiguos planteamientos para contemplarse desde otro punto de mira. Por ejemplo, dentro de la relación sexual básicamente y por definición no

conceptiva, al estar ésta motivada por fines de encuentro entre los amantes y no por la concepción de un nuevo ser.

Poco a poco los sujetos han ido dando sus pasos y evolucionando: descubriendo que una serie de problemas planteados antes no son tales sino que los problemas que los preocupan son otros.

#### **D. “Los actos y los sujetos invertidos”**

Del mismo modo, una serie de deseos y usos amatorios, condenados por las sensibilidades anteriores, se han ido abriendo hacia nuevas formas de verlos y abandonando así las ideas que inspiraron los juicios sobre ellos.

Algunas caricias o gestos de los amantes considerados sucios u obscenos, incluso contrarios a la razón, son hoy considerados comunes por la gran parte de los sujetos.

El caso de los llamados invertidos es un especial exponente del orden antiguo por varios motivos y en especial por la consideración de la misma figura de la inversión del fin que era la reproducción y siendo, por tanto, las personas consideradas invertidas. O, por usar, los términos de la teoría de la degeneración, degeneradas.

De esta forma una serie de designaciones se hicieron comunes en el lenguaje corriente desde el mismo concepto de inversión, dentro de los cuales, los homosexuales han sido los exponentes mayores o más visibles. Como consecuencia, todas las minorías eróticas y las peculiaridades ocuparon un sitio en las llamadas listas negras: las listas o repertorios de tales perversiones, fijados en instituciones tales como las de la salud mental o el derecho penal y, en consecuencia, circulantes en la moral social.

#### **E. El control y la contención**

El uso del matrimonio de forma única para declarar que sólo dentro de él era legítimo el placer venéreo y sólo con fines de reproducción representa sin

duda, visto en perspectiva, una de las grandes problemas impuestos y, a su vez, generador de otros muchos.

Asimismo el esquema extendido del control del instinto reproductor o del más tarde denominado impulso sexual, constituyó uno de los esquemas-resumen de lo que se fijó como contención de esa energía libidinal para ser gobernada y controlada.

Bajo este control y esta contención fueron diseñadas estrategias, en ocasiones en nombre de la higiene, en otras en nombre de la moral. En definitiva, en nombre de una ciencia y cultura impregnadas por tales principios. ¿Cómo es posible seguir hoy planteando los deseos y atracciones de los sexos y sus relaciones en los mismos términos del siglo IV o del XVII? Cuando se piensa esto con detenimiento es imposible no notar una extraña sensación.

### **3. Más allá de los temas**

Lo más interesante, más allá de estos grandes temas surtidores de problemas, es lo sucedido con las ideas en las que estos se inspiran, así como el avance o cambio entre ellas. Con frecuencia se es consciente de lo que se deja atrás, pero no se piensa tanto en lo que se tiene delante. Se sabe o se conocen los viejos modelos, pero entrar en los nuevos no se hace por inercia sino mediante un proceso de transformación en el que obviamente participan las ideas. Son esenciales.

Lo que aquí nos ha ocupado ha sido la formulación de la episteme y el paradigma, las teorías y los conceptos. Y, por fin, la disciplina que ha tratado de sistematizarlo en un cuerpo de coherencia. Los nuevos temas que enumeramos a continuación, en paralelo con los anteriores, son algunos indicadores de planteamientos nuevos, no exentos, por cierto, de sus propios y nuevos problemas.

Pero, al comparar unos temas con otros, una cosa resulta clara: un mundo antiguo ha quedado atrás y se ha abierto un horizonte nuevo. Importa insistir: los cambios no se hacen de golpe. Se hacen presentes, poco a poco, a través de estos temas nuevos, de una nueva sensibilidad, de unos nuevos criterios cualitativamente diferentes que tienen muy poco que ver con aquéllos.

A veces sucede que un buen día, sin saber cómo nos damos cuenta de que las cosas han cambiado mucho. El sexo en términos modernos no es, de entrada, una cuestión moral sino de epistemología. Se ha insistido mucho y monotemáticamente en los prejuicios. Pero el asunto central no es el de superar los prejuicios sino el de ver los contenidos nuevos y que estos plantean otra dimensión y otro horizonte.

#### **4. Los grandes temas nuevos**

##### **A. Concepción-aconcepción-anticoncepción**

Uno de los primeros problemas que se constituyó en pionero de los nuevos planteamientos fue el que hoy se conoce como anticoncepción. Pero si hoy es ya bien conocido el proceso de su denominación como tal no fue tan simple en el final del siglo XVIII que es cuando se elabora y toma forma y consistencia bajo diversos perfiles en los que fue planteado.

No hace falta decir que ver este problema doscientos años después no es lo mismo que verlo doscientos años antes. Verlo resuelto no es lo mismo que verlo en busca de solución, incluso de planteamiento en un contexto ajeno en donde el mismo problema era implantable hasta que fue haciéndose sitio como tal problema moderno.

Por decirlo con los hitos de algunos nombres que han marcado los dos últimos siglos: De Thomas Malthus a Gregory Pincus o de Mary Wolltonscrafft a Mary Stopes han pasado muchas cosas: todo un proceso de transformación de las cosas y los sujetos en la regulación de su fecundidad y que, poco a poco, se separa de su sexualidad. Así, pues, el continuo concepción-aconcepción-anticoncepción tomará una vía distinta a la seguida antes en las relaciones de los sexos.

##### **B. Las identidades y la razón de sexo**

Si en el caso de la anticoncepción las dificultades fueron un cúmulo, en el de las identidades de los sexos la aventura fue mayor posiblemente por tratarse de problemas más conceptuales y que han tratado de enfocarse desde nociones antiguas y no desde las que corresponden a los nuevos sujetos.

Se trata, en todo caso, de algo muy concreto. La pregunta puede ser ésta: ¿por qué las mujeres han sido excluidas del mundo simbólico general de los sujetos y de su universo público si, de hecho, éstas, pertenecen a él como parte de la humanidad que son?

Si la humanidad es sexuada y la sociedad es la forma de hablar de la humanidad ¿por qué no se ha hecho frecuente hablar de la sociedad sexuada? Responder a esta pregunta con coherencia sería la forma de responder a otras muchas desde la clave explicativa de la nueva episteme dejando los rodeos de formulaciones antiguas. Decir que la sociedad es sexuada y actuar en consecuencia equivale a decir que la sociedad se organiza a través de relaciones sexuadas.

### **C. Atracciones, relaciones y encuentros**

Este tercer tema, netamente moderno —en su planteamiento— puede ser considerado el primero y anterior a los otros. Es importante pensar en el carácter fragmentario de todos los aquí enumerados hasta que estos toman su cuerpo y forma en el conjunto.

En efecto, la atracción de los sexos supone la consideración previa de su diferenciación. Y supone además la consideración de ambos sexos como sujetos al mismo nivel y, por lo tanto, de su posible encuentro entre ellos.

No es ya necesario recordar que entre sujetos sexuados las relaciones no son como entre machos y hembras y que no es la cópula la que rigió el fenómeno del apareamiento sino el coito y sus reglas; es decir, se trata de una relación cualitativa y sustancialmente distinta. Si la cópula fue común con todas las especies, como ya quedó anotado, el coito es la referencia propia de la condición humana, distinta de todas las otras.

### **D. Los deseos y los derechos**

Otra de las grandes novedades, frente a la generalización de las obligaciones morales —léase de las funciones de la naturaleza— tras la ruptura epistémica, ha sido el reconocimiento de los deseos y la formulación de sus derechos.

Los derechos han sido proclamados y formulados en los principales foros y convenciones para ser aceptados por todos. El camino que han seguido los deseos ha sido menos explícito y formulario, pero igualmente definitivo. Los deseos, como los derechos, son propios de los nuevos sujetos.

¿Cuáles son estos deseos? Frente a la concepción antigua, los sujetos modernos manifiestan sus deseos factibles y sencillos. Se trata de los deseos comunes y, por lo tanto, factibles; es decir, realizables. Y se trata de deseos, por otra parte, de ellos y que, por lo tanto, sólo pueden ser gestionados por ellos mismos.

### **E. La ascensión del concepto de pareja**

El signo más visible y accesible de todos estos temas nuevos puede ser reflejado en la irresistible ascensión del concepto de pareja que, frente al de matrimonio, surge como relación creada y regulada por los mismos sujetos, sus deseos y derechos como tales sujetos sexuados.

Si la dificultad para definir esta nueva realidad es patente, su riqueza de contenidos, también, precisamente por proceder de esos sujetos nuevos y su consideración en primer lugar. Es sin duda una visible llamada a la confianza y la responsabilidad de los sujetos que pueden hacer sus propios proyectos con sus propios derechos y deseos. Es la consideración de madurez de los sujetos: el comienzo de la organización por sí mismos y entre ellos.

### **5. ¿Un balance?**

Un balance entre los grandes temas del pasado y los grandes del presente no puede hacerse con objetividad y exhaustividad. Por eso es más frecuente un análisis del pasado y su crítica. La tentación de justificar el presente

desacreditando al pasado es ingenua. Pero sí podemos servirnos de indicadores para historiar lo sucedido y así tratar de comprender el presente o resaltar sus puntos de interés usando el recurso de los ciclos largos y cortos propios de la historiografía.

Los temas antiguos no se convierten ni se transforman en nuevos de la noche a la mañana. Se mezclan y solapan, se superponen y sobreviven en la vida de los sujetos que son los que hacen la historia; se transforman paulatinamente a medida que los sujetos se dan cuenta y perciben, cada cual a su manera —cada cual en su momento y por sus razones— la necesidad de dicha evolución. En ocasiones se debe a situaciones especiales, causadas por preocupaciones notorias, en otras a inercias imperceptibles, al ambiente. Lo que no puede negarse en la comparación es el cambio, en ocasiones, radical, en otras progresivo y, en todo caso, reflexivo y razonable.

La sucesión de estas modificaciones en las biografías de los sujetos no coincide necesariamente con los grandes cambios de la historia general: no siguen necesariamente el mismo ritmo. Los sujetos se rigen por sus propios calendarios y relojes individuales. De ahí los equívocos, las tensiones y tirantezas, incluso los desgarros propios de todo crecimiento y, en definitiva, de toda transformación, al ser vividos en sus identidades propias y en las relaciones de unos con otros. Es lo que suele llamarse conflicto en las distintas acepciones o maneras de abordar las distintas realidades que se suceden, en las formas de resolver los problemas planteados.

## **6. Perplejidad y dimensión razonable**

El proceso de modernización de los sexos ha supuesto un cambio —un gran cambio o muchos pequeños cambios configuradores de un gran cambio— y que no suceden sin sus correspondientes costos o precios.

Desde que Kant definió, al final del siglo XVIII, lo sucedido con la Ilustración y el uso de la razón como atrevimiento humano —atreverse a pensar por sí mismos— esto ha supuesto un inmenso reto pero conviene ser conscientes no sólo de sus luces sino también de las sombras.

Algunos han criticado los excesos de las luces y la Razón: “el sueño de la razón produce monstruos”. Otros han destacado el resultado de la dimensión

razonable: comprender y explicar lo que sucede que, por encima de todo, es el resultado del conocimiento de los seres humanos y la gestión de su condición sexuada con sus posibilidades y límites.

Pensar el sexo —pensarse como sexuado— y extraer sus consecuencias teóricas y prácticas ha sido un largo y tortuoso proceso: una aventura del conocimiento.

## **7. La nueva sensibilidad**

Esta nueva conciencia del ser humano sexuado, netamente moderna, fuera de los dioses o de la naturaleza — autónomo y libre— y teniéndose, por tanto, que gobernar por sí mismo, constituye el arriesgado pensamiento del que se han derivado las mayores consecuencias.

La conciencia de ser sexuado es el quicio y referencia que lo hace pensarse y definirse sólo en relación al otro sexuado, necesitado de él para entender su posible y buscada identidad. Es esta conciencia de la razón de sexo la que ha dado un vuelco a todos los problemas antiguos dejándolos sin los sentidos que tenían y adquiriendo otros nuevos y distintos.

El avance y desarrollo de esta sensibilidad nueva, bajo diversas formulaciones, según los problemas, ha marcado toda la reflexión científica o social. Puede que, desde ahí, no resulte difícil explicar la irresistible ascensión del concepto de pareja como búsqueda y encuentro con el otro y que no en vano en dicha realidad se concentren hoy tantas inquietudes.

Y puede también que, desde ahí, los temas antiguos se puedan explicar como obsoletos. El interés de una educación sexual organizada es responder a estos retos para seguir adelante.

## **8. Algunos temas difusos**

### **A. El tema del amor**

Si, como es admitido, el amor es un sentimiento, este sentimiento, como tantas cosas que se dan en los sujetos —recuérdese: las sensaciones, las emociones, los afectos, etc—, es un sentimiento sexuado y no puede no serlo: es un sentimiento de los sujetos que son sexuados: se hacen sexuados y sexuan, a su vez, todo cuanto viven. Se ha dicho que el amor es lo más grande que poseen los sujetos, que es aquello tras lo que todos corren: el contenido más codiciado y buscado.

Se ha extendido una moda de pensar, en términos maniqueos, según la cual el amor se opone al sexo como la virtud al vicio o la altura a la bajeza: lo afectivo a lo sexual. Oponer, yuxtaponer o contraponer, como se hace, el amor al sexo o viceversa, es un juego ingenuo. De esta forma el amor ha servido de coartada y refugio impenetrable e intocable para no plantear el sexo sino al lado. En las últimas décadas se ha extendido la fórmula de la educación afectiva y sexual...

Replanteados los sujetos, sus identidades y sus relaciones en términos modernos, este sentimiento deja de ser etéreo e intocable —abstracto o invariante— para convertirse en lo que es, de hecho: un producto de los sujetos sexuados.

De ahí el planteamiento del amor desde la episteme de los sexos y su paradigma: el amor no es sino uno de los productos del sexo. Y sin duda uno de los más codiciados por los sujetos, lo que equivale a dar más interés al sexo porque es de él del que aquél se nutre y configura. Por decirlo de una forma coloquial: quienes plantean el equívoco dilema de elegir entre amor y sexo pueden pensar que no es tal dilema. La respuesta, en términos modernos, es: primero el sexo; y sólo en su marco podemos hablar de amor. El sujeto, decíamos, es sexuado y se sexua a través de todos sus elementos.

Para pensar el amor es inevitable pasar por el concepto de sexo. Y, desde éste, el amor no es sino su corolario, su producto. Lo que mueve o lleva en busca del amor —del otro sexuado— es el sexo. Cuando la gente dice que prefiere el sexo al amor, dice una gran verdad y cuando dice que lo que prefiere es el amor, dice la misma verdad de otra manera, aunque, debido a la confusión de las palabras, se mantenga ese debate sin fin. En términos modernos el amor sólo es pensable —y vivible— desde el sexo.

## **B. El tema de los célebres instintos**

Si el tema del amor se ha mantenido en las alturas y con toda consideración, el de los instintos llamados bajos o groseros, inmundos o perversos o simplemente animales, ha perdido el protagonismo que tuvo en la antigüedad. La novedad del paradigma de los sexos en la condición humana ha ido poco a poco desplazándole de su sitio a medida que la dimensión sexuada y, por tanto, los deseos han sido considerados de otra forma.

¿Qué pasa, pues, con los célebres instintos animales, groseros, etc.? Asumidos por la educación, su función es integrarse y diluirse en el conjunto de los deseos razonables y su ordenamiento. La tradición destacó sobremedida la necesidad de su control y contención. La modernidad, de su integración en los sujetos a través de la educación.

Su sitio es, pues, el que le asigna ese sistema regido por el valor de la relación, primer referente en el ranking de los sujetos. Pensar en los instintos, por definición, separados de ese conjunto, lleva a la estrategia perversa de vaciar de contenido ese mismo conjunto para enfrentar esos instintos a una razón pura y dura. Es el tema manido del sometimiento, la disciplina férrea, la ascética, la amenaza y el castigo... Si una apuesta es clara en la Época Moderna ésta ha sido la dimensión razonable de los sujetos, cultivable mediante la educación. Desconfiar de ella o anularla es hablar de los tiempos de las cavernas o del protagonismo del paleoencéfalo.

Todo cuanto aquí enunciamos tiene por marco la educación de los sexos. La razón de sexo se desarrolla y educa. La convivencia de los sexos no es, en definitiva, sino el sistema de los deseos elaborados en clave de razón. Y la apuesta moderna por la educación no es sino una declaración de confianza en la capacidad de los sujetos movidos por ella. Incluso los déficits o excesos, léase sus desmanes, son planteados a través de ésta mediante la reeducación o rehabilitación.

La insistencia en esta clave de razón por parte de los líderes teóricos de la modernización de los sexos contrasta con el silencio y la ocultación bajo diversas formas de esa educación. Por otra parte el afrontamiento de los temas y problemas fuera de este marco de la educación no es sino una de las consecuencias de esta lucha contra la modernización y a favor del mantenimiento de los postulados antiguos. Por decirlo con referencia a las teorías, es la tesis de los machos y las hembras, según la vieja versión de la

teoría del *locus genitalis* y fuera de los hombres y mujeres, tal como fue planteado por la teoría erótica y más claramente por la de los sexos

Nadie puede asegurar que no se den desmanes. Pero se trata de la prioridad y el protagonismo del orden razonable y no de los desmanes en el gobierno de las relaciones de los sexos desde los deseos razonables y no desde los célebres instintos. Nadie emprende razonablemente un plan desde las excepciones o emergencias.

### **C. El tema de las antiguas pasiones**

Si los instintos ocuparon un sitio privilegiado en el adoctrinamiento antiguo, otro similar fue el de las grandes pasiones que, en la mentalidad colectiva, fueron entendidos como el grado sumo de aquéllos. De ahí las expresiones “dejarse o no llevar por los instintos”, “seguir los arrebatos de la pasión”.

La ascética desarrollada para ese control de los instintos o sus grados sumos, las pasiones, es bien conocida por todos. Aunque, como también es sabido, si la bajeza o grosería de los instintos fue mantenida para su desprecio, la mitología de las grandes pasiones fue elevada a heroicidad a través de la magia del amor.

Por otra parte, si los instintos fueron mantenidos en la orografía de lo bajo—el cuerpo y sus necesidades—, las pasiones ocuparon una altura más propia del alma y sus grandezas. Curiosamente, siguiendo ese gran dualismo, se ha mantenido la topografía del cuerpo y sus necesidades para lo que ha dado en llamarse sexo, en su idea antigua, y, a su vez, se ha dejado al alma y a sus sentimientos el amor.

Esta distribución de elementos constitutivos o explicativos propios del mundo antiguo ha sido perpetuada en el moderno a falta de otras elaboraciones acordes con la construcción de los sujetos y sus deseos. Lo que las nuevas conceptualizaciones han tratado de hacer ha sido un replanteamiento más acorde con sus sensibilidades.

## **9. Todo es posible entre sujetos sexuales**

La clásica y añeja intuición de que todo es posible entre los amantes se ha hecho una realidad más inteligible y patente tras el planteamiento de estos como sujetos sexuados. Los amantes son tales por ser sujetos sexuados. Unos, como usuarios, miran el ser amantes que es lo que a todos interesa; otros, los estudiosos, miran el hecho de los sexos que es su objeto de estudio.

La Época Moderna ha dado con la episteme que explica los hechos como antes nunca habían sido explicados. Y, de paso, ha aportado algunas claves de gran utilidad. La ética de los sexos empieza en su epistemología y pasando por un montón de recobecos y complejidades del conocimiento, ha planteado un conjunto ordenado de datos y aportaciones acordes con las sensibilidades de estos nuevos sujetos.

Todo es posible entre los amantes : todo es explicable entre sujetos sexuados. Y hay más espacio para la admiración y el asombro —la sorpresa y la seducción— que para la desconfianza y el miedo. No hace falta decir que sacar las consecuencias de esto y ponerlo en fórmulas de uso para la vida cotidiana de los sujetos requiere dedicación. Es la apasionante tarea del desarrollo de la razón de sexo.

## XIII

### LA REFORMA SEXUAL Y EL SEXO COMO VALOR

Uno de los pasos cualitativamente significativos en el proceso de modernización de los sexos ha sido la percepción del sexo como un valor. Por ello puede hablarse con toda propiedad del descubrimiento de este valor y de su formulación, aunque ésta haya sido lenta y laboriosa.

Afirmar que el sexo es un valor equivale a traducir el paradigma de los sujetos sexuados de su campo epistemológico a su vertiente vital y social, es decir, tal como ésta es —o puede ser— vivida y organizada por los sujetos en la sociedad.

#### 1. La afirmación y el debate

Si la episteme y el paradigma remiten a contenidos técnicos y científicos, el valor resulta, por su parte, una realidad compartible por todos. De ahí su carácter relacional y, por lo tanto, cívico o, si se prefiere, político-social en su sentido de trato entre unos sujetos sexuados con otros sujetos sexuados. La noción de valor plantea, pues, un paso cualitativamente distinto y que, como tal, requiere una consideración detenida.

No se trata de plantear o reivindicar una serie de conductas chocantes o unas ideas sueltas frente a otras ideas diferentes también sueltas y desgajadas de su conjunto. Tras la articulación de la idea de los sexos y su cuerpo teórico, se trata de extraer las consecuencias cívicas y sociales de los sujetos sexuados. Un valor no es ya una idea sino un ideal atractivo y, por tanto, deseable.

Este paso de la idea de los sexos que, lenta y progresivamente, ha ido tomando forma en el pensamiento, a la idea de sexo como un valor nuevo en la sociedad ha constituido el reto por el cual fue necesario ser sometido a un

debate general, debate que, como es sabido, tuvo lugar en el primer tercio del siglo XX.

Tres fueron los movimientos representativos que mantuvieron este debate. En primer lugar el de la Reforma sexual, que fue de quien partió la iniciativa. En segundo lugar, el de la Revolución sexual y, finalmente el Tradicionalismo.

## **2. El movimiento de la Reforma sexual**

El plan de la Reforma sexual tomó forma concreta y operativa en los años veinte del siglo XX mediante la organización de la *Liga mundial de Reforma sexual* presidida por Havelock Ellis, Magnus Hirschfeld y Oscar Forel y en la que participaron la práctica totalidad de los sexólogos de la primera generación a través de su presencia, sus acciones y escritos.

La redacción de los Estatutos o normativa de la Organización ofrecen un excelente objeto de estudio sobre los objetivos y fines, así como sus obras e ideas de referencia para la extensión de la cultura sexual y la expansión del sexo como valor en una sociedad sexuada.

Que la empresa tenía una alta dosis de idealismo o fe en el progreso no ofrece especiales dudas. Nada impide, sin embargo, constatar la igualmente alta dosis de innovación operativa en sus planteamientos. Es importante separar esos dos rasgos de la tentación utópica mediante la articulación viable y realista como, de hecho, se realizó de sus puntos básicos y programáticos de acción que, aunque en sus primeras redacciones varían, quedaron fijados definitivamente desde el Congreso de Oslo en 1929.

Estos puntos, formulados en su célebre *decálogo* como objetivos de la *Liga*, constituyeron los fines de las distintas acciones emprendidas: unas más genéricas como fue la difusión de la información a todos los niveles; otras, como el gran tema de la anticoncepción, ocupó una buena parte de los primeros pasos en los distintos países. Otras, aún más complejas, si cabe, como fueron las emprendidas en pro del derecho de las distintas identidades por razón de sexo o del derecho a las diversidades, así como la libertad de las mujeres en igualdad de condiciones sociales que los hombres, lo que abrió el gran capítulo de las reformas legales, etc.

En esta sucesión de temas es importante no perder de vista el objetivo central a largo plazo: poner en circulación la idea del sexo como valor en la vida de los sujetos y, por lo tanto, en la sociedad con todas sus consecuencias. En otras obras puede verse con más amplitud el desarrollo de este movimiento. (Véase, por ejemplo, A. Llorca, *La Liga Mundial para la Reforma sexual*, Rev. Esp. de Sex., nº 69, 1996).

### **3. La Revolución sexual**

Las principales reacciones frente a este plan de la Reforma sexual fueron dos: por un lado, el movimiento de la Revolución sexual y, por otro, el del Tradicionalismo. Ambos movimientos fueron activados como respuesta a la Reforma sexual y, frente a los mecanismos de funcionamiento de ésta, aunque es preciso reconocer que, como efecto lógico, llevaron el debate en otras direcciones y, por lo tanto, lo distrajeron de la referencia motora.

El movimiento conocido como Revolución sexual o más en concreto la *Sex-Pol* (Política sexual) tuvo su origen en la iniciativa planteada por W. Reich en el tercer Congreso de la *Liga Mundial de Reforma sexual* celebrado en Viena en 1930 y que, descartada por no responder a las líneas generales de ésta, fue creada por el mismo Reich en los primeros años treinta.

Por decirlo con otros términos: si la Reforma sexual fue planteada en un marco social abierto, la *Sex Pol* tuvo su signo reducido expresamente a una organización política. Todavía de otra forma: si la Reforma sexual fue liderada por los sexólogos, la *Sex-Pol* fue el resultado de la llamada izquierda freudiana con el marxismo. De ahí su conocido movimiento de freudo-marxismo al que dará lugar, alimentado en esos años por W. Reich y sus escritos, algunos de los cuales fueron materiales de su obra del mismo título.

Tras la II Guerra Mundial este movimiento resurgirá en los años sesenta dando origen a lo que será conocido con el mismo nombre, si bien unido a otros elementos socio-políticos, tales como la revuelta estudiantil de mayo del 68, el movimiento hippy y otros afluentes de contestación hasta ser absorbidos todos ellos por otros intereses y diluidos en ellos.

### **4. El Tradicionalismo**

La otra gran reacción frente a la Reforma sexual fue, como ya quedó indicado, la procedente de sectores conservadores. Su liderazgo fue llevado por las derechas y, de un modo especial, por las Iglesias, dentro de las cuales, la Iglesia Católica, siguiendo la línea de la histórica declaración del *Syllabus* en donde se situó contra “toda ideología moderna o liberal”, en esta ocasión lo hizo a través de dos grandes documentos bajo la forma de encíclicas papales. La primera (*Divini Illius Magistri* de 1929) contra la educación sexual; la segunda (*Casti Connubii*), a un año de distancia de la anterior, en 1930, en defensa del matrimonio tradicional y la consiguiente condena de cualquier otra forma de relación entre los sexos.

Las repercusiones de estos documentos, a través de los distintos comentaristas y formas de aplicación, constituyen la mejor guía de lo que se conoce como Tradicionalismo, opuesto a la Reforma sexual. Unas décadas más tarde se añade una tercera encíclica, la *Humanae vitae* de 1968 en la que se condena y rechaza cualquier relación entre los sexos que no deje la vía abierta a la fertilidad natural y consustancial de la cópula como acto genésico o generador.

Con estos tres hitos documentales puede resumirse lo que en términos generales se conoce como Tradicionalismo o doctrina tradicional y sus bases con relación a los grandes temas que han alimentado las principales polémicas relativas al despegue del sexo como valor en este tramo de la Época Moderna que ha sido el siglo XX.

La altura dogmática marcada por estos hitos no ha impedido que, por debajo, se formaran corrientes alternativas de movimientos críticos hacia esta doctrina en el mismo seno de la Iglesia y en diálogo con otros sectores. En tal sentido el Concilio Vaticano II, celebrado en los años sesenta, significó una referencia singular caracterizada por sus intentos de apertura al diálogo relativo a los valores nuevos del mundo moderno, si bien el posterior cierre de este diálogo por la cada vez más acentuada reacción conservadora han sido notorios.

## **5. Entre los dos extremos**

La operación llevada a cabo por estos dos extremos, uno por la extrema izquierda y otro por la extrema derecha —si seguimos con la terminología

política— constituyen lo que ha sido descrito como un escenario en el que, entre ambos, han contribuido a neutralizar el efecto iniciado y liderado por la Reforma sexual.

Es importante resaltar la circunstancia paradójica de que La Reforma sexual, al no ser extremista, pasó de ser motora a quedar cada vez más desapercibida en los debates. Aunque, como ha expuesto Atina Grossmann en su *Reforming Sex* (Oxford University Press, 1997) ésta haya continuado adelante especialmente con el empuje de la segunda generación de sexólogos ya en el marco de la sociedad del bienestar tal como ha sido vivida en la segunda mitad del siglo XX.

Importa igualmente destacar la aparente contradicción entre el protagonismo dado a las polémicas de los extremos y el avance, más bien callado, de las ideas de la Reforma sexual hasta el punto de que su mismo nombre ha tenido una presencia menor que la de los otros movimientos.

Por otra parte, frente a esos debates mantenidos en los extremos tanto por parte de la Revolución sexual como del Tradicionalismo, la Reforma sexual ha conectado con la generalidad de los sujetos en un efecto de progreso sostenido y de largo alcance hasta el punto de que sus principales objetivos se han ido cumpliendo, uno a uno. Es éste uno de los puntos más interesantes que ha sido atribuido con razón al carácter moderado y de progreso propios de los sexólogos tanto de la primera como de la segunda generación.

Visto en la perspectiva del tiempo, posiblemente sea éste uno de los puntos más importantes en su haber por ser precisamente una de las pruebas más elocuentes de la viabilidad empírica de la traducción de la idea de los sexos a la idea del sexo como valor. Los sujetos lo han percibido, aunque por la dificultad de las fórmulas verbales y la precariedad del vocabulario no acierten a expresarlo: saben lo que quieren, aunque el retraso educativo no haya acompañado a esta transformación.

## **6. Un paréntesis: la contrarreforma sexual**

La Reforma sexual y sus dos grandes reacciones —tanto por parte de la Revolución sexual como del Tradicionalismo— han sido creaciones originadas en un escenario fundamentalmente europeo y desarrolladas desde Europa. Pero,

como es sabido, la ascendente hegemonía norteamericana tras las dos guerras mundiales ha representado una gran novedad para el desarrollo futuro.

Es importante señalar esta novedad y, con ella, esta otra: que Norteamérica no vivió en términos históricos la Reforma sexual y sí, en cambio, la lucha entre la Revolución sexual y el Tradicionalismo en su versión posterior a la segunda guerra mundial. Es la sucedida en los años sesenta. Este dato puede explicar las parciales lecturas hechas desde Estados Unidos de los sexólogos de la segunda generación —Kinsey, Masters y Johnson, etc.—, aceptados por círculos científicos pero no en sus mensajes transformadores y, desde luego, no entendidos desde el talante de la Reforma sexual de la primera generación de sexólogos, lo que puede explicar el llamado fracaso de la ruidosa revuelta de los años sesenta.

Estos extremismos, así como su ausencia de una solera o talante de equilibrio, podrían explicar también el aumento del fundamentalismo estadounidense contra el sexo en notable aumento durante las últimas décadas del siglo XX frente a los movimientos innovadores.

Por otra parte, el éxito de la teoría o perspectiva de género —nacida y engrosada en Estados Unidos— y el consiguiente intento de reclusión de la idea moderna del sexo, o sea, de los sexos, a la vieja teoría del *locus genitalis* sin renovar, podría explicar, a su vez, la escasa participación de Europa en este momento.

Algunas consecuencias de este exceso de protagonismo norteamericano y de la inhibición europea han podido ya ser analizadas *a posteriori*, como es el caso de la expansión de las políticas victimarias en defensa de la mujer y los menores, verdaderas coartadas para justificar una criminalización de la razón de sexo, lo que, de hecho, ha traído consigo las más duras medidas represoras y de persecución, si bien disimuladas bajo el tenso respeto coactivo de la llamada corrección política.

Esta llamada corrección política, aplicada a los sexos —y que en Europa ha sido tomada con ironía, por no decir como una broma— es, de hecho una estrategia, a través de la cual Norteamérica está llevando una auténtica contrarreforma sexual.

## 7. Una llamada de atención

Con el soterrado avance de estas actitudes y contenidos de fondo puede afirmarse que el proceso de modernización de los sexos —y, en consecuencia, del sexo como valor— ha conocido en las últimas décadas uno de los momentos más negros de los dos últimos siglos, en especial por la ruptura de la confianza entre los mismos sexos y la instauración, en su lugar, de una desconfianza inusitada y de mutua suspicacia. El clima de crispación y de penalización de todas las llamadas cuestiones relativas al sexo apuntan contra las mayores adquisiciones modernas de la episteme y el paradigma de los sexos.

En efecto, los acontecimientos de las últimas décadas del siglo XX han dado fundadas razones para hablar no sólo de un nuevo planteamiento de guerra de los sexos, sino de una guerra abierta contra la misma modernización de los sexos, así como de un intento planificado de reinstauración de los criterios antiguos contra el avance de los nuevos. Si la antigua moral utilizó la coerción de la conciencia, la nueva moral reaccionaria, consciente de la impresentabilidad de aquélla ante el avance de los derechos civiles, ha tomado el derecho penal como medio de chantaje.

La cada vez más reclamada presencia de Europa en este debate del que ha estado ausente, por su experiencia tras la Ilustración, así como en sus fases posteriores de modernización sexual, confirmaría cada vez más la necesidad de considerar la obra innovadora de la Cuestión sexual planteada en el viejo continente durante el paso del siglo XVIII al XIX y de la Reforma sexual en el comienzo del siglo XX, por encima del protagonismo de los debates —y luchas— entre la Revolución sexual, por un lado, y el Tradicionalismo, por otro.

Plantear en el actual contexto el ciclo histórico largo de la modernización de los sexos equivale, pues, a sobrepasar este ciclo corto —estos momentos negros—, especialmente exasperantes, para seguir adelante con el planteamiento del sexo como valor y su traducción en el consenso entre los sexos, en ocasiones amenazado de quiebra. La obra de Geneviève Fraisse puede ser considerada como una llamada de atención en este sentido y en este momento crítico.

## **8. El sexo como valor en la actualidad**

¿Cuál es el alcance del sexo como valor en la actualidad? La cantidad de flancos a través de los cuales la episteme de los sexos ha tratado de ser fragmentada ofrecen una idea de disgregación. Por debajo de todos ellos, la cuestión de interés es la misma: la afirmación del sexo como un valor, si bien una serie de obstáculos nuevos frente a otros viejos no dejan verlo con la mínima claridad.

Precisamente el incremento de la manipulación del sexo desde sus aspectos fragmentarios y su utilización para otros fines hace que este valor propio no sea fácilmente percibido sino, al contrario, más y más difuminado.

Lo que ofrece a este momento una ocasión propicia, por necesidad, para hacer un recuento de la historia no lejana y refrescar sus grandes líneas, en especial sus aportaciones.

Los herederos de la histórica Reforma sexual, a través de la disciplina y profesión, siguen —seguimos— afirmando el sexo como valor entre esta gran cantidad de aspectos por medio de los cuales el mapa trata de ser desdibujado y, en definitiva, eliminado.

## **9. Un patrimonio de todos**

A la vista de la utilización de los intereses desde los cuales el sexo es directa o indirectamente usado sin consideración, no resulta difícil observar un panorama poblado de deficiencias que, sumadas desde unos u otros afluentes, ofrecen un campo lleno de dificultades para la consideración de la dimensión del sexo como valor.

Si el sexo es un valor patrimonial, y por lo tanto de interés de todos, estos intereses sectoriales requieren un replanteamiento de forma que, sin renunciar a sus propios intereses —por otra parte legítimos y, en ocasiones, elogiosos—, el patrimonio común no sea deteriorado.

Si hay un valor con el cual los sujetos han sido cada día más sensibles, éste es el del diálogo y el consenso. Por eso, desde ese valor, puede invitarse a dejar

de disparar contra el sexo desde tantos frentes y trincheras, desde tantos intereses sectoriales que impiden ver un valor común que todos desean cultivar y promover.

Es, pues, imprescindible dejar de disparar contra el sexo ante cualquier cosa que bulla y sentarse en torno a la mesa del debate sobre ese patrimonio común. Es obvio que el diálogo y consenso sólo pueden venir del ejercicio de la razón y de su puesta en común sobre una mínima base razonable. Y ésa es que el sexo es un valor del interés de todos y beneficio de todos.

## **10. Nuevos puntos abiertos**

No hace falta decir que la cualidad y facultad humana de pensar sirve para que los seres humanos organicen sus vidas en coherencia con sus ideas y valores. Alguien ha escrito que si no vivimos como pensamos se corre el riesgo de pensar como se vive. Incluso, de no pensar. Y anular el pensamiento es un gran riesgo.

Por ello, el sexo, como un gran valor humano que es, necesita ser pensado y conocido para ser valorado. Y necesita ser respetado en nombre de la noción misma de valor y de la correspondiente idea de los sexos. Tampoco haría falta indicar que la seriedad del sexo no está reñida con la ironía ni con el humor ni otros géneros literarios de la vida. Lo serio de los valores es que son atractivos y, por lo tanto, divertidos.

Cuando se habla de las mujeres y de su sitio en la vida pública o de la necesidad de tener en cuenta esta media humanidad, lo que se está debatiendo no es sobre las mujeres sino sobre la necesidad de ver esa humanidad entera, esa condición humana como sexuada.

Cuando se ponen en primer plano los derechos de las mujeres o cuando se habla de sus derechos, así como sobre la violencia contra ellas, lo que se está reclamando, en realidad, no es sino la consideración sexuada de los problemas de los sujetos sexuados. Porque no hay sujetos no sexuados ni formas de vida humana no sexuadas. Lo propio, pues, de las mujeres remite a lo propio de los hombres. Y lo que ambos tienen en común y que los relaciona, por definición, es que son sujetos sexuados. De ahí la imposibilidad de considerar los problemas de las mujeres y de los hombres por separado.

El valor de referencia en el debate de todos estos problemas es el sexo: el sexo como valor de referencia. Decíamos en un capítulo anterior que en el continuo de los sexos todo sucede como en la ley de los vasos comunicantes: los fenómenos femeninos sólo pueden plantearse y entenderse en relación a los masculinos como efectos de la sexuación. Y, tras el fenómeno, lo que se plantea en todos sus problemas es esta referencia y medida. Lo miremos desde donde lo miremos, no es posible salir de este valor de referencia.

La idea de los sexos ha abierto este horizonte del valor del sexo. No verlo o tratar de explicar los problemas de uno u otro sexo desde otras referencias es renunciar a las suyas propias.

## Anexo al Capítulo XIII

### EL SEXO: VALORES Y CONTRAVALORES

*(Transcribimos aquí el resumen de diez puntos analizados en El libro de los sexos como formas o estilos de intereses que no tienen en cuenta que el sexo es un valor y que, por lo tanto, no muestran hacia él su consideración).*

**1. A propósito del amor.** Algunas opiniones dicen valorar el sexo pero sólo en nombre de la afectividad y el amor, dejando de lado el hecho más básico y central de que si los sujetos se atraen y se aman es precisamente porque tales sujetos son sexuados. Son sexuados los afectos y los sentimientos de los sujetos sexuados y por ello el valor del sexo no es sólo periférico sino básico y troncal. Cuando se sitúa de un lado el sexo y de otro el amor o los afectos, incluso cuando se trata unirlos con la mejor voluntad se olvida con frecuencia este principio básico.

Con frecuencia la invocación de la altura y grandeza del amor no es sino una excusa para afirmar, *a contrario*, la bajeza y la indignidad del sexo. Por ello el planteamiento mismo que parte de ese principio del amor y el sexo requiere ser analizado y debatido con detenimiento.

**2. A propósito de la depravación.** Otros sectores piensan que el sexo es un simple sinónimo de lujuria, lascivia o fornicación y, por lo tanto, también de vicio y depravación.

A partir de ahí acentúan sus correspondientes diques de contención o continencia para que esos vicios no sucedan y, por el contrario, sean reconducidos hacia el bien y la moralidad, aunque en nombre de ese bien y de esa moralidad no duden en satanizar el mismo valor del sexo, situándolo, de entrada, en el ámbito del mal. Si se habla del sexo como valor, el uso del adjetivo sexual como sinónimo de depravación es epistemológicamente inadmisibile, pero también éticamente intolerable puesto que, como valor, éste

también exige, ya que no estima, al menos un mínimo de consideración y respeto.

**3. A propósito de la discriminación.** Otros sectores han sustituido la noción de sexo como valor por algunos de sus riesgos, tales como la discriminación negativa de un sexo por el otro, que es lo que, en términos tradicionales, se conoce como machismo. Para llevar a cabo la lucha contra esos riesgos estos sectores han introducido la noción de *sexismo*.

Al no partir del sexo como valor le han atribuido, sobre todo, ser fuente de discriminación, como otros le atribuyeron ser causa de vicios. El sexo como valor ofrece grandes posibilidades no sólo para erradicar la discriminación negativa de las mujeres sino para otro planteamiento distinto entre uno y otro sexo.

No se pueden corregir unos errores instaurando otros mayores en su lugar. La lógica y la ética de los sexos así lo indican. Es la epistemología de los sexos según la cual hombres y mujeres quieren —y pueden— ser iguales a todos los efectos, sin por ello tener que renunciar a su condición sexuada por la que, en definitiva, se rigen entre ellos.

**4. A propósito de la prevención.** Otros sectores han asociado el sexo con una serie de enfermedades. De ahí que estas enfermedades hayan sido denominadas *sexuales* o de transmisión *sexual*. Y de ahí que la asociación semántica del sexo con tales enfermedades haya resultado un contravalor frente al valor del sexo.

Conviene no perder de vista el efecto indirecto del uso del sexo en un sentido que no sólo no le corresponde puesto que tales enfermedades no son de transmisión *sexual* sino, en todo caso, *genital*. Y ya no hace falta insistir en que, en la Época Moderna, no se puede confundir impunemente el *locus genitalis* con el hecho de los sexos. Una mínima consideración del sexo como valor no mezcla la semántica del sexo con la de la enfermedad. Existen, de hecho, otras formulaciones, incluso más claras y didácticas y también más acordes con los fenómenos de los que se trata.

**5. A propósito de los trastornos.** Otro sector, como es el dedicado a los trastornos humanos y al análisis de sus patologías, de un modo especial las mentales, ha utilizado el sexo para dar nombre a una serie de lo que han llamado trastornos y disfunciones sexuales. Por otra parte, la lista de tales

trastornos y sus síntomas o síndromes asociados al sexo o derivados de él ha sido de tal manera engrosada que, bajo todos ellos, resulta difícil afirmar que el sexo es un valor y sí, por el contrario, fuente o etiología de muchas perversiones, anomalías y perturbaciones, todas ellas calificadas con el adjetivo *sexual*.

Se puede comprender que haya una dosis de trastorno por razón de la noción de sexo como sucede con todo fenómeno humano, pero es una incoherencia —y un gran riesgo, si se quiere valorar el sexo— confundir los fenómenos comunes con algunos de sus problemas o incidencias ocasionales.

**6. A propósito de la perspectiva de género.** Otros sectores —también sin duda con su mejor intención—, para sacar a las mujeres de ese gran magma en que, bajo estos distintos aspectos, ha sido convertido el sexo y las mujeres tras él, han tenido la idea de innovar una noción contraste y contrapeso.

Desde ese planteamiento han formulado el binomio “sexo/género”; y, tras él —excluido ya el sexo de su formulación troncal—, han puesto en circulación la fórmula de “la perspectiva de género” o simplemente el género para referirse a todo lo relativo a las mujeres y sus problemas fuera del marco de los sexos, es decir, al margen del sexo o con independencia de él.

Tratar de liberar a la mujer de la caricatura del sexo puede que haya resultado una forma no sólo de desaprovechar el valor del sexo sino de excluirlo expresamente de la categoría de valor mediante la reclusión de su concepto a lo que ha sido llamado *el sexo como mera función biológica*. De esa manera se termina por perder tanto el valor de la definición de la mujer en relación con el hombre como el concepto troncal de sexo que es el que marca la referencia entre los dos.

**7. A propósito de “lo meramente sexual”.** Uno de los efectos de las acciones procedentes de este planteamiento de la noción de sexo como “lo meramente biológico” o “lo estrictamente físico” se ha juntado con lo igualmente llamado “meramente sexual”. Es la confusión entre una función natural y una dimensión humana.

Si esta formulación es usada por sectores científicos y técnicos para alimentar el conocido debate entre biología y cultura y distraer del debate de los sexos, existe otra versión —ésta popular— que es la de *follar o echar un polvo*.

Eso es, dicen estos sectores, el sexo: el mero sexo, el puro sexo, lo meramente sexual.

Esta cadena de reducciones conceptuales ha podido ser de utilidad para resolver unos problemas particulares o a corto plazo. Pero, en el conjunto, la pérdida de la dimensión sexual, propia de la condición humana, termina por pasar una alta factura con la misma noción de sexo. Es lo que algunos han llamado la falacia naturalista.

**8. A propósito de la pornografía.** Continuando con esta cadena de intereses reductores, otros sectores han optado por una vía similar aplicada a los negocios de la industria pornográfica, la prostitución y otros derivados, todos ellos nombrados cada vez más bajo la expresión *mercado del sexo*.

No se trata aquí de la libertad de mercado sino del concepto y la idea de sexo y, por tanto, de su valor. Incluso de llamar a cada cosa por su nombre, puesto que los productos son distintos. Una cosa es el sexo como valor y otra sus derivas y explotaciones. Internet ofrece una muestra privilegiada para el análisis de este equívoco. De los cientos de miles de entradas que usan la clave sexo, una gran parte de ellas podrían ser catalogadas como prostitución y pornografía.

**9. A propósito de la salud.** En su polo opuesto para algunos, por tratarse de motivos de higiene, más que de negocio, aunque del mismo estilo para otros porque también se puede negociar con la salud, se sitúa la llamada “práctica del sexo higiénico y seguro” o simplemente *sexo seguro*.

El sector de la industria del latex para el uso de los preservativos puede ser una muestra de esta corriente. Los organismos sanitarios han usado ellos mismos estos planteamientos y denominaciones como soluciones de urgencia sobre la base de los grandes riesgos o peligros que esa práctica no protegida supone para la salud. Pero también es cierto que puede promoverse la higiene sin convertir el sexo en una práctica, entre otras razones, porque el sexo no es una práctica higiénica ni una enfermedad sino un concepto del que derivan muchas consecuencias.

**10. A propósito de la delictivización.** Otros sectores, en fin, han usado el sexo para estigmatizar una serie de conductas de abuso, acoso y agresión que han sido introducidas en el Código Penal y, desde él, divulgadas como abuso sexual, acoso sexual o agresión sexual con vistas a la denuncia y castigo de una

clase de actos delictivos que bien pudieron ser denominados degradantes de la dignidad humana, de vejación o de atentados contra la intimidad, etc. según las distintas fórmulas jurídicas, de hecho, ya existentes u otras que han podido introducirse sin necesidad de atentar contra el mismo valor del sexo.

La pregunta en este caso es si, desde una pedagogía de las leyes, son o no son necesarios estos ataques al sexo como valor, para condenar y castigar conductas que, de por sí, son punibles como tales y sin el recurso a la *catalogación sexual*. Y si esa catalogación sexual no es necesaria, tales vejaciones contra el sexo como valor se revelan, en definitiva, cómplices contra el sexo como valor.



## XIV

### LA ASIGNATURA DE LOS SEXOS

Siguiendo las ideas básicas de la primera generación de sexólogos y de la Reforma Sexual, planteamos en este capítulo la que se conoce como asignatura de educación sexual, que es uno de sus puntos pendientes en la actualidad o, como ha sido llamada, la asignatura pendiente.

En efecto, a casi un siglo de los primeros planteamientos, no se trata ya de unas limosnas informativas sobre algunos aspectos o puntos de higiene genital como tampoco de unas pizcas de urgencia u ocasión, por ejemplo, para pasar la mala racha o los peligros de la adolescencia. Todo esto forma parte de un atraso que ha tratado de paliarse de muy diversas maneras.

#### 1. El modelo de la asignatura

Lo que en la actualidad se plantea es una asignatura para el conocimiento teórico y conceptual de la misma forma que sucede con todo conocimiento articulado y sistemático.

Como objeto de conocimiento que es, el conocimiento del sexo empieza por su estudio. Por eso, tras observar la evolución de los cien últimos años de educación sexual y los distintos modelos, con sus pros y contras, éste plantea una asignatura como otra cualquiera en la Enseñanza general, impartida, como las otras, por su correspondiente profesor y con su libro de texto al respecto, con su evaluación y sus notas en el currículo escolar.

Es la forma de que los mínimos conocimientos —es decir, los contenidos conceptuales, actitudinales y procedimentales, por usar las nomenclaturas de la LOGSE y de la LOCE—, se estudien y clarifiquen de forma sistemática, y cada

cual, como sucede en otros campos, pueda hacerse sus ideas al respecto. Que esto se haga mejor o peor sería otra cuestión distinta a la principal: que se haga.

Cuanto más se profundiza en esta cuestión, más de acuerdo se está con este modelo. Sus ventajas superan a sus inconvenientes. Y, si en cualquier otra materia se dan pros y contras, lo mismo sucede en ésta. No se trata ni de mítines ni de sermones, ni de comeduras de cerebro ni de terapias de grupo: se trata de estudiar y conocer. Y de dar cuenta, de examinarse de ello. Una de las ventajas, por ejemplo, y no la menor, por cierto, de este modelo, es que, de esta forma, los mismos conocimientos de este campo son homologados con los generales y no situados aparte, en un campo especial, léase enigmático o misterioso: en definitiva, marginal.

En todo caso, y esto es importante, será necesario pasar por las ideas y no sólo por los acomodables métodos o recursos que les acompañan. Antes de usar medios o de ponerlos en acción se trata de ver qué idea hacerse, cómo y para qué. En éste, como en cualquier otro campo, no se puede conocer sin el mínimo estudio y dedicación.

## **2. La idea central**

Si los datos generales muestran que las dos grandes aspiraciones de los sujetos modernos son “un buen trabajo” y “una buena relación” —por este orden o a la inversa— será ineludible abordar ambos con toda seriedad. El del trabajo es patente. El de los sexos está ahí, pendiente.

Al final del siglo XIX —hace ahora cien años—, Havelock Ellis escribía en la Introducción de sus *Sex Studies*: “De los tres grandes problemas de la Época Moderna, dos han sido ya abordados y enfocados: el primero fue el de la religión y las creencias, que ha sido debatido por la ciencia y la razón; el segundo fue el del trabajo y la distribución de los recursos, abordado por la política y la socio-economía. Queda, pues, el tercero: las relaciones de los sexos”. A éste dedicó Ellis su *Summa sexológica* hace exactamente un siglo. Ésa fue la gran *Cuestión sexual* iniciada en el paso del siglo XVIII al XIX. Estamos ya en el siglo XXI.

El estudio de esa idea es demasiado importante como para que se deje al albur de las modas, a los grandes titulares del escándalo o a las campañas de

emergencia ocasionales. Y si la Época moderna ha descubierto el hecho de los sexos como factor importante de la organización de la vida de los sujetos, ello requerirá ser estudiado y conocido de forma razonada y razonable.

### **3. Afán de ayuda e interés por el conocimiento**

El afán de ayuda, en este campo como en otros, constituye, por un lado una muestra inequívoca de voluntarismo admirable; pero, por otro, una minusvaloración del otro y de las posibilidades de su desarrollo. La ayuda no siempre promueve el crecimiento; y hay ayudas asistenciales que, incluso, lo impiden.

Si el conocimiento se sitúa en esta contingencia como la vía de la autonomía y la emancipación; si estos equívocos son ya clásicos y de manual en la educación de niños y adolescentes, un mayor acceso al conocimiento ofrece más resultados que la organización de la ayuda. Y si la educación es algo, no es precisamente ayuda sino incitación a la aventura del saber y descubrir.

Así, pues, la educación sexual, más que una asistencia para la tranquilización ante las necesidades es una excitación: una provocación de inquietudes y aventura, la aventura de descubrir un campo y de explorar sus rutas; en definitiva, de hacerse una idea de él. Toda la energía que se emplea en el morbo y regodeo en torno al *aparato genital* sería mejor empleada en la dotación de un *aparato conceptual* desde el cual poder entender más *aparatos*, incluido el genital.

### **4. El desarrollo de la fórmula**

Hemos planteado la fórmula de la *Asignatura de los sexos* como un símbolo y, al mismo tiempo, una realidad: se trata, en definitiva, del final de una sociedad que ha considerado “esta temática” como una cuestión marginada, vaga o difusa, como un asunto de moral o, por decirlo con la expresión que lleva de moda casi un siglo, como un objeto tabú. Si el sexo no es tratado como es deseable, ¿por qué extrañarse de sus efectos indeseables?

La fórmula de la *Asignatura de los sexos* es el dispositivo mediante el cual esa cuestión difusa entra en la vía de la gestión de los saberes y la administración de sus conocimientos. Vamos, pues, a dar un paso más y ofrecer el desarrollo de la fórmula, es decir, el programa de la asignatura en el sistema educativo actualmente en vigor.

## **5. Notas previas**

**Profesorado.**- Sobre la base de la acreditación y titulación pertinente, es responsabilidad del Centro de Enseñanza la designación del profesor adecuado para la impartición de esta Asignatura. (Actualmente existen en España varios miles de titulados superiores en Sexología, sea por la vía de la carrera universitaria de licenciatura y doctorado, sea por la opción alternativa de los Estudios de Postgrado, en ausencia de aquélla. La *Asociación Estatal de Profesionales de la Sexología* da cuenta de ello).

Por otra parte, la fórmula de los postgrados universitarios permite que los profesores de los centros se formen y tengan esta capacitación específica para el desarrollo de la asignatura en el aula.

**La fórmula optativa.**- Al lado de las materias troncales u obligatorias, el sistema educativo actual no sólo contempla sino que fomenta en su legislación la oferta de materias optativas en las distintas etapas, una de las cuales es ésta que adoptamos para el desarrollo de la asignatura de los sexos.

**Libros de texto.**- Si el perfil de todo campo de conocimiento se refleja en la doble fórmula del profesor y el libro de texto, tras haber señalado aquél y sus perfiles, es imprescindible centrarse en éste. Los tres libros de texto elaborados a partir de estas bases, corresponden a las grandes etapas del currículo escolar y se plantean de la manera siguiente:

- *Educación sexual I* (Etapa de Educación Primaria);
- *Educación sexual II* (Etapa de Educación Secundaria Obligatoria);
- *Educación sexual III* (Bachillerato y Formación Profesional).

Esbozamos, a continuación, una brevísima semblanza de cada uno de estos tres niveles, tal como han sido planteados y desarrollados en *El libro de los sexos*.

## 6. Educación sexual I

El objetivo de la *Educación sexual I*, correspondiente a la Etapa de la Educación Primaria —de preferencia en el tercer ciclo, es decir a la edad de 11-12 años— tiene por objetivo ser el primer contacto con la cultura de los sexos a través de los acontecimientos cotidianos para una primera aproximación del universo sexuado de hombres y mujeres, masculinos-femeninos, con sus variedades y diversidades, matices y peculiaridades, así como sus incontables consecuencias.

La tarea es formular un primer lenguaje básico para articular su comprensión y expresión, si bien siempre como corresponde a una edad de pensamiento que estrena lógica y forma. Se trata, pues, del primer contacto organizado y sistemático con este fenómeno al mismo tiempo que con sus valores y riesgos.

El concepto central del hecho sexual humano dice relación a la diferenciación y a la diversidad; no a la desigualdad ni a la discriminación. Los sexos son la materia prima de la diferenciación no de la desigualdad. Y dice relación a la atracción y a la convivencia razonable; no a la morbosidad o peligrosidad. De ahí la riqueza de sus posibilidades epistemológicas inherentes al mismo fenómeno.

¿Cómo superar los viejos esquemas y su fórmula de entrar en este campo a través de la reproducción y el placer? Contando con el paradigma moderno del hecho sexual humano y señalando sus grandes conceptos, uno de los cuales es la procreación, si bien el lugar de éste en el mapa general no es el primero, como se recordará, sino el sexto. Es decir, que se trata de empezar por la sexuación de los sujetos y, sobre ésta, situar la sexualidad; luego continuar con la erótica y el *ars amandi* para seguir con la pareja y la procreación. De esa forma se cubren los seis grandes conceptos descritos en el mapa general.

No sólo no hay que tener miedo a los conceptos, sino que ellos son nuestros mediadores imprescindibles en la exploración de la realidad, aunque inevitablemente haya que contar con las acomodaciones a la edad. Partiendo de estas bases, en *Educación sexual I* se ofrecen algunos conceptos elementales e imprescindibles para una iniciación a la ordenación lógica del hecho sexual humano a través de su conocimiento y comprensión, a sabiendas de que, en una

siguiente etapa, este mismo campo va a ser planteado y estudiado de forma más extensa.

Lo que más interesa, pues, en esta etapa de la Educación Primaria no es tanto la densidad de los conceptos en sí o su cantidad sino la oferta de la vía de comprensión y explicación que estos proporcionan para ordenar ese fenómeno que es el objeto de estudio que se plantea. Por ello el objetivo principal es la actitud de comprender y ordenar la realidad de los sexos a través de un esquema de conocimiento. Y, en consecuencia, ése es también el principal criterio de su evaluación.

### **7. Educación sexual II**

El objetivo de *Educación sexual II*, correspondiente a la Etapa de la ESO (12-16 años) —mejor, en su segundo ciclo—, es el estudio del hecho de los sexos en extensión y profundidad. Como corresponde a una edad en la que el pensamiento lógico o formal está ya establecido y sus preocupaciones y curiosidades abiertas a la búsqueda de explicaciones y razones, sin renunciar a las emociones, el conocimiento se hace intelectual y abstracto. O sea, razonador y razonable.

El carácter obligatorio de esta etapa de la Enseñanza, es el que proporciona el mejor sentido al objetivo de *Educación sexual II* como corpus completo. Para unos será la última fase de sus estudios y por eso se les ofrece tal cuerpo completo de conocimientos, si bien teniendo siempre en cuenta el sentido de los mínimos y de acuerdo con la normativa, tal como corresponde a una edad, tras la cual van a salir del Centro y vivir en una sociedad llena de avances y sujeta a cambios en todos los órdenes y, por lo tanto, también en éste.

Abordar los contenidos del hecho de los sexos implica estudiar su cuerpo teórico: sus grandes teorías y conceptos, así como las nociones derivadas de ellos. Se trata de obtener una visión general del campo de conocimientos lo más completa posible para hacerse una idea también lo más razonada y razonable posible del mismo.

Si una de las características de esta etapa de la Enseñanza es la eclosión de la emotividad adolescente, conviene no olvidar la necesidad de una organización cognitiva y conceptual a la que, por la misma evolución, están

abiertos y de la que, por otra parte, están necesitados. De ahí la oferta de una organización sistemática de sus contenidos conceptuales, si bien unidos siempre a los llamados procedimentales y actitudinales. Unos y otros resultan inseparables en la metodología aquí seguida.

La línea que guía esta propuesta es la de que todo es razonable si bien no todo tiene por qué ser vivido por todos de la misma forma. Los grandes conceptos de las *ordenadas* que figuran en el mapa general del hecho sexual humano son atravesados por los planos subjetivos de las *abscisas*, lo que abre el horizonte del conocimiento lógico y formal a la organización de las vivencias, emociones y sentimientos de los sujetos. Tanto el vocabulario como las actividades señaladas en las distintas Unidades Didácticas pueden dar pie a debates organizados en el aula que pueden resultar de una gran utilidad.

### **8. Educación sexual III**

El cuerpo central de *Educación sexual III*, tal como corresponde al último nivel de la enseñanza no universitaria, es decir, Bachillerato o Ciclos de Grado Medio (16-18 años), ofrece el estudio del proceso de modernización de los sexos que ha tenido lugar en los últimos siglos y, de un modo especial, desde la Ilustración a nuestros días.

A los conceptos estudiados en la ESO se añaden estos procesos de transformación y sus grandes debates. Se parte de la histórica *cuestión sexual* y su marco en el paso de los siglos XVIII al XIX. A continuación se plantea la *Reforma sexual* y sus entornos, tal como fueron en el paso de los siglos XIX al XX para continuar con las transformaciones propias de este último siglo hasta la actualidad.

Asimismo se da cuenta de las aportaciones de la primera generación de sexólogos a la modernización sexual, de las aportaciones de los distintos feminismos a dicha transformación, así como de otros movimientos “por razón de sexo”. Finalmente, se estudia de un modo especial la segunda generación de sexólogos correspondiente a la segunda mitad del siglo XX y sus contribuciones al nuevo *ars amandi* de los sexos en nuestros días.

El interés de este recorrido es conocer y contar con las grandes ideas y sus debates así como las consecuencias que se han derivado para los sujetos sexuados de hoy y las relaciones entre ellos.

### **9. Una mirada de conjunto**

Una mirada al conjunto de los tres niveles de *Educación sexual I, II y III* ofrece, si bien por etapas o pasos, el cuerpo referencial de contenidos imprescindibles para el conocimiento del hecho de los sexos.

Si, como es propio de los libros de texto, estos han primado los contenidos conceptuales, su desarrollo en el aula, podrá completar lo que las disposiciones legales vigentes llaman contenidos procedimentales y actitudinales.

Si el objetivo es que la asignatura de los sexos pueda ser estudiada, lo que se ha pretendido en estos libros de texto ha sido ofrecer su articulación de forma viable y operativa. Sólo queda, pues, que su realización pueda mostrar, por su parte, las inevitables acomodaciones y cambios que el curso de la ruta vaya deparando puesto que, como todo plan, éste es también flexible y acomodable a tales contingencias.

Pero, al menos, se habrá dado un paso importante para situar la base de los conocimientos, actitudes y valores de una cultura de los sexos en el marco de la Enseñanza para que niños, adolescentes y jóvenes cuenten con ella y, con conocimiento de causa, puedan contribuir a su transformación.

## **Anexo al Capítulo XIV**

### **UN DEBATE SOBRE LA ASIGNATURA DE LOS SEXOS**

*(En el Curso de Verano de 2003 de la Universidad Complutense de Madrid en El Escorial, organizado por la Fundación Dafne bajo el tema Los jóvenes y la sexualidad, la idea de la Asignatura de Educación sexual fue objeto de un encendido debate. El guión que ofrecemos a continuación puede ser un resumen de los principales argumentos que lo motivaron).*

#### **1. El rasgo principal**

El rasgo principal de toda asignatura, por definición, es hacer que los conocimientos reunidos en ella pasen a formar del corpus general de los saberes de los que da cuenta el curriculum escolar de niños, adolescentes y jóvenes para su entrada en la sociedad. Los conocimientos que no forman parte de ese curriculum se quedan fuera y, por lo tanto, marginados.

De ahí que la asignatura de educación sexual tenga por objetivo principal que los suyos entren en ese conjunto y formen parte de él. Sólo así podrán ser conocidos y, por lo tanto, ser, a su vez, objeto de estudio y de debate.

El mantenimiento de tales conocimientos fuera del curriculum, tal como ha sucedido en la tradición, incluso suplido con otras fórmulas, contribuye a prolongar su marginación y, en definitiva, a la ignorancia del campo por parte de generaciones que en su curriculum académico no tuvieron la ocasión de encontrarlo.

La experiencia ha mostrado que del mismo modo que la disciplina académica es la columna vertebral de la Sexología, la asignatura de los sexos es la fórmula de la educación sexual dentro de la Educación general. Sin disciplina no hay Sexología articulada y sin asignatura no es posible una educación sexual organizada.

#### **2. Lo esencial de la asignatura**

El objeto de esta asignatura es el estudio del hecho sexual humano o hecho de los sexos. Dicho de otra forma, el hecho insoslayable de que los sujetos humanos sean sexuados y las consecuencias que se derivan de ello. Este objeto es el que dota a esta asignatura de su estructura y consistencia propia en el marco general de las distintas áreas y materias. Y es esta troncalidad del hecho sexual humano en las vidas de los sujetos como potencial de atracción y convivencia la que constituye su objeto central —lo esencial de la asignatura— y permite afirmar su interés en el conjunto del curriculum.

El recurso que consiste en adosar “lo sexual” o “el tema sexual” a otras materias o en repartirlo a través de una serie de áreas ha dado lugar a los llamados “aspectos del sexo” —o pizcas— en nombre de los conocidos aspectos (los interminables bio-físico-psico-socio-antropo-ético-axiológico, etc., etc.), y que los hace desbordantes perdiendo siempre la troncalidad, o sea, lo esencial. Estas polémicas son bien conocidas. La interdisciplinaridad de los conocimientos no puede sustituir a la disciplina; lo mismo que la transversalidad no puede desplazar a la troncalidad propia de cada uno.

### **3. El perfil del profesor**

El perfil del profesor de la asignatura de educación sexual en la Enseñanza es el diplomado o licenciado, tal como es un profesor, al que se añade un postgrado de sexología y educación sexual. (En la situación actual de una base mínima de 25 créditos/250 horas).

El profesor de la asignatura no necesita ser un especialista sino un generalista. Es justamente lo que se pretende en ese postgrado. Existen en la actualidad varios miles de profesionales dotados de este perfil y que, por tanto, tienen las capacidades que aquí se señalan con los criterios mínimos.

Siguiendo otros modelos, muchos de estos profesionales suelen intervenir de forma esporádica en el aula para abordar “estos temas” y, por falta de un espacio y tiempo, tienen que reducirse, por lo común, a ser más asistenciales que educativos, es decir, más preocupados por la prevención y solución de los problemas que por la explicación y comprensión del fenómeno sexual, tal como es propio de la educación.

#### **4. El tiempo y el lugar**

Una de las principales aportaciones de la asignatura de educación sexual es ofrecer, de por sí, un tiempo y un lugar —un espacio— para el estudio, la reflexión, el diálogo y el debate en el marco académico general, lo que equivale a algo imprescindible para el conocimiento organizado y la reflexión sobre él. Éstos rasgos son los máspreciados de la fórmula de la asignatura de educación sexual para que ésta disponga de entidad.

Las fórmulas de uso para la educación sexual suelen ser ocasionales y de paso, tanto en lugares como en tiempos y, por lo tanto, inevitablemente parciales, sesgadas o apresuradas. En general los motivos de extrema necesidad o de urgencia suelen ser los más habituales para su justificación. El modelo de la asignatura permite incluir todos estos pero ofrece el principal que otros no tienen por no disponer del tiempo y las posibilidades que vienen con él.

#### **5. Los objetivos**

La principal base de los contenidos internos de la asignatura está formada por las actitudes de conocer, explicar y comprender fenómenos, lo que equivale, de por sí, a abrir un objetivo de ocupación distinto al de la atención y asistencia a los problemas o riesgos de los mismos sujetos del conocimiento.

Este rasgo es insoslayable para definir los objetivos de la asignatura, es decir, sus contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales, por usar la fórmula de la LOGSE y de la LOCE. Se trata, pues, del enriquecimiento del sujeto del conocimiento en una sociedad llamada precisamente del conocimiento.

Por lo general las acciones educativas han solido estar centradas en la evitación de riesgos y en la asistencia más que en la excitación de la curiosidad por el saber, tal como es propio de la educación y tal como todos reconocemos en todas las declaraciones institucionales relativas a los principios de la educación. Las consecuencias de este giro pueden, de por sí, explicar el interés de la asignatura. Se trata de sobrepasar los planteamientos asistenciales, basados en las miserias del sexo, y de sustituirlos por instrumentos que, de por sí, son

creadores de riqueza, siempre a través de su estudio y conocimiento. El sexo es un valor.

## **6. El libro de texto**

El libro de texto, que constituye una de los elementos imprescindibles de la asignatura, es, por definición, una guía básica y orientativa del campo de conocimiento del que se ocupa: en este caso, el sexo; o sea, el fenómeno sexual, el hecho de los sexos y sus consecuencias. La principal ventaja de un texto es que está escrito y puede ser leído y estudiado, comentado, explicado, criticado, etc.

El texto no sustituye al habla, pero su referencia sí sustituye al “se dice” y al saber “de oídas”, así como a las informaciones secretas que han solido ser la fuente más común de los conocimientos sobre el sexo.

Lo principal de un libro de texto es la oferta de un marco ordenado para el debate epistémico en el que sean posibles todos y cada uno de sus puntos. Y, aunque sólo fuera por este motivo, el libro de texto resulta, de por sí, una imprescindible introducción, un comienzo. El libro de texto es sólo una base.

## **7. Las utilidades indirectas**

El libro de texto y los otros recursos de la asignatura tienen una serie de utilidades indirectas que conviene resaltar. Por ejemplo, permite la participación de miembros de la familia al poder ser leído y por lo tanto conocido. Del mismo modo puede ser un recurso para el diálogo o debate en el exterior del aula y especialmente entre generaciones distintas.

Igualmente la asignatura puede ser un referente en el mismo Centro de Enseñanza para otras acciones a las que puede servir de ocasión o potencial como es el caso de los llamados temas transversales o educación en valores. Lo mismo puede decirse con relación a las escuelas de padres y otros grupos de trabajo que pueden tomar este motivo como pie y tema de sus debates.

En ocasiones los padres se preguntan —y con razón— sobre lo que les van a contar a sus hijos en las clases de educación sexual y se bloquean acciones educativas que requieren muchas explicaciones, lo que hace a éstas llenarse de complicidades suplementarias. La asignatura activa, pues, de por sí, estas otras actividades en torno a ella o a propósito de ella. En este sentido la asignatura de educación sexual es de efectos expansivos y, por lo tanto, motivo de diálogo y debate.

### **8. Un potente dispositivo**

A través de estos rasgos y elementos la asignatura de los sexos constituye un potente dispositivo de perfiles definidos pese a que los intereses, unas veces patentes y otras latentes, de los distintos sectores sociales y profesionales, están empeñados en desdibujar o mantener en su desdibujamiento, es decir, un conocimiento deshilachado. Se trata de un instrumento para el conocimiento y el cultivo de un valor: el valor del sexo, o sea, de los sexos, del hecho de ser sujetos sexuados.

Tanto las ideologías y morales como el mercado en sus variadas formas se aprovechan de este valor para llevarlo en sus respectivas direcciones y provechos. Si la educación es educación en conocimientos y valores, la asignatura de los sexos, está llamada a ser el principal instrumento para promover y dar contenido a este valor.

### **9. Otros argumentos**

A los que argumentan que ya hay muchas materias o asignaturas como para añadir una más, se les puede responder que el saber no tiene límites. Pero es importante abrir caminos a la innovación. Se puede añadir que la asignatura de educación sexual se plantea como una optativa y, por lo tanto, es para que quienes lo deseen tengan esa posibilidad.

A quienes objetan que la educación sexual debe ser objeto de colaboración interdisciplinar, simplemente se les recuerda que sí; pero que para que haya interdisciplinaridad es necesario que haya disciplina previa; es decir, en este

caso, asignatura. De lo contrario es una trampa para que no haya sino pizcas ocasionales.

### **10. La dimensión razonable**

A quienes arguyen que estos conocimientos no son como los otros, la respuesta es: de lo que se trata es de que no sean distintos de los otros para que no sean excluidos y anulados del conjunto del conocimiento. Qué haga cada cual con los conocimientos, es ya otra cuestión.

Si es cierto lo que se dice tantas veces —que hace falta una educación sexual—, es necesario pasar a la acción organizada. Y en esta acción organizada, la fórmula de la asignatura de los sexos es una más entre las existentes pero sus rasgos propios la dotan de un especial peso y figura capaz de abrir un horizonte distinto al acostumbrado.

Es, pues, la fórmula más adecuada para una modernización sexual basada en el conocimiento, el diálogo y el debate. En definitiva, en el cultivo de la dimensión razonable, el máspreciado valor que tenemos en la condición humana para organizar nuestras relaciones y nuestra convivencia. Se trata, pues, de pensar el sexo y organizarlo en las vidas de los sujetos.

## XV

### EL *NUEVO ARS AMANDI* Y SU ASESORAMIENTO

Uno de los cambios más espectaculares producidos por la nueva educación de los sexos ha sido el nuevo *ars amandi*. Este refleja en sí el cúmulo de transformaciones de los sujetos tanto en sus formas individuales de pensar como en sus relaciones.

Pero sucede que este proceso no ha solido formularse de una manera explícita y formal, en términos teóricos y generales y sigue circunscrito a estrictos ámbitos de los especialistas. El presente capítulo es un intento de dicha generalización o formulación.

#### 1. La fórmula del *locus genitalis*

Los postulados que han mantenido el planteamiento antiguo en las relaciones de los sexos —y más concretamente en las llamadas relaciones sexuales— pueden resumirse en tres: la hipótesis del instinto de reproducción, la práctica de la cópula y la institución del matrimonio. Los tres vienen de lejos y sucesivamente han sido renovados y revitalizados sin ser sustituidos por otros. La antigua teoría del *locus genitalis*, por su parte, puede ser considerada como su gran soporte en todas estas adaptaciones y, por lo tanto, en su retroalimentación y mantenimiento.

En efecto, estas adaptaciones han consistido fundamentalmente en cambiar el adjetivo reproductor por el sexual en los dos primeros supuestos y en sustituir la terminología del matrimonio por la de pareja, en el tercero. Estos cambios de superficie han permitido que hayan quedado sin tocar las bases sobre las cuales han girado que son el sistema de los genitales y sus usos que, a su vez, se han mantenido como protagonistas bajo el equívoco de llamarlos sexo.

Estas continuas adaptaciones han impedido, por otra parte, terminar con este modelo del antiguo *locus genitalis* que se mantiene aunque no dé más de sí, incluso aunque cree más problemas que felicidad y aunque se reconozca que no vale la pena seguirlo manteniendo.

De ahí que la formulación alimentada en el imaginario general podría expresarse con esta frase de un anónimo adolescente de 16 años: “Lo que más me interesa del sexo es cómo hacerlo bien”. Más que el quién y el para qué de los encuentros, esta fórmula antigua ha arrastrado sus mayores problemas en el hecho mismo de la cópula que es la que resume tanto los tres postulados indicados como la teoría que les ha servido de mantenimiento.

## **2. El final de la fórmula antigua**

A través de pasos sucesivos, la Época Moderna ha roto con esos postulados que sostenían la fórmula antigua de las relaciones de los sexos. En primer lugar la reproducción no se plantea ya como una ley o instinto de la naturaleza sino como un deseo individual concreto que puede ser planificado y organizado según los recursos disponibles y al uso de los sujetos y sus proyectos.

En segundo lugar la cópula ha dejado de tener sentido. Decir que la cópula ha dejado de tener sentido no es sino reconocer que no se dan ya ni los objetivos ni fines que la han mantenido en vigor. El fin reproductivo ha sido cambiado por el fin sexual, si bien bajo el impropio significado de placer, incluso para el cual es bien probado que la cópula no es necesaria puesto que puede sentirse ese placer —léase, si se prefiere, orgasmo— sin la penetración, incluso más placer. Es lo que se entiende por coito y sus formas, noción, como vimos, distinta de la cópula.

Por último, ninguno de estos fenómenos son ya considerados exclusivos del marco matrimonial. Las sociedades modernas se han dotado de alternativas de legitimación, incluso institucional, paralelas y distintas al matrimonio, el cual, por otra parte, ha sido reconvertido en lo que es, tras haber abandonado lo que no era de su incumbencia y limitándose a ser una institución dentro de otras.

### 3. La fórmula del *ars amandi*

Todos estos cambios han sido lentos y han sido protagonizados por generaciones distintas. Pero sucede que se han acumulado y hoy nos encontramos con todos juntos y con la necesidad de comprenderlos y ordenarlos para poder asumirlos y así seguir adelante con una cierta coherencia.

Si estos distintos problemas han podido ser abordados o dejados sin resolver uno por uno, la situación actual plantea la reunión de todos de una forma ineludible. Es la fórmula entera la que resulta inservible. De ahí el surgir de los problemas que acuden a la clínica que son, a su vez, como todos los terapeutas reconocen, resultado de una deficiente educación sexual, las más de las veces hecha a golpe de experimentaciones entre el ensayo y el error de esa vorágine de restos.

Por otra parte una retrasada educación sexual, basada en un exceso de urgencias referidas a la reproducción —siempre dentro de los vestigios de la vieja fórmula del *locus genitalis*— ha aplazado asumir una fórmula nueva y distinta de la antigua periclitada. Las contradicciones se suceden en la misma fórmula de uso que, insistimos, no ofrece más de sí.

Es esta situación la que llevó a W. Masters y V. Johnson, durante los años sesenta del siglo XX, a buscar una fórmula nueva de asesoramiento y tratamiento de los problemas que, a su vez, incluyera una educación renovadora ante tales situaciones cada vez más abundantes y, de paso, a plantear en términos teóricos una fórmula distinta. Su resultado fue doble: por un lado un formato de trabajo para el asesoramiento y tratamiento de los problemas sexuales comunes y, por otro, el menos divulgado de la formulación de un *nuevo ars amandi*. Si la terapia sexual ha sido objeto de un gran interés, el *nuevo ars amandi* como fórmula nueva y alternativa a la antigua ha ocupado menos entusiasmo. Pero ambos fenómenos han tenido un origen paralelo y confluyente.

Se entiende que los clínicos estén interesados sólo en la terapia sexual pero también se entiende que los educadores lo estén en el nuevo modelo, nacido precisamente del tratamiento de esa gran cantidad de problemas que acuden en busca de solución y que pueden evitarse precisamente con otro modelo de relación sexual.

#### 4. Por qué un nuevo *ars amandi*

Aunque los sexólogos han tratado de utilizar un lenguaje accesible para la comunidad científica, la formulación del nuevo modelo de relación entre los sexos como *ars amandi* es una continuación de la histórica expresión procedente de la Época Clásica como forma de encuentro de los amantes: su encuentro por excelencia. Y, dentro de dicho encuentro, el coito que —no haría falta recordarlo— nada tiene que ver con la cópula. En todo caso aquél puede incluir ésta pero no a la inversa.

Qué atrae a los sexos, por qué se atraen, qué buscan uno en otro, qué desean, qué persiguen ansiosa o felizmente, etc. son preguntas que están en el fondo de lo que de otro modo ha solido ser nombrado como “relación sexual”, incluso de forma más difusa “conducta sexual”, léase, por seguir otra fórmula, “respuesta sexual”. Y sabemos que prioritariamente los sujetos de la condición humana no buscan el placer sino el encuentro.

Con la denominación de *ars amandi*, por otra parte, retomamos una de las grandes teorías —la teoría erótica— que, junto con la teoría de los sexos, replanteará, a su vez, la otra gran teoría del *locus genitalis* de otra forma. Por estas razones mantenemos la fórmula del *ars amandi* acuñada en la Época Clásica y puesta en circulación por Ovidio en el siglo I de nuestra Era.

Continuada de forma ininterrumpida a lo largo de los siglos, a pesar de lo que ha sido llamado dictadura de la cópula, el *ars amandi* es puesto de actualidad por los sexólogos de la primera generación como corolario de la episteme de los sexos y su balance histórico y teórico. Havelock Ellis dedicó una obra con ese titular en 1910. Finalmente, los sexólogos de la segunda generación dotaron a la fórmula clásica de una viabilidad y operatividad propia a través de los experimentos para el tratamiento de dichos problemas y la aplicación de sus resultados a la educación.

La fórmula se hizo, pues, generalizable y el nombre responde a su raigambre clásica: el *ars amandi*. La novedad responde, por su parte, a un dispositivo renovado. De ahí la denominación de *nuevo ars amandi* de los sexos.

#### 5. Los comienzos

Como ya ha sido planteado en un capítulo anterior, Masters y Johnson empezaron sus trabajos de investigación y publicaron sus primeros resultados en dos obras claves: *La respuesta sexual humana*, aparecida en 1966 y *La inadecuación sexual humana*, en 1970.

El *nuevo ars amandi* es la propuesta en esas dos obras mayores que corresponden a dos informes que dan cuenta, en primer lugar, de lo que sucede en los encuentros de los sexos y, en segundo lugar, en la búsqueda de asesoramiento o arreglo de sus dificultades más frecuentes.

Al decir que ambas obras son informes queremos decir que son obras de investigación y no manuales. Por eso las lecturas de estos informes se han prestado a muy distintas interpretaciones. La nuestra se basa en su lectura dentro del marco de la disciplina y en la línea de la idea de los sexos, más clara en sus obras menores en las que Masters y Johnson se dedican a ello sobre las bases de sus informes anteriores. Es el caso de *El vínculo del placer* (Edit. Grijalbo, 1974) y de otros escritos, entre los que se incluyen algunas entrevistas y balances.

De las observaciones de los miles de sujetos estudiados, los célebres sexólogos enunciaron un gráfico con los elementos que forman el coito o encuentro. Este, con variantes distintas, ha sido fijado en cinco pasos que son los enunciados en el esquema d.e.m.o.r. , acrónimo correspondiente a los segmentos que forman la línea: deseo, excitación, meseta, orgasmo y resolución.

Muchas dificultades han podido ser identificadas con relación a esos distintos segmentos. Y gracias a su identificación minuciosa se han podido diseñar sus intervenciones en el asesoramiento. Es ésta la parte que corresponde a la segunda de las obras mayores relativa no ya a qué sucede sino a qué se desea que suceda y, en consecuencia, a qué pasa cuando no sucede. Por seguir en esta dirección, la pregunta es, pues ésta : ¿qué podemos hacer para que suceda lo que deseamos que suceda?.

Resulta de interés resaltar, una vez más, esta doble dirección del objetivo de los investigadores: por un lado, su fin terapéutico o de arreglo de los problemas y, por otro, el que aquí nos ocupa que es el modelo de un *nuevo ars amandi*.

## **6. Claves básicas**

Algunas claves básicas ayudan a comprender el perfil de esta fórmula del *nuevo ars amandi* de los sexos. Por ejemplo, que todo lo que sucede a los amantes les sucede en cuanto sujetos sexuados y por lo tanto en interacción y relación.

Del mismo modo sus diversidades y dificultades forman parte de dicha relación y, por lo tanto, pueden ser contempladas bajo ese mismo principio. El término pareja o relación no es aquí institucional sino estructural: se refiere siempre a la razón de sexo y al ser sexuado: una pareja es la relación de un sujeto sexuado por el hecho de serlo con otro sujeto sexuado que, por razón de sexo, es, a su vez, sexuado. La pareja de amantes es la entidad sexuada por excelencia.

Ir a esta raíz de las observaciones ofrece las líneas de estas claves tanto para la comprensión de los fenómenos como para la intervención en las dificultades motivadas por ellos.

Los experimentos de Masters y Johnson, así como los que se han seguido desde ellos, han probado de forma empírica que la raíz de una pareja reside en el sexo y de ahí la necesidad de tomar en serio su episteme y consecuencias, algunas de las cuales se reflejan en los análisis de los problemas y sus soluciones lo mismo que en las preguntas e intereses que se debaten en la educación de los sexos cuando ésta entra a fondo en sus cuestiones.

## **7. Las estrategias**

Junto a estas claves, los sexólogos idearon y verificaron una serie de estrategias al abordar los distintos problemas concretos. En primer lugar, una de las más conocidas y que ha sido formulada de muy diversas formas, aunque se trata siempre de la puesta entre paréntesis de la cópula. En el formato del asesoramiento o tratamiento es conocida a través de la indicación de su prohibición metódica.

En segundo lugar, y como consecuencia de la anterior estrategia, los amantes tienen la posibilidad de seguir lo que en términos técnicos Masters y

Johnson acuñaron con la expresión “focalización sensorial”. Se trata de juegos eróticos, indicados o sugeridos en la línea de la teoría erótica, siempre tan cercana y propicia al *ars amandi*. El objetivo de esta estrategia, que se ha prestado a tantas fantasías en el imaginario de la divulgación, no es otro que la articulación de deseos sencillos y corrientes pero reales y comunes que todos los amantes sienten pero, por sus dificultades concretas, no aciertan a realizar.

Una tercera estrategia, también consecuencia de las dos anteriores, es conocida como insight o percepción de los deseos y sus formas concretas de vivirse y que se traduce en la verbalización y comunicación a lo largo del proceso, siempre dentro del formato tutorizado del asesoramiento.

Si dejamos de lado la morbosidad que estas claves y estrategias han provocado cuando con otros fines se miran los experimentos realizados por Masters y Johnson, vemos que hay un orden de trabajo llano y sencillo y que su aplicación rigurosa ha ofrecido lo que se conoce como formato de intervención hoy ya común. Por otra parte, el resultado en el plano de la intervención fue un índice de soluciones superior a todo pronóstico y con la cota más alta que nunca había sido alcanzada.

Como era de esperar las críticas se plantearon, los debates también y, década tras década, la fórmula sigue cada vez más consistente y enriquecida. Las claves teóricas, las estrategias básicas, así como sus técnicas y recursos asociados a ellas constituyen un formato completo. No se trata de fórmulas mágicas, se trata de estudio y dedicación y, sobre todo, de una forma distinta de ver los problemas y de abordarlos desde la idea de los sexos. Por resumir: verlos desde la idea de los sexos y actuar en consecuencia. Quedan los porcentajes de fallos para seguir buscando e investigando. Pero el modelo de intervención ha ofrecido los logros mayores conocidos hasta la fecha.

## **8. La fuerza de un gerundio**

Se preguntan algunos por qué usar la fórmula clásica de *ars amandi* para expresar una propuesta moderna. La respuesta puede ser doble. En primer lugar para retomar la fórmula clásica que nunca ha sido abandonada y, sobre todo, su fuerza, lo que puede ser una razón histórica con sus propios atractivos y valores.

---

En segundo lugar para no perder el poder gramatical de un gerundio que significa la praxis del *modus operandi* de los sujetos. Han intentado algunos traducirlo por “arte de amar” o por “arte del amor”. Pero no se trata tanto de amar en su infinitivo ni del amor en su sustantivo sino del gerundio —*ars amandi*— que dice y expresa lo que se está haciendo y se hace. O, mejor dicho, lo que esos sujetos sexuados desean hacer y hacen.

La fórmula del gerundio es, por léxico y definición, operatoria. Y es importante resaltar esta operatividad del gerundio relativa al hacer concreto. Algunas ventajas han sido descubiertas en las intervenciones relativas a las dificultades y, sobre todo, en las relativas a sus arreglos o soluciones. Las principales han sido puestas en relieve por los mismos creadores del formato del asesoramiento sexual y, por lo tanto, en sus consecuencias aplicables a la educación.

En efecto, tras muchos intentos fallidos, la observación minuciosa de lo que se hace —esa gran cantidad y densidad de deseos, emociones, sensaciones y sentimientos que se agolpan— ofrece un cúmulo inmenso de materiales puestos en activo en la relación. Su estudio detenido ha ofrecido la posibilidad de corrección y mejora en un escenario adecuado —en cámara lenta— propicio para darse cuenta de lo que, de otro modo, es imposible tanto por su acumulación como por su aglutinamiento, siempre siguiendo el deseo principal de los protagonistas de la acción.

## 9. El asesoramiento

El término laboratorio produce rechazo a los amantes. Pero es el que Masters y Johnson han mantenido con mayor tenacidad. Los técnicos y expertos observan y estudian lo que sucede y, en un momento dado, intervienen a través de sus indicaciones, siempre mediante la palabra y el relato de lo sentido y percibido. Nadie se pone en el lugar del otro. Son los sujetos los que sienten y desean y son ellos los que sienten y hacen lo que desean hacer. Cuando estos no pueden o no saben los expertos asesoran y sugieren.

Lo que el formato del asesoramiento creado por Masters y Johnson innovó es el carácter vivo de dicha intervención en el *modus operandi* y en las dificultades del mismo. Se trata de estrategias, tácticas y técnicas para distraer al distractor, desangustiar al angustiador o al angustiado, eliminar ansiedades

y promover deseos y sentimientos a través de sensaciones propias de los encuentros en esos tan deseados como temidos y mitificados encuentros. Lo que los sujetos viven es la puesta en común de este material del que están hechas las relaciones sexuadas para su análisis y consideración.

Este material y sus formas de trabajo con él se ha prestado a toda clase de especulaciones y comentarios. Es un material vivo y sensible. Pero es el material de trabajo de las dificultades comunes como otros materiales de otras dificultades en las distintas áreas del vivir. Es el material del sexólogo en el asesoramiento y tratamiento de dichas dificultades en su marco y formato de trabajo, como lo es en su aplicación educativa. Como sucede con cualquier experto, el sexólogo es un mediador en el caso de las dificultades en las que interviene. Ese es su trabajo en este caso y si lo hace con gusto y saber contribuye al *ars amandi* de los otros como otros contribuyen a otras dimensiones de la vida. Ésas han sido y son sus aportaciones como expertos en el estudio del sexo.

## 10. El tópico del equilibrio en solitario

Se ha hecho un gran mito del equilibrio, especialmente el psíquico y otro del sentimiento llamado amor. Ninguno de los dos garantizan una relación deseable y un *ars amandi* agradable. Al contrario: sucede con mucha frecuencia que los llamados desequilibrios propician más *ars amandi* que otros equilibrios convencionales.

Dentro de las variedades se trata de coincidencias y de puestas en común. El *ars amandi* es el arte del encuentro propio de los amantes. Amantes son los que se atraen, se desean y se encuentran. Crean un marco, el suyo, muy diferente al de otros, y en él desarrollan sus formas de entendimiento —de complicidad— y de hacerse bien como sujetos sexuados que se encuentran.

En este contexto los encuentros de los amantes retroalimentan el conjunto de la relación. Por eso es importante el *ars amandi* que cada relación crea para sí. También, por el hecho mismo de ser importante o darle una gran importancia, se crean susceptibilidades e hipersensibilidades, miedos, expectativas, decepciones, etc.

De todo ello está hecha esa fragilidad del equilibrio que pasa por el otro. No es otra cosa que la misma relación: sus formas y recursos: de nuevo, su *modus operandi*. El equilibrio es el de la relación y ésta se hace de la madera cotidiana de un cúmulo de aspectos vividos en interacción. Es uno de los efectos de la episteme de los sexos y su paradigma.

### 11. La desmitificación del amor

Más grande aún que la magnificación del equilibrio en solitario, y más potente, ha sido la mitificación del amor: ese sentimiento que, elevado a pasión, ha constituido su definición por excelencia.

La propuesta del *nuevo ars amandi* no trabaja con ese concepto de amor-pasión medieval —recuérdese la célebre tesis de Rougemont: “El amor pasión es un invento del siglo XII”— sino con el conjunto de los deseos, emociones, sensaciones y sentimientos de los sujetos sexuados o, como se recordará, con el concepto de erótica dentro del cual, el amor no es sino un elemento entre otros.

No es que el concepto operativo de *ars amandi* excluya ese sentimiento mitificado. Simplemente activa los otros elementos tradicionalmente olvidados y descuidados, dejados de lado y desconsiderados. No es cierto, pues, que los sexólogos se sitúen al margen del amor, simplemente lo integran en los otros elementos. Tampoco es cierto, como se ha divulgado, que los sexólogos sólo se interesen por el logro del placer o, por decirlo más claro, el orgasmo. Se ha confundido el problema con su solución, los mitos con los sucesos.

Lo que es cierto es que, dejando de lado ambas mitologías —la del amor, por un lado, y la del placer, por otro— y centrándose en esos elementos que proporcionan la atracción y el encuentro, los sexólogos han ofrecido a los amantes modernos una fórmula accesible y acorde con sus deseos.

No es necesario añadir que no es una fórmula heroica o grandiosa. Es más bien modesta, pero operativa y, sobre todo, a su alcance. Lo que desean los amantes no es tanto vivir grandes pasiones cuanto tener sus encuentros con agrado. Y, sobre esta base, sucede que se da el placer y se siente lo que, en términos modestos, se entiende por amor. Se podría decir que éstas son las bases y estructuras del edificio del *nuevo ars amandi*. El resto, su decorado y

complementos, así como otros añadidos, vienen por añadidura o no vienen según los gustos y posibilidades de cada cual y cada relación.

Esta modestia epistemológica que consiste en situar las expectativas en niveles de objetivos accesibles puede decepcionar a los partidarios de episodios heroicos pero es una vía que, además de evitar muchas frustraciones, ofrece una plataforma de acción, sin menoscabo de que esté abierta a otras. Algunos estudios sociológicos, como el de Ulrich Beck y Elisabeth Beck en su obra *El normal caos del amor* (Paidós, 2001) muestran, por otras vías, que esto no es un proyecto de futuro sino una realidad viva y palpitante: “Los cambios en las vidas de las parejas han sido vertiginosos. Quieren amarse y convivir; y sin embargo no aciertan a ver cómo”. Es a esta nueva situación a la que trata de responder el *nuevo ars amandi*.

## **12. La relativización del placer**

Con la mitificación del amor y su sostenimiento imposible se ha producido lo que algunos han llamado la otra escalada a la inversa que es la tergiversación del sexo. Muchos se debaten hoy en una doble elección, por otra parte imposible, entre el confuso e insostenible dilema conceptual del amor en las alturas y en sexo en las bajezas.

La fácil y resbaladiza confusión de la noción de sexo con la de placer—como sucedió con la confusión de las otras nociones del coito y la cópula—ha dejado de lado el punto más central: que la estructura sexuada de los sujetos les lleva a atraerse y desearse para encontrarse y convivir. No es ya necesario insistir en que los sexos no se buscan para el placer sino para el encuentro, si bien el encuentro deseado es el escenario codiciado del placer que buscan.

Por otra parte, la sustitución de la reproducción por el placer, así como la imposición moral de aquella y la prohibición de éste, ha proporcionado una situación propicia para que se cree la mitificación del orgasmo, tan provocadora de ansiedad como lo fue la anterior obligatoriedad de la reproducción.

Entre esos elementos en polémica, la episteme de los sexos y su paradigma ofrecen hoy su axioma básico y esperanzador: Los sexos se estructuran y desarrollan para el encuentro. El sexo no es la cópula, hemos repetido. El fin de

la cópula no es el orgasmo. Y así, sucesivamente, los equívocos tanto conceptuales como operativos forman una cadena.

Ni la episteme ni el paradigma de los sujetos sexuados conducen directamente al placer confusamente llamado sexual, sino al placer de los encuentros sexuados. Los sujetos son sexuados y no pueden no serlo, hemos repetido también. Por ello resulta cada vez más necesario aclarar los conceptos y, desde ellos, entender mejor el *nuevo ars amandi* de los sexos.

## **Anexo al capítulo XV**

### **ANÁLISIS DE UN FRACASO Y RAZONES PARA LA INSISTENCIA**

*(El texto que sigue es un primer esbozo de puntos para el debate en la Jornada Monográfica organizada por la Asociación Estatal de Profesionales de la Sexología celebrada en Madrid del 23 al 25 de Mayo de 2003).*

#### **1. Contexto y objetivo**

Desde que Masters y Johnson diseñaron su modelo de Asesoramiento y tratamiento de las dificultades comunes de los sexos, hace ahora cuatro décadas, éste se difundió por todas partes. Helen S. Kaplan llamó pronto a este fenómeno la era Masters y Johnson para distinguir un antes y un después en la consideración y tratamiento de estos problemas; aunque, curiosamente, fuera ella una de las artífices de su futuro desdibujamiento. Pero esa es otra cuestión.

La gran aceptación del formato de Masters y Johnson por parte de la comunidad científica —y, por repercusión, en la divulgación— ha tenido su parte positiva en el éxito y la parte negativa en su generalización indiscriminada y su consiguiente desdibujamiento. Es lo que ha llevado a plantear los grandes titulares del fenómeno, por un lado, y la necesidad de no dejar de lado la letra pequeña de sus aportaciones, por otro.

Al análisis de todo ello hemos dedicado algunos textos (Véase, entre otros, *Anuario de Sexología*, 2000 y *Rev. Esp. de Sex.* 99-100, 2001). El objetivo concreto ahora es recordar algunos puntos centrales y propios del asesoramiento en el *nuevo ars amandi* de los sexos para centrarnos en el análisis de lo sucedido en la situación de la sociedad española y su evolución en las últimas décadas, así como para hacer un balance pragmático y sacar algunos consecuencias en el marco de los profesionales de la sexología.

## 2. Las bases del Asesoramiento sexual

Contrariamente a los enfoques anteriores a Masters y Johnson en que los problemas de los sexos eran mezclados con trastornos orgánicos y psicopatológicos, el nuevo planteamiento de estos problemas los explica como dificultades comunes y por ello tratados como tales, aunque, como es bien sabido conviene no confundir lo sencillo con lo simplista.

Precisamente porque se parte de la base de que la dimensión sexual humana es compleja, la gran cantidad de recursos aparecidos en esta complejidad explica que sus problemas tengan tratamientos sencillos, al contrario de una visión simplista que ha tratado de juntarlos y complicarlos con otros. Considerar, pues, el valor de ser sujetos sexuados y su desarrollo lleva a considerar las dificultades y problemas como ocasiones aprovechables para entender más y mejor un *nuevo ars amandi* entre ellos.

La intervención, pues, en los problemas de los sexos desde el paradigma moderno tiene una regla de oro: toda intervención se desarrolla en relación. O, dicho de otro modo, en pareja. Si los problemas se crean con el otro sexuado, las soluciones posibles vienen siempre por esa vía por la que los problemas se crean. Es la forma operativa de llevar la epistemología de los sexos a sus aplicaciones.

Los profesionales necesitamos tener estas bases teóricas muy claras. La falta de esta clarificación llevó a algunos grandes titulares a tachar a Masters y Johnson de ser unos defensores a ultranza de la pareja por ser su formato de trabajo siempre en relación, es decir, siempre en pareja. Lo que ha desvelado la letra pequeña es que lo que defendieron, si de eso se tratara, es el continuo de los sexos en el que los deseos de estos encuentran una explicación y por lo tanto, a su vez, sus propias vías e instrumentos para la intervención en sus dificultades, según sus propios deseos.

## 3. Los motivos de un fracaso

Centrándonos en el caso español hay una serie de factores sucedidos en las últimas décadas que han contribuido al fracaso del asesoramiento sexual y su instauración como instrumento de intervención y por lo tanto como servicio de atención a esta clase de problemas.

1º. El primero es que la vía iniciada en los años setenta fue buena pero pobre. Como se recordará, fueron creados, muy al comienzo de la transición política, los centros de orientación o planificación familiar en donde esta clase de atención a los problemas empezaron a tener cabida y, de hecho, así sucedía. Pero la generalización del uso de los anticonceptivos vació de contenido estos centros focalizados en exceso en ellos.

Como alguien ha señalado, “se habían convertido en quioscos de anticonceptivos” y eso no era. O no era su finalidad principal. De ahí su caída progresiva hasta su extinción. La ley de Sanidad de 1986 no fue sino la ocasión de su disolución. A partir de ahí se diría que todo ha sido llevado por campañas y voluntariado. O sea, vuelta a empezar.

2º. El segundo motivo fue el exceso de psicólogos a la búsqueda de empleo que hizo que los problemas sexuales, tan abundantes, fueran incluidos en sus ofertas de tratamiento, se supiera o no. Con ello los problemas de los sexos fueron psicologizados. Es decir, mezclados con los problemas de personalidad, conflictos psicológicos, trastornos, etc.

En definitiva, los sexos fueron de nuevo patologizados por esta vía como antes lo habían sido por la otra de la medicalización. La afirmación de Masters y Johnson sigue siendo necesaria: “En la gran parte de nuestras muestras no hay ni trastornos orgánicos ni psicopatológicos”. Es, pues, como sabéis, una vía diferente.

3º. El tercer motivo ha sido el ascenso de la preocupación de los problemas de las mujeres y, en especial, los de la violencia, y la consiguiente pérdida de referencia del continuo de los sexos. Este fenómeno ha terminado, como es sabido, por reconvertir y reorientar estos servicios como Centros de Atención a la Mujer. Ha sido el espaldarazo final. Y lo es, de hecho, contra una de las mayores innovaciones como es la consideración de estos problemas desde el moderno paradigma de los sexos y no ya desde antiguas ideas.

Es obvio que no se trata de discutir la creación de estos centros sino de que lo urgente no desplace de su sitio a lo importante. El asesoramiento de los sexos

incluye, por definición, hombres y mujeres; los centros de mujeres, también por definición, los excluyen en su misma raíz. No hace falta decir que estamos tocando el punto más central.

#### **4. Razones para la insistencia**

Los tres motivos señalados están llenos de polémicas y discusiones en función de las epistemes y estrategias lo mismo que en función de los objetivos que se planteen. En todo caso, la demanda de asesoramiento sexual sigue. Me refiero a esa demanda de problemas comunes y abundantes para los que nació y se diseñó este formato de intervención.

Si en España se ha desviado la atención y la ocasión de una puesta al día en el período descrito de las décadas anteriores, es pues necesario insistir en esta oferta de los profesionales de la Sexología. Es una oferta que, aparte de ser sencilla y operativa, responde, como ya fue dicho, a un objetivo más amplio como es la modernización de los sexos. De ahí, tres grupos de razones para insistir

1°. Que los problemas abundan por ser de todos, es decir, comunes y no especiales, lo atestiguan los planteamientos de los sexólogos tanto de la primera generación como de la segunda ; y de la tercera en la que hoy nos encontramos. Es, pues, un problema pendiente. Y no un problema nuevo. La instauración del Asesoramiento sexual es, pues, una forma de saldar ese retraso.

2°. Las soluciones que ofrece el Asesoramiento sexual son de un alto porcentaje de éxitos. Sigue siendo válida la cifra del 80 % marcada por Masters y Johnson. Lo que dota a esta fórmula de una sólida y excelente garantía.

3°. El hecho mismo de partir del paradigma de los sexos constituye, de por sí, una parte importante de la solución de los problemas o, al menos, de su aportación. Este principio inspiró el formato y desarrolló sus claves operativas, sus estrategias, sus técnicas y recursos.

Por eso, sea en las Consultas de Sexología, sea en los Centros de Asesoramiento sexual que se creen en el futuro, las bases teóricas y las herramientas prácticas siguen hacia adelante con una buena oferta de eficacia. Estas son algunas razones para la insistencia.

